

REVISTA DE MENORCA

FUNDADA EN 1888

Publicación del Ateneo Científico, Literario y Artístico

AÑO XLIX — SEXTA ÉPOCA



MAHÓN

1953

A/2605

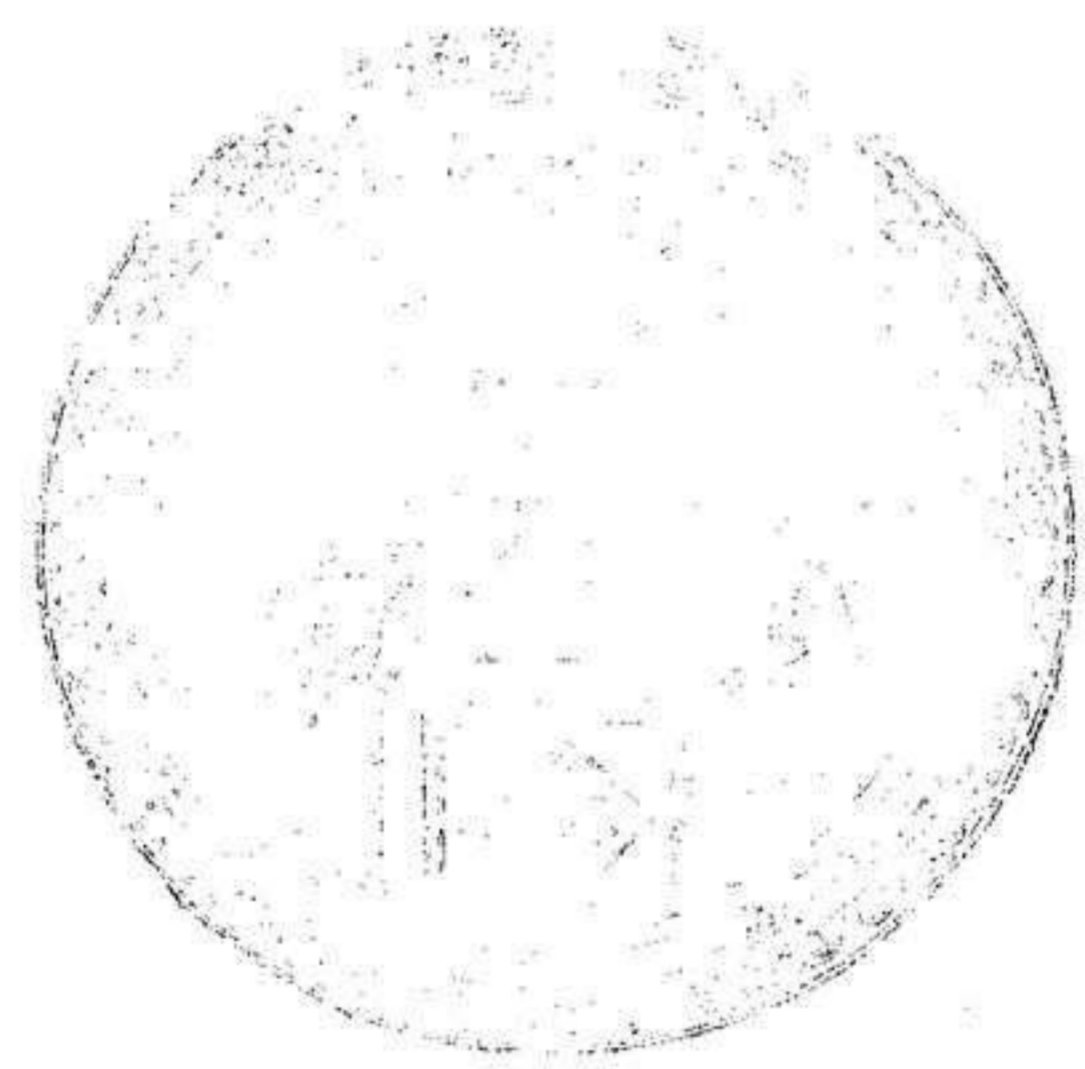
EN LA ...

... ..

... ..

... ..

... ..



... ..

... ..

ORFILA

EL HOMBRE - LA VOCACION LA OBRA

Por JUAN HERNANDEZ MORA
Licenciado en Filosofía y Letras
y en Derecho, Correspondiente
de la Real Academia de Bellas
Artes de San Fernando.

INTRODUCCION

El día 12 de marzo de 1853 moría, en París, Mateo José Buenaventura Orfila. Francia, su patria de adopción, perdía a uno de sus hombres de ciencia más preclaros. Menorca, su tierra natal, perdía en él al hijo del que más orgullosa podía sentirse.

Orfila moría después de cumplido perfectamente su programa vital. Creo que hoy, con toda objetividad, podemos considerarlo así. Su vida fué una vida lograda, un proyecto que se convirtió en obra y que, por lo mismo, ofrece hoy, a los cien años de su muerte, materia interesante de estudio, tanto en el campo de la Historia de la Ciencia como en el de la Enseñanza. En estos aspectos inspira respeto Pero, ade-

más, en otro aspecto, en el puramente humano, Orfila, visto ya con perspectiva histórica, constituye para nosotros una lección ejemplar.

Orfila cumplió en el mundo su destino, siguió su verdadera vocación sin desviarse de ella, sin torcer el camino, y por ello su vida es una vida auténtica, una vida que nada, por tentador que fuera, consiguió falsear. Ahí está su gran ejemplo humano.

El continuo hacer en que consiste la vida de cada uno, según se nos explicaba, hace poco más de un ventenio, a propósito de Goethe (1), se dió en el vivir de Orfila con toda intensidad.

Orfila vivió hacia adelante. Y mirando hacia adelante surgió su creación. No fué el patricio administrador de riquezas recibidas, sino el creador de nuevas riquezas antes de él inexistentes para el hombre, desconocidas y, por tanto, inaprovechables. Por esta creación merece toda nuestra gratitud.

El forcejeo dramático entre el hombre y su circunstancia puede observarse en el caso de Orfila con muy cómoda facilidad. Basta seguir el hilo de su vida, la serie de sucesos en que ésta consistió, para ver como su programa vital, según ocurre siempre con los predestinados, oprimía desde sus más tiernos años la circunstancia y, quieras que no, se alojaba en ella.

Proyecto realizado, programa cumplido, fué el que el joven español desconocido —desconocido, naturalmente, por ser español y por ser joven—, llegado a París en 1807, se viera veinticuatro años más tarde a la cabeza de la Medicina francesa. Esta gloria no fué, por cierto, una improvisación ni una alegre aventura. Medite el lector acerca del hecho de

(1) José Ortega y Gasset, *Goethe desde dentro*. Madrid. «Revista de Occidente», 1933.

que para ello se necesitara un cuarto de siglo. Y, como después veremos, para subir tan alto, una sólida escalera cada uno de cuyos gigantescos peldaños fué una creación científica.

Llegado a la cima, Orfila permaneció en ella más de veinte años. En ellos, su proyecto vital se redondeó, acabó de hacerse obra tangible. Casi al fin de esta realización, pudo ser desposeído de altos cargos a los que había dado honor con su permanencia en ellos. Pero, en realidad, ni en su vida ni en su obra, se conoció el descenso.

En el umbral de la ancianidad se apagó, ahora hace un siglo, esta vida meritísima. Orfila, en la plenitud de sus facultades, dejaba la escena mundana para seguir viviendo para siempre en el recuerdo de los hombres. Había entrado en la Historia.

Este primer centenario de su muerte ofrece, como todos los centenarios, una ocasión propicia para entrar en el estudio del hombre que Orfila fué. Y para nosotros, lo mahoneses, se trata, más que de una ocasión propicia, de un compromiso ineludible, de una apremiante obligación que no podemos soslayar, ni ante nosotros mismos, ni ante España, ni ante Francia.

Por mi parte, confieso que la vida de Orfila que, desde mi adolescencia, siempre me ha atraído como ninguna otra de nuestros conterráneos, me había hecho concebir la ilusión de dedicarle, en esta conmemoración centenaria, un amplio estudio biográfico, para el que tengo reunidos abundantes materiales. Mas circunstancias adversas me han impedido ejecutar por ahora mi propósito, imponiendo a mi presente trabajo unos límites mucho más modestos.

No obstante, lo doy al público como mi personal homenaje a Orfila, dentro del homenaje local, nacional e internacional que estos días se le tributa. Sean las páginas que siguen mi modesta contribución a la gloria del menorquín excepcional entre los excepcionales, del español que dió prestigio a Es-

paña, haciendo más allá de sus fronteras verdadera afirmación de imperialismo científico, del francés de adopción que siempre recordó y amó a su patria de origen, del hombre que pertenece, por sus méritos y por el bien que hizo, a la humanidad toda.

El plan de esta breve monografía va a ser el que a continuación expongo. A esta *Introducción* seguirá una *Tabla cronológica*, con el objeto de situar al lector, por el índice de fechas, en el período histórico en el que la vida de Orfila se desenvuelve. A continuación, y bajo título *Esquema de una vida*, intentaré dar una síntesis interpretativa de la biografía de nuestro protagonista. Luego irá un examen de su copiosa iconografía, que ilustra este trabajo. Como cuarta parte, insertaré un notable *Epistolario de Orfila*, en parte publicado ya y en parte inédito, acompañando a las cartas que lo componen de los comentarios indispensables para su comprensión. Y, por último, cerrará la serie de estos cinco capítulos el análisis de las ideas y de los sentimientos de Orfila estudiados a través de su propia correspondencia.

Mas, antes de entrar en el desarrollo del plan trazado he de testimoniar públicamente mi agradecimiento a cuantas personas me han ayudado en mi tarea facilitándome material para la misma, personas que serán citadas en el lugar oportuno. Sin embargo, aquí mismo, en el puesto de honor que les pertenece, he de estampar los nombres de mis queridas amigas de siempre Doña María y Doña Adelaida Saura Travesí, bisnietas de la hermana de Orfila, Doña Bárbara Orfila Rotger y de su esposo Don Juan Font Arguimbau, las cuales, con generosidad y confianza dignas de la mayor gratitud han puesto a mi disposición retratos y recuerdos familiares, así como su archivo, haciendo posible con ello el que este trabajo tenga alguna novedad.

TABLA CRONOLOGICA

1787, 24 de abril.

Nace Orfila en Mahón, siendo bautizado el mismo día. Se le imponen los nombres de Mateo José Buenaventura.

1794,

A los siete años de edad empieza sus estudios de lengua latina bajo la dirección del P. Francisco, de la Orden de Menores.

1800.

A los trece años obtiene su primer triunfo público como estudiante, en la iglesia de San Francisco de Mahón, defendiendo victoriosamente, en latín, la tesis *Impossibile est idem simul esse et non esse*.

1802, junio.

Embarca Orfila en un brick para realizar sus primeras prácticas de náutica. El viaje tiene todos los caracteres de una novela de aventuras, dura nueve meses y es suficiente para que el joven navegante desista de ser marino.

1803, marzo.

De regreso de Alejandría, inicia sus estudios preparatorios para ingresar en una facultad de Medicina. El profesor alemán Carlos Ernesto Cook le enseña Matemáticas y Ciencias Naturales.

1804, septiembre.

Año y medio más tarde marcha a Valencia para estudiar Medicina. Cuenta todavía diez y siete años.

1805, junio.

Acaba el curso con unas pruebas extraordinarias, en las que Orfila obtiene su segundo triunfo público, esta vez resonante y que influye de modo decisivo en su porvenir. Marcha a Barcelona en busca de mejor ambiente científico.

1807.

A los dos años de permanencia en Barcelona, la Junta de Comercio de esta ciudad le pensiona para que estudie Química en Madrid y en París. Emprende el viaje.

1807, 9 de julio.

Llega a París. Tiene veinte años.

- 1807-1808. Mientras estudia bajo la dirección de grandes maestros hace sus primeros ensayos como profesor particular de Física y Química. Gran éxito docente.
1808. Invasión napoleónica de España. Guerra de la Independencia. Orfila es encarcelado en París, por ser español, y libertado por la intervención de su maestro Vauquelin. Prosigue sus estudios de Medicina durante tres años más.
- 1811, 27 de diciembre. Recibe la investidura de Doctor en Medicina.
- 1812, 8 de enero. Inicia de modo sistemático sus cursos privados, que profesó durante siete años.
1814. Aparece el primer tomo de su sensacional *Traité des Poisons*, que acaba de publicarse en el año siguiente.
- 1815, 1.º de julio. Se casa con Gabriela Lesueur, seis años más joven que él. Orfila tiene veintiocho.
1815. Es nombrado Médico de Cámara de Luis XVIII.
1816. Después de doce años de ausen-

cia viene a Mahón con su esposa. Su estancia en Menorca dura cinco meses, a contar desde principios de mayo.

1817.

Aparece su segundo gran libro, *Éléments de Chimie Medicale*. El autor tiene treinta años.

1818.

Da a luz su tercera obra de gran difusión entre la clase médica, *Secours à donner aux personnes empoisonnées ou asphixiées*.

1819, 1.º de marzo.

Es nombrado Profesor de Medicina Legal de la Facultad de París. Según sus propias palabras cuenta en aquel momento *treinta y un años y diez meses*. Regenta esta cátedra hasta el 21 de noviembre de 1822, fecha en que la Facultades suprimida.

1821.

Publica su obra cumbre, *Leçons de Médecine Légale*, más tarde aumentada y mejorada.

1823, 2 de febrero

Después de una interrupción de algo más de dos meses, se reorganiza la Facultad de Medicina. Orfila es nombrado Profesor de Química Médica.

1824-1830.

Trabajos de cátedra, investiga-

ciones, dictámenes periciales en procesos...

1831.

Da a la estampa, en colaboración con M. O. Lesueur, su *Traité des exhumations juridiques*, con el que cierra el ciclo de sus grandes libros y completa el conjunto de la doctrina expuesta en las obras anteriores. Tiene cuarenta y cuatro años.

1831, 1.º de marzo.

Por Decreto es nombrado Decano de la Facultad. Este nombramiento es una consecuencia de la Revolución de Julio del año anterior. Otra revolución le privará del cargo diez y siete años después.

1831-1848.

Estos años de Decanato constituyen su fecundo período de creación y de organización, aunque el trabajo agobiador le impide escribir nuevos libros de importancia. A su actividad docente se une la técnico-administrativa. Reforma la enseñanza de la Medicina, crea hospitales, funda y organiza museos, interviene en múltiples corporaciones e instituciones, publica artículos y monografías, realiza viajes, emite dictámenes de resonancia internacional, frecuenta la Corte y ocupa un primerísimo lugar en la sociedad francesa.

1840.

El llamado *crimen Lafarge*, el más célebre de entre todos aquellos en que Orfila intervino, apasiona a la opinión pública. Todavía hoy, después de más de ciento diez años, se habla de esta *affaire* que forma parte de la historia del crimen. En un ambiente tumultuoso, el dictamen de Orfila sirvió de base para la condena de María Capelle, acusada de la muerte, por envenenamiento, de su marido, Carlos Lafarge.

1846.

Viaje a España que se desarrolla triunfalmente. Orfila recorre las ciudades donde realizó sus estudios juveniles, Valencia, Barcelona, y también Madrid. El prestigio de que goza como autoridad académica da excepcional relieve a sus visitas a los centros docentes y suscita escritos de elevado tono. En este viaje viene a Menorca que no había visto hacía treinta años.

1848.

Revolución. Se instaura la Segunda República Francesa. Orfila es destituido del cargo de Decano. Los estudiantes protestan de la destitución. Orfila cuenta sesenta y un años.

1849.

Las investigaciones oficiales acerca de la gestión de Orfila co-

mo Decano le proporcionan un nuevo triunfo.

1851. Es nombrado Presidente de la Academia de Medicina de París.
- 1853, 1.º de enero. Orfila otorga testamento.
- 1853, 4 de marzo. Explica su última lección de Química en la Universidad.
- 1853, 12 de marzo. Orfila fallece víctima de una pulmonía. Había enfermado siete días antes, al salir de una sesión del Consejo de Administración de la compañía «Chemin de fer du Nord.» Cuenta, al morir, sesenta y seis años.
- 1853, 16 de marzo. Es enterrado en el cementerio de *Montparnasse*. El acto, solemnísimamente, en el que se pronuncian numerosos discursos, es digno de la brillante carrera de Orfila. El Segundo Imperio hace justicia al sabio mahonés. *Honrad su memoria, imitad su vida*, es la consigna que da el propio Ministro de Instrucción Pública de Napoleón III.

ESQUEMA DE UNA VIDA

Tantas veces ha sido contada la vida de Orfila que, al ir a exponerla de nuevo, se siente uno invadido de invencible temor. Del temor de aumentar innecesariamente la bibliografía acerca del biografiado, sin que baste a disiparlo la convicción de aportar, con algunos documentos inéditos, una cierta cantidad de datos hasta ahora desconocidos y de elementos valiosos para el mejor conocimiento del hombre cuya trayectoria vital se intenta estudiar.

No disminuye tampoco esta sensación de angustia el pensar que no se va a hacer un trabajo extenso y exhaustivo sino tan sólo a dar una síntesis biográfica. Acaso esta necesidad de síntesis, con lo que en ella tiene que haber de repetición de materia ya conocida, aumenta la dificultad.

Sin poder ser original más que en una muy pequeña dosis, ya que el tema propuesto no permite otra cosa, yo quisiera, no obstante, que estos apuntes no tuvieran el carácter de copia servil de lo dicho por otros, y hasta por el propio Orfila, al menos por la intención que los guía.

Esta intención, ajena a cualquier fin polémico, no es otra que presentar a un Orfila todo lo verdadero, todo lo auténtico que pueda; acercarme en mi esbozo biográfico, en la medida que mi subjetivismo me lo consienta, a la verdad objetiva, huyendo de la fantasía y de la leyenda que tan a menudo han envuelto la figura del sabio investigador.

La fantasía de algunos que han escrito acerca de Orfila, y la leyenda que, en consecuencia, se ha forjado, han llegado a crear una imagen falsa que el vulgo indocumentado no vacila en tomar por real.

Pero es curioso que el falseamiento de esta imagen, debido en muchos casos a desencaminados apologistas, no obedece, en general, a mala intención. Es, más bien, debida a un confucionismo y a una falta de proporción. En Orfila, además del hombre de ciencia y del profesor, han visto, porque en realidad existía, al hombre de mundo y al cantante. Mas, han visto mal, a mi juicio. Estas dos últimas facetas, que con más facilidad se prestan al comentario intrascendente, han atraído en demasía al observador superficial, han sido sobrevaloradas en detrimento de las dos primeras, que son las esenciales, y con ello se ha oscurecido la verdad.

Una vez puestos ante Orfila, no debemos desconocer ningún aspecto de su vida. Los que resulten secundarios ayudarán a comprender los principales, pero no deben ocultarlos. No hay que desorbitar las cosas, ni hacerse una maraña con los hechos. Del examen de estos se desprende la mayor claridad.

Orfila fué, ante todo y sobre todo, un caso de vocación científica y docente. Y el más pequeño intento de biografía suya tiene que constituir un esfuerzo para proyectar la máxima luz sobre esta verdad elemental. Ponderados todos los datos de que disponemos, no hay otra posible.

Vamos a empezar.

Nieto de un rico labrador, hijo de un acaudalado comer-

ciante, que era a la vez almacenista de granos, armador y banquero, nació Orfila en Mahón el día 24 de abril de 1787.

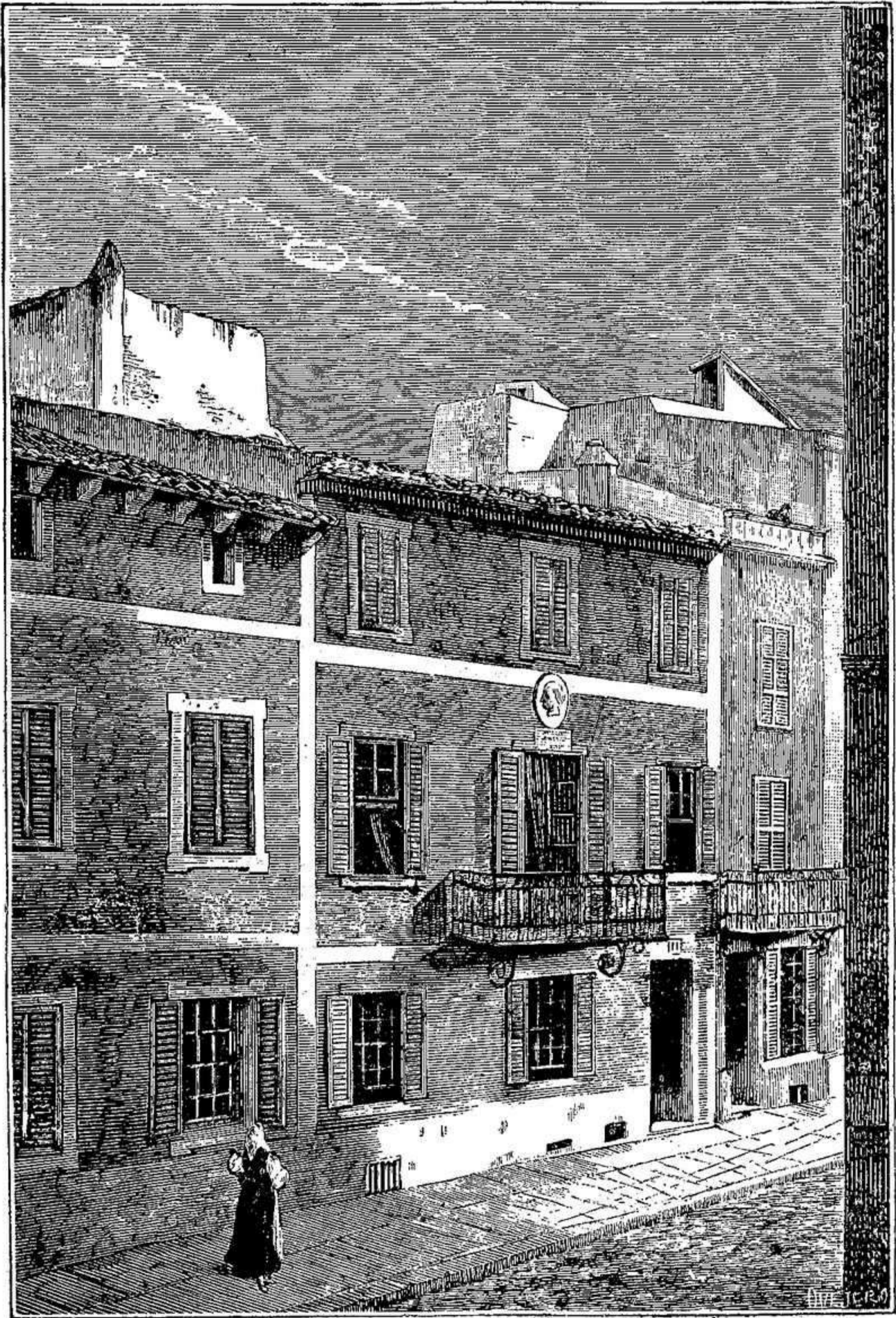
En tal fecha, Menorca era española. Conviene hacer esta aclaración, puesto que se trata de una fecha del siglo XVIII, en el que la isla se vió por tres veces sometida al dominio británico y una al dominio francés. Sólo una pequeña parte del siglo, en sus comienzos y en un paréntesis entre dos ocupaciones inglesas, vieron los menorquines ondear la bandera de España.

Y en este paréntesis, que se extiende desde 1782 a 1798, fué cuando Orfila vino al mundo. Era en las postrimerías del reinado de Carlos III y, en su nombre, gobernaba la isla el paternal Don Juan de Silva, Conde de Cifuentes.

Español desde su nacimiento, por sangre y por derecho, fué, pues Orfila. Español y, más tarde, francés, cuando hubo obtenido carta de naturaleza en su patria de adopción. Pero también hubo de ser, durante un período de su vida, súbdito británico. Ello fué resultado de la tercera ocupación inglesa de Menorca, que duró desde fines de 1798 hasta el 16 de junio de 1802 en que la isla volvió a la soberanía española en virtud del tratado de Amiens. La condición de súbdito de Inglaterra, que se dió en Orfila durante tres años y medio, entre sus once y sus quince años de edad, no tuvo, como era natural la menor trascendencia.

La casa paterna, donde Orfila nació, estaba situada, y sigue estándolo, aunque muy modificada en su aspecto, en lo que en el siglo XVIII fué el paseo denominado Real Hannover, en el ensanche inglés de la ciudad, paseo que más tarde tomó el nombre de *carrer de ses Moreres*, por alusión a los morales de que estaba plantado, y más modernamente el de calle del Doctor Orfila, aunque subsiste todavía, como nombre popular y de uso corriente entre los mahoneses, el anterior.

Ofrezco una vista de la casa (Lám. I) tal como se conser-



Vista de la casa donde Orfila nació, tal como se conservaba en el último tercio del siglo pasado.

vaba en el último tercio del siglo pasado, época en que estaba señalada con el número 11. Según afirma D. Mariano Rubió y Bellvé (1), había sido por entonces objeto de no lejanas restauraciones y, según sus informes, era, en el tiempo del nacimiento de Orfila, más baja y de construcción más humilde.

Se ven en la fachada el medallón de mármol con el busto de Orfila y la lápida que mandó esculpir y colocar en ella su hermano Antonio (Lám. II).

Ofrezco también otra vista de la casa en la actualidad (Lám. III). Ahora su número es el 13. Se observan en ella nuevos y grandes cambios. El balcón ha desaparecido. La puerta de entrada, antes a la derecha del espectador, aparece ahora en el centro. Los cambios interiores han tenido que ser también considerables. En cuanto al medallón y la lápida, permanecen en su sitio.

Y en él permanecerán mientras alguna fuerza superior no impida que la voluntad humana, legalmente manifestada, imponga una decisión que el orden jurídico, en un estado de derecho, obliga a respetar a las generaciones presentes y futuras.

En efecto, para que tal permanencia quedara asegurada, Doña Bárbara Orfila Rotger, la hermana siempre cariñosa, corresponsal y confidente de Mateo, guardadora fiel de su memoria después de su muerte, como propietaria que era de la casa donde ambos nacieron, consignó en su testamento, otorgado en Mahón el día 31 de diciembre de 1871, ante el Notario Don Jaime Villalonga, la siguiente cláusula:

«En el evento de enajenarse en cualquier tiempo que fuere la casa número 11 de la calle de las Moreras, hoy del Doctor Orfila, deberá en la escritura prohibirse al adquirente la

(1) *El Doctor Mateo Orfila. Estudio biográfico de este químico ilustre, hijo preclaro de Mahón, seguido de una reseña del crimen Lafarge en cuyo célebre proceso intervino como perito* 2.^a tirada. Mahón, 1893.

»supresión del busto de mármol que se halla en el frontis, o sea
 »fachada principal de la misma, representando la cabeza de su
 »hermano el Dr. D. Mateo Orfila, cuyo busto ordena que so
 »pretexto ni motivo alguno pueda quitarse en ningún tiempo,
 »en términos que si por alineación forzosa o bien por temor de
 »alguna ruína tuviese que reconstruirse dicha casa, deberá
 »colocarse precisamente otra vez dicho busto en su frontis.»

De manera que la cosa está perfectamente clara, aun cuando la redacción de la cláusula transcrita adolezca de alguna deficiencia estilística.

Hecha esta digresión acerca del inmueble, volvamos al nacimiento de Orfila. El mismo día en que se produjo el feliz suceso, era el niño bautizado en la Parroquia de Santa María, de Mahón, haciéndose constar en la partida de bautismo que es hijo legítimo de los cónyuges Antonio Orfila y Susana Rotger e imponiéndole los nombres de Mateo José Buenaventura.

El camino de la vida comenzaba para él. Nacía, como pronto se pudo vislumbrar, agraciado con los mejores dones que la naturaleza puede ofrecer al hombre. Dones preciosos que le harían presionar y vencer una y otra vez las circunstancias adversas y suplir la falta de medios a su alcance. Los medios, en potencia, los llevaba en sí mismo desde que nació. En aquel día de abril de 1787 se abrían ante el recién nacido, llegado a un hogar en el que nada faltaba, unas posibilidades ilimitadas. El hilo de su vida, a través de los años, nos dirá como las aprovechó.

Si, en general, para toda la biografía de Orfila tenemos abundante documentación, nos encontramos con que para el conocimiento de su infancia y primera juventud contamos, dejando aparte sus cartas, con un documento único, de valor inestimable, en el que se han basado hasta ahora las modernas narraciones de tales períodos de su vida. Me refiero a la *Autobiografía*, que Orfila redactó en su avanzada madurez.

Este escrito es de tan alto valor que importa detenerse en



Medallón de mármol con la efigie de Orfila y lápida conmemorativa de su nacimiento que adornan la fachada de la casa natal.

él unos momentos y ver la forma como fué dado a luz. Orfila se entretuvo en narrar su propia vida, y en hacer sacar a su hijo una copia del texto original, allá por los años de 1845 a 1849. Es decir, cuando contaba de cincuenta y ocho a sesenta y dos años. Podía ya volver la vista atrás y contemplar un vasto panorama. Mas en este panorama cobran un singular encanto los detalles de la primera edad que el narrador describe con enternecedora complacencia.

Sin embargo, Orfila, dotado de un fuerte espíritu familiar, no escribe esta vez para el público, sino solamente para la familia, con la intención de dejar en su seno, con destino a las generaciones venideras, memoria de quien él fué.

De este texto autobiográfico, fundamental para estudiarle, dejó dos ejemplares, el original, que quedó en poder de la familia Orfila, en París, y la copia citada que mandó a su hermana Bárbara, toda la vida residente en Mahón.

El ejemplar conservado en Francia fué el que G. de Chapel d'Espinasoux utilizó en 1914 para dar a conocer en *La Revue Hebdomadaire* (cuadernos números 22 y 23, correspondientes a 30 de mayo y 6 de junio) *La jeunesse d'Orfila*, fragmento que alcanza hasta algo después de 1820.

Mas alguien se le había adelantado en España, en año y medio, en la publicación de ciertas intimidades juveniles de Orfila. Le había cabido la fortuna de tal descubrimiento al escritor mallorquín Miguel de los Santos Oliver, que pudo utilizar el manuscrito de Mahón, el que había pertenecido a Bárbara.

¿Cómo ocurrieron las cosas? De una manera algo misteriosa, ciertamente. La hermana de Orfila, en una fecha imprecisa, pero poco antes de su muerte, acaecida en 15 de febrero de 1873, hizo donación del preciado manuscrito a su nieto Don Juan Saura Font Squella y Orfila, en atención a que era éste entre todos sus nietos el único que había conocido personalmente a su tío abuelo Orfila.

Don Juan Saura guardó cuidadosamente durante unos cuarenta años, como quien guarda un tesoro, las veneradas memorias, hasta que un funesto día del año 1912 descubrió con horror que aquella joya familiar insustituible le había sido sustraída.

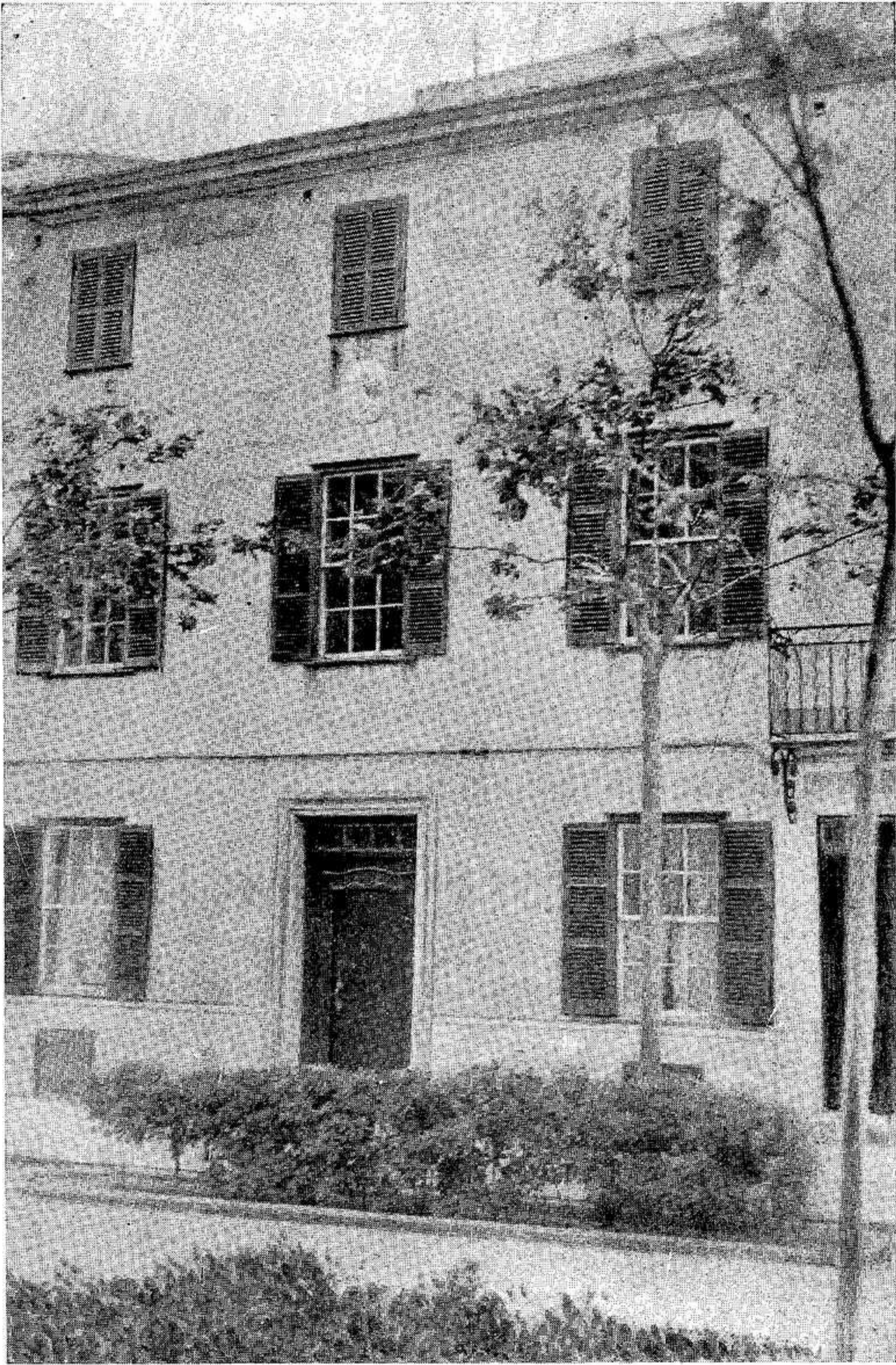
Todos estos datos me constan porque Don Juan Saura los consignó en carta dirigida al escritor menorquín, residente entonces en Barcelona, Don Angel Ruiz y Pablo, carta que, como otras de interés, han puesto a mi disposición sus hijos, mis buenos amigos Don Jesús, Doña Catalina y Don Juan Ruiz Manent.

Don Juan Saura manifestaba su asombro al enterarse de que Don Miguel de los Santos Oliver había dado en la Cámara de Comercio de Barcelona el día 29 de noviembre de 1912 una conferencia sobre el tema *Un pensionado de la antigua Junta de Comercio de Barcelona: Orfila* (1) y de que esta conferencia se basaba precisamente en la autobiografía desaparecida. Si cabía lugar a duda, ésta quedaba disipada por un artículo posterior de Oliver, publicado en *La Vanguardia* en febrero de 1913 y relativo al crimen Lafarge.

Era el manuscrito de su propiedad el que andaba por estos mundos y era utilizado contra la voluntad de su legítimo dueño. Mas en todo este asunto hay que dejar a salvo la honorabilidad de Don Miguel de los Santos Oliver, que era un perfecto caballero. Si utilizó el manuscrito, y lo utilizó por cierto de manera dignísima, fué porque se lo prestó una tercera persona, de cuyo derecho de posesión él no estaba autorizado para dudar y a quien, como es natural, lo devolvió después de utilizado.

Puesto sobre aviso, Don Angel Ruiz y Pablo, que ade-

(1) Fué editada por la misma Cámara, en forma de folleto, en 1913. Más tarde, en 1920, Oliver la incluyó en el Tomo V de sus *Hojas del sábado*, titulado *Historias de los tiempos terribles*, obra que editó Gustavo Gili.



Vista de la casa donde Orfila nació, tal como se conserva en la actualidad.

más de excelente escritor era un santo varón, intentó ayudar a Don Juan Saura en sus justificados deseos de recuperar el manuscrito, se puso al habla para ello con Don Miguel de los Santos Oliver, ambos hicieron gestiones con la mejor voluntad, pero, a pesar de todo, el manuscrito no fué recuperado. Desgracia irreparable que priva a Menorca de la mejor fuente de información sobre Orfila.

Nos queda, aparte del conocimiento parcial, aunque copioso, de su contenido, la descripción material y detallada de los cuadernos en que estaba escrito el texto perdido, descripción que Oliver cuidó de dar en su conferencia y que a continuación transcribo.

«El manuscrito está dividido en cuatro grandes cuadernos *cartonés* de papel rayado, tamaño de media hoja. La primera plana del primer cuaderno dice: *Documents pour servir à faire un jour la Biographie de mon Père.—Premier Cahier.—Ecrité par lui pendant l'été de 1847 à Passy et copié par moi en 1848.* Al verso de la misma hoja se lee un *Avantpropos* de veinticuatro líneas de letra casi microscópica, autógrafo de Orfila padre, rubricado por él y fechado en *Paris, le 25 Mai 1847.* Siguen después, sin interrupción ni división de capítulos, 132 páginas escritas por mano del hijo (Honorato Orfila), numeradas del 1 al 132, que también es la última del cuaderno, el cual se cierra con estas palabras: *Fin du Premier Cahier.*

«El segundo cuaderno está rotulado en la primera página, *Biographie de mon Père.—Deuxième Cahier —H. Orfila.* Siguen las páginas numeradas del 1 al 186, que es la última. En este cuaderno está pegada todavía, en el lado interior de la tapa o cubierta, la etiqueta del librero: *C. Edard.—16, Rue de Bussy.—Magasin de papiers, fournitures de Bureaux... etc.*

«El tercer cuaderno dice en la primera página, como el anterior, *Biographie de mon Père... etc.* Siguen 161 pági-

»nas de escritura, numeradas desde la primera y llenando
 »todo el cuaderno. Lleva también etiqueta de librero: *Caulin,*
 »*papetier.—Rue Saint-Honoré au coin de celle de Richelieu.*

»Y el cuarto y último tiene igual portada que los dos an-
 »teriores y 81 páginas escritas y algunas otras en blanco.
 »Al fin del texto se consigna esta fecha: *Paris, le 31*
 »*Mai 1849,* y la firma autógrafa del padre: *Orfila.*—Algu-
 »nas páginas y hasta pasajes enteros del manuscrito han sido
 »tachadas o substituídas con una hoja superpuesta. Hay en
 »ellas también no pocas correcciones o interpolaciones de
 »letra del mismo Doctor Orfila, las cuales recaen casi siem-
 »pre sobre la ortografía de nombres y apellidos y palabras
 »técnicas, en las cuales el copista no se muestra muy se-
 »guro».

Con todos estos datos, no será difícil identificar el ma-
 nuscrito si algún día tenemos la suerte de dar con él. En tan-
 to, agradezcamos a Oliver su trabajo de extractario y co-
 mentarlo con amenidad y competencia, si bien hay que decir
 que para el escritor mallorquín, no obstante haberse ocupa-
 do de Orfila con viva simpatía, no era el propio Orfila el tema
 central de su estudio, sino que éste lo constituía la Junta de
 Comercio de Barcelona, que fué la que mandó a Orfila a Pa-
 rís. De manera que Oliver no se hizo, en realidad, problema
 de Orfila; lo que le interesó y ensalzó en primer lugar fué la
 labor de aquella benemérita Junta de Comercio. El joven
 mahonés pensionado le ofreció primera materia de la mejor
 calidad para su conferencia apologética. Y ello redundó en
 beneficio de un mejor conocimiento de Orfila entre nosotros.

Si a Oliver le debemos buenos comentarios, a Chapel
 d'Espínassoux le debemos la publicación parcial del texto
 mismo de Orfila, servicio meritorio que bien podía haber lle-
 vado más adelante, dando a conocer en toda su integridad la
Autobiografía. Sin embargo, lo que hizo fué suficiente para

colocarnos sobre la pista en el trecho en que no la veíamos, y ahora, cómodamente, la podemos seguir.

He indicado ya que Orfila poseía un fuerte espíritu familiar. Esta era una, entre tantas, de sus buenas cualidades, y de ella tenemos abundantes testimonios. En la autobiografía se ve desde los primeros párrafos. Alude a la estimación de que gozaba su abuelo paterno y a la gran consideración de que se veía rodeado su padre. De su madre dice que era dulce y de espíritu distinguido, superior al de su esposo. Para sus hermanos Antonio y Bárbara, únicos supervivientes, con él, de los hijos del matrimonio, tiene palabras llenas de ternura.

Inmediatamente después de este brevísimo desahogo sentimental, pasa Orfila a ocuparse de sus estudios. Reconoce la alta estima en que sus padres tenían la instrucción y que hicieron todo lo posible para educarle. A falta de colegio, le buscaron un preceptor. Los hechos demostraron pocos años después que la elección había sido acertada.

Se trataba del P. Francisco, franciscano menor, que tomó a Orfila bajo su dirección cuando este tenía la temprana edad de siete años. El discípulo califica a su primer maestro de sabio gramático y hombre modelo. Aunque nos informa de que no le enseñó ni Historia, ni Geografía, ni Griego, ni Matemáticas, su juicio revela gratitud, sentimiento del que Orfila dió abundantes pruebas, y demuestra una estimación que estaba bien fundada.

El P. Francisco resultó ser, en cierto modo, un precursor del bachillerato clásico, pero interpretado de una manera demasiado exclusiva en favor del Latín.

Sólo la lengua latina fué la primera base de la instrucción y de la educación de Orfila. Más que a instruirle en variadas materias, el P. Francisco procuró darle un método de estudio, un conocimiento instrumental que abriría luego nuevas rutas a su espíritu y una agilidad de mente que ya se manifestó desde la infancia.

La experiencia a que Orfila fué sometido en el estudio del Latín, que se le enseñó como si se tratara de una lengua viva, es un magnífico ejemplo que oponer a quienes combaten su inclusión en nuestro bachillerato, por desconocer su esencial valor formativo. Se argumenta para ello que los niños no pueden entenderlo. Pero esta afirmación está muy lejos de la verdad.

Orfila, niño, entre sus siete y sus diez años, adquirió un dominio del Latín suficiente para entender esta lengua, estudiar libros en ella escritos y hablarla con su maestro y sus compañeros de clase, que eran unos doce o quince.

Conseguido este primer objetivo docente, el P. Francisco, para completar su plan formativo, introdujo a Orfila en el conocimiento de la Filosofía. Se trataba no de enseñarle a hablar tan sólo, sino de enseñarle a pensar, de darle, junto con el medio de expresión, la destreza mental necesaria para usarlo. Esta segunda meta también fué alcanzada, y de ello quedó memoria después de una prueba clamorosa y de tipo intelectualmente deportivo a la que el niño Orfila fué sometido. Los infantiles estudios filosóficos de Orfila habían durado desde los diez hasta los trece años.

Con el latín, aparte de su general valor formativo, había adquirido la llave que le abriría el conocimiento de las lenguas romances. Con la filosofía del P. Francisco había aprendido a razonar y a discutir.

De ambas destrezas se sirvió más tarde en el estudio, en la crítica de las materias que se le enseñaban, pues nunca aceptó nada sin someterlo a previo análisis y discusión, en el profesorado, en la investigación científica y en todos los aspectos de su actividad.

La obra inicial del proceso de su formación, debida al P. Francisco, había sido, no cabe duda, sólida. Mas el docto franciscano no operó solo. El espíritu infantil de Orfila se vió sometido a otras presiones culturales.

Hacia el 1796, cuando Orfila contaba nueve años, un sacerdote natural del Languedoc, que, en la desbandada del clero y de otros grupos sociales ocasionada por la Revolución Francesa, había venido a parar a Mahón, se encargó también de enseñar a Orfila. Al efecto, fué alojado en su propia casa, a mesa y mantel, además de percibir un sueldo. Su misión, mucho más de preceptor, en el sentido estricto de la palabra, que la del P. Francisco, era la de enseñar a su discípulo, salir a pasear con él y adiestrarle en el manejo de la lengua francesa.

El padre de Orfila, hombre práctico y avisado, no quería regatear a su hijo los medios de adquirir conocimientos instrumentales. Claro está que soñaba con que serían aplicados a tareas muy distintas de aquellas para las que después sirvieron. Pero su mérito de padre está en haber facilitado semejante adquisición, aprovechando para ello las más felices oportunidades que en el Mahón de fines del siglo XVIII y principios del XIX pudieron ofrecérsele y de los que su desahogada posición le permitió beneficiarse.

Durante tres años, el buen sacerdote languadociano, cuyo nombre Orfila no nos ha comunicado en sus memorias, a pesar del afecto cordial que dice reinó entre los dos, se dedicó a enseñarle la lengua francesa. A la muerte del preceptor, acaecida en 1899, su discípulo, que contaba doce años, hablaba y escribía el francés de una manera casi satisfactoria, según sus propias palabras. Lo deficiente era la pronunciación, que delataba el origen provinciano del maestro y bastaba para que el alumno pudiera ser tenido por tan languadociano como él. Esta anomalía en el aprendizaje del francés tuvo luego total remedio. De momento, lo importante era haber creado la base para el futuro dominio de la lengua que, sin sospecharlo entonces, tenía que ser más adelante el natural medio de expresión de Orfila, la lengua depositaria de una rica tra-

dición cultural a la que, en definitiva, Orfila quedaría incorporado.

Perdido este segundo maestro, en tanto que el primero continuaba en funciones, el buen padre de Orfila le buscó inmediatamente sucesor, que halló en el P. Juan, sacerdote irlandés que andaba también por Menorca. La explicación de su presencia aquí, dada la fecha, hemos de buscarla, con toda seguridad, en el hecho de hallarse la isla sometida a la tercera ocupación británica, ocupación a la que por cierto, no alude Orfila ni una sola vez en el texto de su *Autobiografía*.

Se trataría, se trató, indudablemente, de un suceso ajeno por completo al desarrollo de su personalidad. Por lo demás, la ocupación material de la isla no trajo aparejado un asimilismo inglés que, de existir, habría fracasado, pues Menorca tenía ya demasiada tradición espiritual para avenirse a ser colonia.

El tercer religioso entrado en la escena de la vida de Orfila, y también alojado en su casa, en papel de preceptor, le enseñó durante dos años la lengua inglesa. Pero, como antes había ocurrido con el francés, ahora resultaba que Orfila hablaba la lengua de Shakespeare lo mismo que un irlandés. No importaba mucho que así fuera. Lo esencial en este caso era haber abierto al joven Orfila un nuevo amplio ventanal para que se asomara al mundo de los hombres, de las ideas y de los descubrimientos.

La verdad es que en 1801, a sus catorce años, la primera fase de la preparación de Orfila podía darse por terminada. Latín, español, francés e inglés, lenguas no sabidas a medias sino todas ellas, además de la vernácula, eficientes medios de expresión para el muchacho, constituían con sus principios de filosofía, el bagaje de los conocimientos adquiridos. ¡Magnífico instrumental para lanzarse, de pronto, a la vida, como era el deseo paterno, o para lanzarse con voracidad insaciable al estudio en obediencia a la íntima vocación!

Este resultado se había obtenido a tan temprana edad y sin salir de la ciudad natal, pequeña, sí, pero, por una serie de circunstancias históricas, perfectamente cosmopolita.

Dos hechos de tipo anecdótico han de ser aquí aludidos. La temporal tartamudez de Orfila, consecuencia de un castigo impuesto por su padre, tartamudez que, por desgracia, no podía hacer presagiar sus futuros éxitos de orador académico, y de la que se curó cantando, según consejo del médico de la familia. Las consecuencias de este ejercicio curativo ofrecen un buen ejemplo a los que creen en la autoridad del refrán: No hay mal que por bien no venga. El mal que el padre, luego atormentado por las imprevistas derivaciones de su acto, causó al niño fué la causa primera del bien que a Orfila reportó, años adelante, su habilidad para el canto.

Y, el otro, su triunfo escolar, ya consignado en la tabla cronológica precedente, que sirvió para poner de manifiesto en público su dominio de la lengua latina, sus aptitudes dialécticas y su serenidad, de la que tantas veces hubo de valerse en su carrera.

No podía ser una broma para el niño, ni aun teniendo en cuenta sus condiciones de inteligencia y de entrenamiento en tales polémicas, el ponerle, en presencia de una multitud, ante un grupo de sacerdotes y frailes, hábiles sofistas, que se esforzaron en confundirle, sin conseguirlo, en la discusión de la tesis: *Impossibile est idem simul esse et non esse*.

Fué un ejercicio de gimnasia dialéctica, un juego de la inteligencia, un campeonato deportivo ganado, pero sin más fruto ni valor que el de demostrar que Orfila estaba en forma como niño observador, analista e incipiente crítico de cuanto a su vista se ofrecía.

El no quedó contento, sin embargo, pues bien comprendía que este camino no era bueno y ansiaba penetrar en el mundo de los hechos y de los conocimientos positivos.

A este tiempo pertenece su iniciación en el estudio de las

Matemáticas, campo nuevo en el que penetró como autodidacta y en el que encontramos las primeras manifestaciones de su vocación docente. Halló, es cierto, un hombre algo enterado que pudo enseñarle Aritmética y Algebra, hasta los logaritmos y las ecuaciones de primer grado, así como unas nociones de Geometría.

Orfila se entregó a este estudio con pasión, dispuesto a realizar una labor personal intensa y, recordando la máxima *fabricando fit faber* se buscó dos discípulos, muchachos de su edad, con los que hizo su primera experiencia de maestro.

La investigación y la enseñanza fueron las dos llamadas constantes que tuvieron siempre en tensión su selecto espíritu y que fueron ya oídas por Orfila en temprana juventud. Sobre este punto tendremos que volver numerosas veces.

El infantil ensayo docente salió todo lo bien que podía salir y reportó al precoz profesor buenos frutos en su propia formación y en su método de trabajo.

Un año seguido dedicó, en estos comienzos, Orfila al estudio de las Matemáticas y de las primeras nociones de navegación. Su padre quería que fuera marino, deseo muy explicable en un puerto de mar como el de Mahón, entonces sumamente activo, y en un hombre de negocios como era el padre de Orfila. El mismo procuraba despertar en el niño la afición a los viajes y entusiasmarle con la perspectiva del conocimiento de las maravillas del mar, de lejanos países y pueblos y de hermosos monumentos.

Orfila dejaba exaltar su imaginación y no se oponía al designio paterno, aceptándolo con complacencia. ¡Sería marino! A este inmediato fin se encaminaron sus esfuerzos en el décimoquinto año de su laboriosa vida.

En efecto, cumplidos los quince, Orfila embarcó en un brick mercante de diez y seis hombres de tripulación. En sus memorias consigna la fecha. Era el 15 de junio de 1802, precisamente el último día del dominio británico en Menorca. El 16

era arriada en el fuerte de San Felipe la bandera inglesa e izada en su lugar la enseña de la patria. Al cumplirse el histórico suceso, Orfila navegaba ya rumbo a Alejandría haciendo sus primeras prácticas de piloto, que fueron también las últimas.

El viaje resultó una novela de aventuras, con piratas y todo. A la ida las cosas se presentaron bien. El brick hizo escala en Argel, Túnez y Trípoli, llegando a Alejandría sin novedad. La permanencia en aquel puerto fué de tres meses. Allí había que comprar un cargamento de trigo. En tanto se realizaban todas las gestiones y operaciones, el joven Orfila permanecía a bordo y, según nos cuenta, leía y se fastidiaba. La ciudad, sucia y mal edificada, no tenía ningún atractivo para él. Los habitantes, en general mercaderes de poca monta, le eran casi repulsivos. Orfila, espíritu meditativo y selecto, estaba muy lejos de encontrarse en su ambiente.

Por fin, una vez comprado en Roseta el cargamento de trigo, que iba destinado a Sicilia, se emprendió el viaje de regreso. Puntual en la cronología, nos da Orfila la fecha. Era el 1.º de noviembre. A pocas millas de la costa empezó el asunto a ponerse serio. Como consecuencia del viento impetuoso y de la mar gruesa, Orfila se mareó y, abandonando sus funciones de piloto buscó refugio en el camarote. Dos días después el temporal, enorme, les puso en peligro de estrellarse contra la costa de Candía. Plegadas las velas, el timón inservible, calados los tripulantes hasta los huesos, sin nada que hacer ya, se encomendaban a la Virgen. El espectáculo era aterrador. Sólo un milagro de la Providencia, dice Orfila, pudo salvar a aquellos desgraciados que creían despedirse de la vida.

La tempestad había agotado su furia, el viento cedía, los tripulantes volvieron a ser dueños de la nave, el timón obedeció, las velas se desplegaron de nuevo y el peligro de mo-

rir aplastados contra la costa cretense desapareció como por ensalmo.

Orfila había tomado una decisión. Convencido de que la carrera de marino no era para él, se dijo a sí mismo: ¡Seré médico!

Mas, antes de llegar a puerto para poner en práctica su propósito, otros peligros, no menos graves ni dramáticos, le amenazaban. Al llegar al golfo de Messina, Orfila y sus compañeros, divisaron, con el consiguiente temor, un poderoso navío, un buque pirata de los que por aquellas fechas sembraban el pánico y la muerte en el Mediterráneo. Era necesario huir del peligro. Lo triste del caso fué que no se consiguió el propósito de huir. El buque pirata intimó la rendición a cañonazos. El Brick mercante no podía resistir el ataque y se entregó. Los piratas tomaron posesión de él, hicieron prisioneros a los tripulantes, que trasladaron a su propia nave, y lo desvalijaron.

Orfila y sus camaradas esperaban el suplicio y la muerte, insultos y amenazas caían sobre ellos, nada les podría salvar del fin más miserable. Entre la mediterránea jerga marinera de los piratas se entendían algunas palabras y expresiones: *empaler*, *tagliar testa*. Bonita perspectiva, en verdad, para aquellos hombres la de verse empalados o decapitados.

De pronto, y como si la cosa ocurriera en el capítulo culminante de una novela de piratas y no en la misma realidad, ve Orfila que uno de los bandidos se le acerca y le pregunta:

—¿Cómo estás, Orfila? ¿Vive aún tu padre?

A lo que el muchacho contestó:

—Sí, yo os conozco; mi pobre padre tuvo la feliz oportunidad de haceros un gran favor el año pasado.

El pirata continuó:

—No temas nada por tu vida, yo soy el segundo de a

bordo, cuñado del capitán y voy a demostrarte que el oficio de pirata es compatible con los sentimientos de gratitud.

El peligro había desaparecido. La vida de Orfila y de sus compañeros estaba a salvo y su libertad recobrada. Presos al mediodía, se veían libres a las seis de la tarde, dueños de su nave y de su cargamento de trigo. No obstante, los piratas se habían llevado el natural botín.

Continuó el viaje y Orfila pudo ver Messina, Palermo, donde el trigo fué vendido, y Nápoles. Estas dos últimas ciudades despertaron en el fracasado marino las más gratas emociones. Asistió a buenos teatros y se extasió ante el espectáculo del Golfo. En su madurez los nombres de Portici, Pompeya, Castellamare, Sorrento, Pozzuoli, Cuma, cabo Miseno y el Vesubio conservaban para él un mágico encanto.

De Nápoles vinieron a Mahón, haciendo escala en Cagliari. El viaje había durado nueve meses. Orfila tenía diez y seis años y un programa trazado para orientar su vida. Era necesario, ante todo, prepararse para poder ingresar en una Facultad de Medicina. Ahora había que entrar de lleno *en el mundo de los hechos y de los conocimientos positivos*. Las Matemáticas y las Ciencias Físicas tenían que absorber toda su actividad de estudiante.

¿Cómo emprender en serio, y en el Mahón de 1803, tales estudios? Ello no parecía posible, pero lo fué. Orfila, a su condición de superdotado unió toda la vida el sacrificio de un esfuerzo titánico, mas también hemos de convenir en que fué un afortunado. Fortuna, y no pequeña, fué en esta ocasión el poder contar con un profesor excepcional e inesperado. Era un hombre joven, entonces alrededor de los treinta y seis años, de origen alemán, llamado Carlos Ernesto Cook.

Orfila, siempre agradecido con quienes le enseñaron, nos da en las memorias una semblanza llena de afecto para este nuevo profesor. Era, nos dice, un hombre perfectamente educado, de maneras distinguidas, de carácter dulce y amable,

profundo músico y pianista distinguido, que hablaba con dominio el inglés, el francés, el italiano y el español. Para Orfila, pasados más de cuarenta años, sigue siendo un enigma indescifrable la presencia, en la isla natal, de este hombre superior.

Las enseñanzas de Cook, sedimentadas sobre los estratos que en la preparación de Orfila habían dejado sus anteriores maestros, el P. Francisco, el sacerdote languadociano y el irlandés P. Juan, obraron maravillas.

A Cook, dice Orfila con reconocimiento que le honra, le debe el haber visto claro en las cosas de este mundo. Su docencia lúcida, metódica y positiva le mostró, como nunca antes los viera, los vacíos o lagunas de su formación. Era natural que así ocurriera, pues a Orfila, antes de su viaje marítimo, más que cultura le habían dado sólidos conocimientos instrumentales para adquirirla. Y para adquirirla con rapidez. El encuentro con Cook marca para Orfila el inicio de las adquisiciones propiamente culturales.

Durante año y medio fué su discípulo, en compañía de los hermanos Roca y de Pons Mercadal, a los que cita, y de él aprendió Matemáticas elementales, Física casi experimental, Lógica y algo de Historia Natural, así como el gusto por el estudio.

En septiembre de 1804 cesaron estas clases para marchar Orfila a Valencia a estudiar Medicina. Estaba ya preparado para comenzar la carrera.

Cuando en diciembre del año siguiente, estudiando Orfila en Barcelona, llegó Cook a la capital catalana, sintió el discípulo una incalculable alegría y procuró introducir a su maestro en los medios científicos y cultos de la ciudad, en los que Cook produjo la más favorable impresión.

Pronto fue Cook un elemento destacado de la intelectualidad barcelonesa y uno de los fundadores, entre los que figuraban Aribau y López Soler, de *El Europeo*, famoso pe-

riódico fundado en 1823, vehículo de introducción del Romanticismo en España.

Algunos gérmenes románticos hubo de dejar, sin duda, Cook en el espíritu de su extraordinario alumno. Orfila y Cook volvieron a encontrarse muchos años después y el discípulo, en la cumbre de su fama, Decano de la Facultad de Medicina de París, autor de libros traducidos a todas las lenguas cultas, pero respetuoso y reconocido, por norma que nunca abandonó, supo testimoniar a su viejo maestro, casi octogenario, toda la estimación que por él sentía. Gesto bellísimo y lección ejemplar, por venir de quien viene, y que debiera aprender la enorme multitud de discípulos olvidados que año tras año abandonan las aulas y con ellas el recuerdo de los hombres que formaron o intentaron formar su espíritu.

Diez y siete años y medio tenía Orfila al llegar a Valencia. Calculaba que le serían necesarios cuatro más para poder doctorarse en Medicina. En octubre dió comienzo a sus estudios universitarios.

Su espíritu crítico, íntimamente aliado a su vocación, le permitió formarse muy pronto certero juicio del panorama científico y docente que ante él se ofrecía. Y este panorama no le satisfizo. El medio en que había caído era pobre para él y sintió la necesidad de superarlo. Otro estudiante menos dotado y preparado se habría dejado aprisionar, como tantos, por la circunstancia y habría sido su juguete. Orfila no. Su potente personalidad presionó desde el primer momento el contorno social que la oprimía, se hizo el lugar necesario, se abrió paso, se impuso.

De los profesores valencianos cita al Dr. Soriano y al Dr. Pizcueta. Soriano enseñaba Historia Natural de una manera suficiente. No podía decirse lo mismo de la enseñanza de la Química que Pizcueta tenía a su cargo. No obstante Pizcueta era un hombre notable, de espíritu distinguido, y prác-

tico consumado, mas, a pesar de ello, no había podido, o no se había sabido imponer al medio en que se movía y, manteniéndose en la vida oficial muy por debajo de sus conocimientos científicos, era esclavo de los reglamentos imperantes. De aquí que su enseñanza resultara anticuada y absurda para quien, como Orfila, aparte de sus dotes naturales para el análisis de los hechos y de las ideas, había tenido un maestro tan excelente como Cook.

En la clase de Química de Pizcueta había que recitar de memoria una lección del detestable libro de texto y, una vez cumplido este deber ritual, el desgraciado profesor, desgraciado por débil, con plena conciencia, al parecer, de su vencimiento docente, se esforzaba de palabra, pero sin prácticas de laboratorio, en informar a sus alumnos de lo que la Química era ya en aquellos días. El pobre profesor, que vivía entre dos mundos, el de su información personal y de sus ideas claras y el de su triste labor académica, dejaba caer en los oídos de sus jóvenes oyentes los nombres de los grandes químicos franceses: Lavoisier, Berthollet, Fourcroy.

La mayoría de los alumnos le escucharía como quien oye llover, pues era difícil captar el sentido de tales explicaciones desconectadas de todo hecho visible. Los nombres citados no despertaban ningún concepto en la mente de los discípulos para quienes la clase era un fastidio.

En el caso de Orfila no ocurrió así. Las citas del Dr. Pizcueta, al llegar a su cerebro siempre alerta, determinaron una inmediata reacción. ¡Aquí de los conocimientos instrumentales traídos de Mahón! Orfila podía estudiar en su lengua original las obras de los sabios cuyos nombres misteriosos, al conjuro de la voz de Pizcueta, cruzaban el aula como fantasmas inasequibles. Y dicho y hecho. Sin pérdida de tiempo pidió a París los libros que necesitaba y que recibió como quien recibe un tesoro. En efecto, tesoro eran para él, tesoro que empezó a enriquecerle, en un sentido ya claro, determi-

nado y profesional, para toda la vida. Una de las incógnitas de su íntima vocación quedaba despejada de modo definitivo.

El nombre de Pizcueta, aunque no sea más que por esta siembra fecunda de citas de autores y de descubrimientos, de los que en la Valencia de 1804 se tenía una muy vaga idea, merece en la biografía de Orfila ser citado con la gratitud que él tributó a todos sus maestros.

Realizada la adquisición de los preciados libros, la vida del estudiante Orfila se hizo bifronte. De un lado era el estudiante oficial, que iba a clase, recitaba lecciones de memoria y se desentendía ya de unas explicaciones que no le interesaban. De otro, era el joven entregado con pasión al estudio de sus libros de Química, a los que procuraba arrancar todos sus secretos. Para ello, organizó en su cuarto un rudimentario laboratorio en el que verificaba los experimentos que podía. Trabajaba de día y de noche, con esfuerzo sobrehumano, guiado por una especie de intuición genial que le decía, sin engañarle, que había encontrado su camino.

Así pasó el curso, durmiendo tan sólo dos horas diarias, asombrando con su ejemplo a los estudiantes y llamando incluso, por lo extraordinario del caso, la atención de la ciudad.

El resultado de este esfuerzo no se hizo esperar. Entre la preparación de Orfila y la de sus compañeros de curso mediaba un abismo. El alumno Orfila no era un escolar como los demás, estaba en vísperas de adquirir una aureola de precoz maestro. Al finalizar el año académico, una prueba pública y clamorosa vino a demostrarlo así.

La Universidad valenciana, cuyo prestigio científico-docente estaba en entredicho, organizó un certamen de fin de curso, entre estudiantes de primer año. A efectos de este examen-concurso, quedarían desligadas las funciones-docente y examinadora. Sabios de toda España eran convocados para intervenir como juzgadores. Lo que se perseguía era un éxito para la Universidad, que la rehabilitara ante sus detracto-

res y, lo que importaba más, ante el Poder público. El éxito buscado se alcanzó gracias a Orfila.

Se quiso dar al certamen la máxima espectacularidad. Todo el mundo fué invitado a acudir y en Valencia, durante muchos días no se habló de otra cosa. Los alumnos concurrentes eran tres, José Menchero, Vicente Ferrer y Mateo Orfila.

El tribunal juzgador estaba formado por hombres escogidos por su ciencia y probidad y que no tenían ninguna relación con el centro universitario que de esta manera quería vindicar su fama. Eran ellos el Doctor Juan Sánchez Cisneros, discípulo de Fourcroy, el Doctor José Prado, cirujano del ejército y muy versado en Química y el Doctor Isidoro Millet, también alumno de Fourcroy y antiguo farmacéutico del ejército francés.

Cada concurrente debía exponer tres temas sacados a suerte, contestando a continuación a las objeciones de los jueces.

Una multitud, entre la que abundaban los profesionales, llenaba el salón. En cuanto Orfila empezó a hablar, se convirtió en el héroe de la jornada. Según el acta de la sesión, «dió muestra de conocimientos de tal manera vastos y profundos en Química y en todo cuanto se relaciona con esta ciencia, desarrolló con tanto talento los tres temas que la suerte le había deparado, haciendo aplicaciones a las ciencias y a las artes, analizando opiniones antiguas y modernas y respondiendo con prontitud y seguridad a todas las dificultades que le fueron propuestas, que paralizó a sus contricantes y los jueces, así como la asamblea toda, le concedieron el premio por aclamación, aun reconociendo todos que los dos competidores de Orfila eran merecedores de una recompensa universitaria.»

Cuanto más valor tiene el vencido, mayor es la gloria para el vencedor. La de Orfila fué grande en aquellos mo-

mentos, puesto que se había demostrado, ante un concurso competente y selecto, como una verdadera revelación. Los mismos jueces estimaron insuficiente el premio señalado y lo juzgaron digno de que su triunfo fuera divulgado en la prensa y de que se perpetuara en la propia Universidad con esta inscripción: MATEO ORFILA VICTOR.

Y vencedor era, realmente, no sólo de sus compañeros, sino de sus mismos profesores, del ambiente universitario y social, de la circunstancia toda, de la cual, como antes en Mahón, había triunfado.

El bueno de Pizcueta no salía de su asombro.

—¿Dónde ha aprendido usted todo lo que ha dicho? preguntaba a este maravilloso alumno, al que él sabía bien que no le había enseñado tales cosas.

Las felicitaciones se multiplicaban y Orfila se sentía esta vez mucho más satisfecho que cinco años antes, cuando salió, también aclamado, de la iglesia de San Francisco, de Mahón. Ahora el éxito no se basaba en la palabrería de unas argucias dialécticas sino en el dominio de unos conocimientos positivos. Del ámbito de las vanas quimeras, sin más objeto que el de adiestrar a los escolares en la discusión, había pasado al mundo de la realidad. Y la realidad le parecía un sueño.

El primer despertar de este sueño fué debido a una denuncia anónima que algún envidioso despechado dirigió al Gran Inquisidor. El joven químico había sido acusado de profesar principios heterodoxos. No había tal, por fortuna, y así la comparecencia de Orfila ante el Gran Inquisidor se desarrolló en forma de conversación amable y afectuosa.

El Inquisidor, del que Orfila nos da el retrato más simpático, era hombre cincuentón, muy alto, de cara majestuosa, de maneras nobles y distinguidas y de vasta y profunda ilustración. Felicitó a Orfila, le preguntó quién era, de dónde venía y qué pensaba hacer. Le escuchó con paternal atención,

después de haberle interpelado acerca de las disertaciones del día anterior, y le despidió con dulzura, animándole a proseguir sus estudios y, con ellos, a honrar a España.

Este Inquisidor sería, por lo visto, un buen psicólogo y le bastó una sola entrevista para conocer qué clase de personaje era Orfila en su prometedora adolescencia y vaticinar que de él se podía esperar mucho.

Orfila tenía ya completo su juicio de la Facultad de Medicina de Valencia en la que, entre otros absurdos, se enseñaba la Anatomía sin dar a los alumnos un cadáver, y la Medicina sin casi ver un enfermo. Seguir allí era perder el tiempo. Había llegado el momento de decidir y Orfila decidió marchar a Barcelona en busca de un mejor ambiente científico y docente. Así lo escribió a su padre a la salida de la conferencia con el Inquisidor, y al día siguiente partía, obediente a los dictados de su irresistible vocación.

La etapa barcelonesa de la vida de Orfila no fué tampoco muy larga, duró dos años, pero sí resultó fecunda. Aparte de que Barcelona fué el trampolín que le permitió saltar a París, en la capital catalana intensificó su instrucción y adquirió una porción de conocimientos prácticos en materia de pedagogía superior, y en particular en lo que a la enseñanza de la Medicina se refería, conocimientos que veinte años después, en funciones de Decano, aplicaría él en la primera Universidad francesa. Así ocurrió con los exámenes de fin de curso y con la concesión de calificaciones.

En Barcelona, de un modo racional, los profesores se servían de demostraciones y experimentos para todo cuanto era susceptible de ser enseñado por estos medios.

Recuerda Orfila los nombres de distinguidas figuras: Cano, Ametller, Sangermán, Vieta y, de manera destacada, al que llama sabio profesor Carbonell.

Entregado con su abitual fervor al estudio de la Anatomía, informa a su padre, en carta que después veremos, de

sus afanes por encontrar un esqueleto de alquiler. Se conoce que no era fácil, en Barcelona, encontrar un esqueleto y, en el caso de encontrarlo, costaba el alquiler cinco o seis duros. En este trance fué Don J. Ametller quien le sacó del apuro prestándole el deseado e indispensable esqueleto, que Orfila, para no perderlo de vista, colocó junto a la cabecera de su cama.

Si en su formación científica Orfila debió mucho a Barcelona, también, y de manera secundaria, le fué deudor de inolvidables emociones que contribuyeron a su formación artística. El haber asistido a una representación de *La Molinara astuta*, de Paesiello, le impresionó de tal manera que se sintió impelido a cantar y a tocar algún instrumento, lo que llevó a la práctica inmediatamente, ejercitando de nuevo el autodidactismo para el que había demostrado ya tan singulares aptitudes.

Siguió, pues, él solo, un camino ya iniciado en Mahón, camino que le conduciría, antes de un decenio, a éxitos sociales envidiables. Los instrumentos elegidos fueron el piano, la guitarra y la flauta, pero, en el fondo, su auténtica afición y sus dones para el arte estaban en el canto.

Con más motivos que en Valencia, Orfila estuvo muy lejos en Barcelona de ser considerado como un simple estudiante. Su aprovechamiento en las aulas y su don de gentes le abrieron muchas puertas. Tuvo buenas amistades y, como ya he dicho, pudo permitirse el gesto, impropio de su edad, de introducir a su maestro Cook en los medios culturales barceloneses. Orfila era ya, para cuantos le trataban, un valor en potencia.

Esta consideración de que gozaba el joven mahonés, obtenida por su esfuerzo extraordinario y por sus gracias naturales abrió a su porvenir insospechados horizontes.

La Junta de Comercio, institución por muchos conceptos benemérita y que, con un espíritu muy siglo XVIII, se preo-

cupaba del resurgir científico y económico de Cataluña, la cual sufría aún las consecuencias de la devastación y del empobrecimiento causados cien años antes por la Guerra de Sucesión, fijó sus miras en los estudios de Química.

En esta ciencia cifraban los miembros clarividentes de la Junta las más lisonjeras esperanzas para el desarrollo de las artes e industrias en el Principado. Se decidió enviar a Madrid primero y luego a París a un joven idóneo para el cometido propuesto. Orfila fué el elegido. Patrocinaron su candidatura Carbonell y Bravo y Gassó que era el secretario de la institución. Orfila era tenido por la mejor promesa de químico que aparecía en la joven generación. Se le dieron instrucciones y se le asignó la pensión de mil quinientos francos.

Esta pensión se entendía por año y la percibiría durante cuatro; dos en Madrid y dos en París. El pensar en Madrid era debido solamente al hecho de que allí profesaba unos cursos el químico francés Proust. Al cabo de los cuatro años, Orfila ocuparía una cátedra de Química en Barcelona. Con ello, aunque permanecía dentro de la línea de su vocación, renunciaba a ser médico. Bien es verdad que, cuando lo fué, se desenvolvió de un modo brillante dentro de la ciencia y de la profesión médicas gracias, en primer lugar, a ser químico.

Ni la Junta ni Orfila sabían que el profesor Proust iba a abandonar o había abandonado ya Madrid y allá se encaminó el pensionado, encontrándose al llegar con la sorpresa de que el maestro en cuya busca iba estaba de regreso en Francia.

¡A París! Esta fué la inmediata consigna. La tentación vocacional era ahora más fuerte que nunca. La perspectiva que se desplegaba ante el estudiante mahonés no podía ser más risueña. Ir a la capital de Francia en aquellos días triunfales del Imperio napoleónico era tanto como ir a la capital del mundo. En la Ciudad Luz podría saciar su afán de saber y gustar las mieles de la civilización más refinada. Allí conoce-

ría a los hombres más distinguidos en el cultivo de la ciencia origen de su viaje. Su juventud y su fantasía no alcanzaban a soñar nada mejor.

Como complemento de tantas maravillas su situación económica sería desahogada. A los mil quinientos francos de la Junta, había que añadir otro tanto que le asignaba su familia. Le resultarían doscientos cincuenta francos al mes, suma muy respetable para un estudiante a principios del siglo XIX.

A fines de junio se puso en camino. Mas en aquel momento fué víctima de una odiosa estafa, tanto más odiosa cuanto que el autor era un querido compañero de Orfila. Abusando de la confianza le pidió mil francos de los mil cien que, al partir, constituían el peculio del viajero. Le serían reembolsados en Burgos. Orfila no lo dudó ni un momento. Pero ni en Burgos, ni en Bayona, ni en parte alguna le fué satisfecha la deuda.

En viaje por Francia y sin dinero, la situación de Orfila era dramática. Sin embargo, no se arredró. Vendió su reloj, su guitarra y una hermosa sortija y siguió su ruta en compañía de personas agradables y distinguidas no sin antes escribir a un tío suyo de Marsella, explicándole lo ocurrido y suplicándole que le remitiera fondos a París.

Él mismo nos cuenta que su pronunciación languadociana le hacía mucha gracia a una joven compañera de diligencia que constituyó el mayor encanto del viaje.

El 9 de julio, a las siete de la mañana, llegaba Orfila a la meta de sus ensueños, rico de esperanzas pero desprovisto de dinero. Él, que iba, sin todavía sospecharlo, a la conquista de París, entraba en la capital de Francia con cincuenta céntimos en el bolsillo. Horas más tarde, una remesa de trescientos francos recibidos de su tío y el cobro adelantado de una mensualidad de su pensión le devolvieron la tranquilidad perdida.

París lo deslumbró y se lo hizo suyo en un momento. El

espectáculo de las calles animadas, del gran número de coches que circulaban por ellas, de los comercios elegantes, de la multitud que todo lo llenaba, el ambiente parisino, en suma, le produjeron una sensación de plácido encantamiento que, con rapidez, hubo de ser vencida. No había ido a París para embobarse sino para trabajar. Por tanto, manos a la obra.

Lo primero tenía que ser ponerse en contacto con otro pensionado de la Junta de Comercio de Barcelona, el pintor Francisco Lacoma y Sans, nueve años mayor que él. Orfila tenía veinte. Pronto Lacoma sería su mejor amigo. Sería también su primer retratista. Su arte nos ha dejado algunas de las más bellas imágenes de Orfila.

La presentación de éste ante Lacoma se desarrolló en términos de una ingenua confianza muy propia de estudiantes. Llegó a casa del pintor después de una larga caminata de tres horas, pues quiso ir solo y a pie, desde la calle de Richelieu, donde se hospedaba en un gran hotel, hasta la calle de Orleans, junto al Jardín de Plantas. El calor de julio y la marcha excesivamente larga le habían extenuado.

—¿Es usted el señor Lacoma?, preguntó cuando el mismo visitado le hubo abierto la puerta.

—Sí.

—Pues bien, lea esta carta y permítame que me acueste en el acto.

Así lo hizo con todo desembarazo, sin preocuparse del efecto que una conducta tan rara podría producir en su interlocutor.

Acostarse y dormir fué todo uno. Tres horas más tarde despertó y la amistad entre visitante y visitado quedó sellada.

Pasado el primer momento de euforia parisiense, Orfila se procuró un alojamiento más modesto, en consonancia con su papel de pensionado y no de turista. Tuvo su habitación en la calle de Copreau, cerca del domicilio de Lacoma, lo que

era una comodidad para los dos. Así podrían verse con frecuencia.

Al propio tiempo, era Orfila presentado a dos hombres de máximo prestigio, Fourcroy y Vauquelín, que iban a ser sus maestros.

Los estudios comienzan. Asiste a la clase de Botánica de Desfontaines, a la de Mineralogía de Haüy, a las de Química de Laugier y de Vauquelin. Desde un principio, Orfila, con su lucidez, con su preparación y con su don de gentes encanta a sus profesores, que, en París como en Barcelona, se dan cuenta de que el joven que está en su presencia no es un estudiante de tipo normal. Su perspicacia psicológica de hombres de larga experiencia docente les descubre desde las primeras lecciones al superdotado, y no le miran con la superioridad, hartas veces despectiva y humillante, del catedrático frente al alumno sino con el atento cuidado con el que se asiste al maravilloso espectáculo de la formación y de las manifestaciones de una inteligencia prócer.

Y así es que como a discípulo excepcional y predilecto le distinguen. Haüy se ofrece espontáneamente a darle una clase particular de Cristalografía. Vauquelin le admite en el sagrado recinto de su laboratorio, le prodiga sus personales y preciosos consejos y pronto le nombra preparador de lecciones, bajo la dirección de Dubois, que es el jefe del laboratorio. Desfontaines, por no ser menos, le distingue con su mayor benevolencia.

¿Cómo no iba a dar soberbios resultados una situación semejante? Orfila conquistaba, es cierto, con su esfuerzo, y con su atractivo, tantos privilegios. Pero ¿qué diremos de la generosa bondad de estos egregios maestros que los otorgaban? Sabían muy bien que contribuían a formar un sabio cuya obra futura resultaría de incalculable eficacia, lo que no sabían ni podrían adivinar era que esta eficacia redundaría en provecho de Francia. Por de pronto, su magnánima do-

cencia beneficiaba a un extranjero dispuesto a regresar a su patria una vez adquirida la preparación deseada. Los profesores de París, al poner toda su inteligencia y su corazón en la enseñanza de Orfila, saltando por encima de los límites de la labor universitaria preparaban un regio presente a España y, en particular a Barcelona. Su conducta es de un altruísmo impresionante. Mas el oscuro destino de los hombres lleva a veces sus vidas por cauces distintos de los vislumbra- dos. Y en el caso de Orfila, al ocurrir así, se invirtieron los términos y lo que en 1807 y 1808, y en los inmediatos años sucesivos, podía parecer un obsequio valiosísimo de Francia a España resultó, en definitiva, un regalo de España a Francia. Regalo digno de quien lo hacía, digno también de quien lo recibió.

La santa continuidad de Orfila en el trabajo, como antes en Valencia y en Barcelona, proseguía en París con el mismo ahincado tesón, pero valiéndose aquí de medios mucho más eficientes. Tiene a su disposición el Jardín de Plantas para el estudio de la Botánica, el laboratorio para el de la Química, los gabinetes del Museo y el domicilio particular de Haiüy para el de la Mineralogía.

Nuevo motivo de íntimo gozo fué un encargo de Fourcroy. Orfila fué el designado para prepararle unas lecciones de Química animal.

En octubre del mismo año de su llegada a París se lanza al estudio de la Zoología que viene a sustituir el de la Botánica. Dos o tres horas diarias las pasa en los gabinetes. Nuevos maestros se suman a los ya citados: Lamarck, Cuvier, Geoffroy Saint-Hilaire... La adquisición de conocimientos por parte de Orfila lleva una marcha acelerada, todo lo acelerada que le permite su infatigable cerebro y que su resistencia física, a toda prueba, le consiente. Orfila sabe que la Ciencia o se conquista así o no se conquista. Entre el asedio y el asalto, como procedimientos para la ocupación de una

plaza, se decidió por el asalto, y acertó Mas esta clase de asaltos exigen fuerzas bien dotadas y organizadas. Las de Orfila lo eran.

Corría el curso de 1807 a 1808. La epopeya napoleónica asombraba al mundo. El drama de la Historia Universal, siempre intenso, había cobrado desde fines del siglo anterior una redoblada intensidad, que conservaba sin decaimiento gracias a la grandeza humana del protagonista. La política internacional y su consecuencia, la guerra, apasionaban a Europa.

Orfila, absorto en el estudio permanecía ajeno a todo ello. Para él la vida en torno carecía de interés. Los conflictos, las alianzas, las operaciones militares, las conquistas eran meros accidentes sin importancia. La Ciencia lo era todo y a ella se había entregado en cuerpo y alma.

Pero, como hemos ya dicho y repetido, su vocación era doble: investigación y enseñanza. Las dos facetas complementarias que integran a todo verdadero universitario. Si un investigador no se improvisa, tampoco se improvisa un buen maestro. Y Orfila, paralelamente al esfuerzo realizado para ser hombre de ciencia, para ser investigador, realizó otro esfuerzo no menos laudable para llegar a formarse como maestro universitario, para dominar la técnica de la enseñanza en una clase de Facultad, equilibrando así los dos valores que en su potente personalidad se daban.

Para ser llamado a formar médicos en la primera Universidad de Francia no se podía ser ni sólo científico sin pericia didáctica, ni simple divulgador sin categoría científica. Orfila, hombre perfecto en la cátedra, sobresalió en los dos aspectos, dando con ello a su actuación un tono de gran dignidad. Y si pudo darse, llegado el día, y durante largos años, esta dignidad externa y visible, que algunos, errónea o malévolamente, han llamado arte escénico, fué porque Orfila gozaba de una gran dignidad mental.

El resultado obtenido, visto desde el público, la apariencia de natural facilidad en el dominio de su oficio, no permitían adivinar la dura ascensión de Orfila para llegar a la cumbre de tal maestría.

Ya hemos observado antes un infantil ensayo docente suyo, primer síntoma de esta dirección vocacional. Ahora, en París, vamos a asistir a la metodización en toda regla de estas aficiones, ante un público adulto y comprometedor, con una materia de enseñanza en extremo delicada y, en suma, con un perfecto sentido de la responsabilidad por parte de Orfila.

Esta que podemos llamar escuela práctica del profesado la debió nuestro químico a la feliz iniciativa de un notable amigo suyo, el rico propietario señor Barrat, domiciliado en la calle de Bac y que había organizado en su domicilio un laboratorio bien nutrido de máquinas y aparatos. Propuso el Sr. Barrat al joven Orfila que diera en su casa un curso de Física y Química, repitiendo en sus lecciones los principales experimentos que hubiera visto en el Colegio de Francia y en otras partes. Orfila aceptó y durante todo el invierno de 1807 a 1808 dió sus clases, de cuatro a cinco de la tarde, ante un público que, si no era numeroso, por lo menos resultó fiel al joven profesor y siguió con el máximo interés todo su curso. Orfila, así, se habituaba a exponer con orden lo que había aprendido.

Ya en abril de 1808, Barrat le gastó al aprendiz de maestro una broma que todos sus biógrafos han recogido por su valor simbólico. Invitóle a comer un día en que iba a tener algunos invitados, sin decirle quienes eran estos. La comida, al estilo francés, iba a ser después de la hora de la clase. Orfila, sin preocuparse en pensar en sus posibles compañeros de mesa, marchó al laboratorio y empezó su explicación. Calcúlese su asombro cuando, en mitad de ella vió entrar a sus maestros Fourcroy y Vauquelín, que eran dos

de los invitados. El momento fué de emoción por la aureola que nimbaba a estos dos hombres ilustres, a los que todos los alumnos en pie testimoniaron silenciosamente su respeto. Orfila les invitó a sentarse y continuó la explicación, que versaba sobre la electricidad animal. La lección, hasta aquel momento sin importancia, se convirtió para él en una lección de prueba. Se sentía juzgado por quien con más autoridad podía juzgarle. Al terminar la clase sus maestros le felicitaron animándole a continuar la tarea emprendida. La formación docente del futuro profesor de la Facultad de Medicina estaba en marcha. Orfila se sentía feliz y no podía sospechar que otro suceso de signo contrario vendría a llenar, en breve, de preocupaciones y zozobras su vida estudiantil.

El 2 de mayo en Madrid y la Guerra de la Independencia española contra Napoleón cambiaron el rumbo de los destinos de Orfila, como antes lo había cambiado la decisión de la Junta de Comercio de Barcelona. En su ruta por los años de la primera juventud, observamos en la biografía de Orfila una especie de movimiento pendular. Oscila de la Medicina a la Química, de la Química a la Medicina, para volver a la Química de nuevo. El resultado de estas oscilaciones, una vez terminado este movimiento y alcanzada una posición estática, la síntesis que se obtuvo por la fusión de ambas atracciones, fué lo que, en perfecta lógica, podía esperarse de tales elementos reunidos en un solo hombre: la formación de un toxicólogo y, consecuentemente, de un médico-legista.

Veamos los sucesos del mundo exterior que de semejante manera determinaron las decisiones de Orfila y prefijaron sus inmediatas metas.

La guerra entre España y Francia dejaba a Orfila aislado en París, sin comunicación con su familia ni con la Junta de Comercio de Barcelona, privándole de recibir las respectivas pensiones que tenía asignadas. ¿Qué hacer y cómo

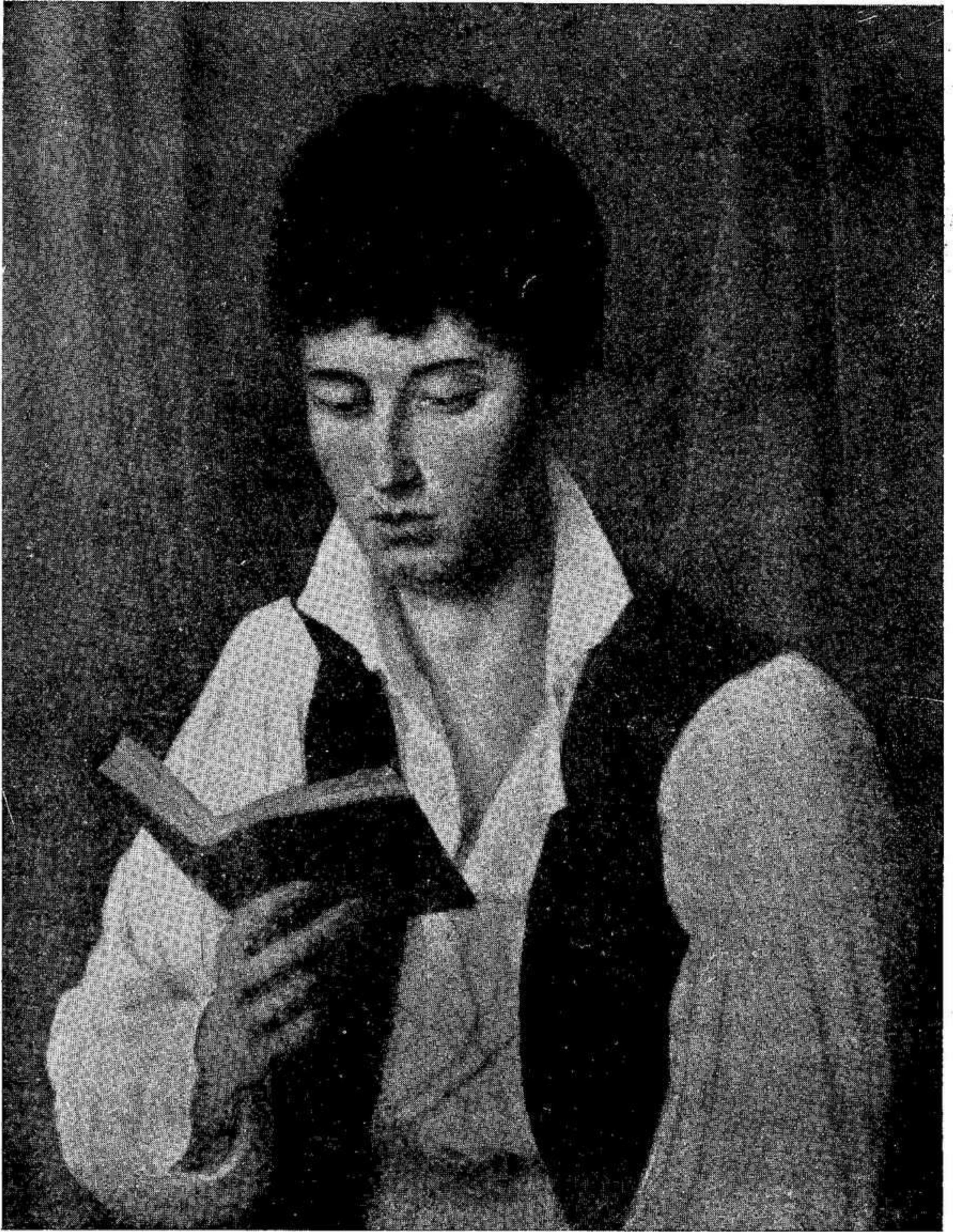
ganarse la vida en tales circunstancias? se preguntaron Lacoma y él.

Orfila había descubierto en su compañero, no obstante dedicarse éste a la pintura de flores, con exclusión de todo otro género de arte, unas brillantes disposiciones que le permitirían ampliar su actividad pictórica. Y así fué que le aconsejó dedicarse al retrato, en la seguridad de que pronto lo dominaría y se pondría en condiciones de ganarse la vida. Orfila se ofreció como primer modelo y el retrato salió, a los seis días, de los pinceles de Lacoma con todo el encanto de una doble promesa juvenil; la promesa de artista que era el pintor y la promesa de sabio que era el retratado (Lám. IV).

Esta coyuntura nos permite trazar conocimiento con la persona física de Orfila. Hasta ahora hemos podido trazar su perfil moral, pero sin verle la cara. Gracias al primer ensayo de Lacoma como pintor de retratos podemos tener la sensación de que es el propio Orfila, en carne y hueso, el que se asoma a estas páginas.

Después de saber de él todo lo que ya sabemos, el contemplarle por primera vez no nos decepciona. Este muchacho en mangas de camisa, atento a la lectura del libro que tiene en la mano nos da la misma impresión de inteligencia y seriedad que del conocimiento de su vida hemos sacado. Acaso demasiado infantil para su edad, no aparenta, a primera vista sus veintiún años. Su figura irradiaba simpatía. Mirándole, estudiándole, en relación con lo ya sabido, acabamos de comprender, de un lado, su psicología, de otro, la actitud de los profesores ante él.

No obstante la añorada delicadeza de sus facciones, toda su cara refleja decisión. La decisión con que en aquellos tristes días veraniegos de 1808 impulsó a Lacoma hacia nuevas metas artísticas; la decisión con que él mismo se dispuso a superar la crisis abierta en la vida de ambos por la guerra de España contra Napoleón.



Orfila a los veintiún años. Primer retrato de Lacoma.



Orfila se disponía a dar clases de Música, de Inglés, de Física y de Química, sin descuidarse de pedir a su tío Cravino, de Marsella, auxilio económico en forma de adelantos que le serían reembolsados. Y, en efecto, el tío le facilitó la suma de cien francos mensuales.

En cuanto a los estudios, fué también preciso adoptar algunas medidas. En busca de una profesión que pudiera constituir un medio de ganarse la vida, Orfila pensó de nuevo en la Medicina, abandonada en Barcelona ante la esperanza de la cátedra de Química ofrecida por la Junta de Comercio. Había que terminar la carrera, llegando al doctorado. Se matriculó, pues, en la Escuela de Medicina, cambiando de alojamiento para instalarse cerca de la misma. Y, así las cosas, parecía que todo se encaminaba otra vez. Se encaminó, es cierto, pero no sin dificultades.

En este momento de la vida de Orfila hay que registrar un episodio de los más conocidos y repetidamente expuestos, su encarcelamiento en París por ser español. Pero más que el encarcelamiento, medida general adoptada contra los subditos de un país que se había convertido en enemigo, lo interesante fué la forma de la liberación.

En los primeros días de la Guerra de la Independencia, los españoles que se encontraban en Francia gozaron de libertad, pero después de la batalla de Bailén, que fué un rudo golpe moral para las armas napoleónicas, el Emperador, enfurecido, dictó medidas contra los españoles residentes al otro lado de los Pirineos.

De nada sirvió para evitarlas el que, a invitación del Embajador de España en París, prestaran, de grado o por fuerza, el juramento de fidelidad al nuevo Rey, José Bonaparte. Orfila y Lacoma lo prestaron, a disgusto, no hay que decirlo, porque era la única forma de salvar la libertad y, con ella, de proseguir sus planes. Prestado el juramento, éste debía ser inscrito en la Prefectura de Policía, donde obtendrían un

salvoconducto. Orfila cuenta en detalle las peripecias de aquel día que terminaron su amigo y él, dando con sus huesos en la cárcel, o, mejor dicho, en un calabozo de la Prefectura. Entre otras indicaciones les anunciaron que, si conocían a algunas personas importantes en París, podían escribirles para que fueran a reclamarles y que, tal vez, conseguirían la libertad bajo fianza.

Los dos amigos escribieron una enorme cantidad de cartas. Entre las de Orfila había una para Fourcroy y otra para Vauquelin. Pasada la primera noche en un total insomnio muy explicable, Orfila fué llamado al despacho de un funcionario. Allá fué, imaginándolo todo menos lo que le esperaba. Vauquelin en persona iba a reclamarle y a responder de él. Para mayor solemnidad y eficacia, se había presentado vestido con el uniforme de miembro del Instituto. Eran las siete de la mañana. Orfila estaba libre gracias a la bondad de su maestro que con la máxima prontitud había acudido a salvarle.

Orfila fué inmediatamente a visitar al Embajador para contarle lo ocurrido y procurar la libertad de Lacoma quien la misma mañana salía también del calabozo.

Puede decirse que todos los españoles que había en París fueron detenidos y luego confinados en apartados lugares de Francia. Sólo unos pocos escogidos pudieron quedar en la capital. Orfila fué de estos pocos privilegiados gracias a la protección de Vauquelin.

Ya sin obstáculos, prosiguió sus estudios durante tres años, hasta 1811. Sus exámenes para el doctorado duraron desde el 11 de mayo hasta el 9 de agosto del citado año. Al finalizar el mismo, el día 27 de diciembre, sostuvo su tesis titulada *Nuevas investigaciones sobre la orina de los ictericos*, siendo sus ejercicios brillantemente calificados. Era Doctor.

El padre de Orfila confiaba en su regreso a Mahón. Al

efecto, había dado instrucciones al tío Cravino para que dejara de remitirle la subvención estipulada, tan pronto se hubiese doctorado, y le facilitara únicamente trescientos francos para el viaje de vuelta a la isla natal. Esta suma llegó a manos de Orfila el 28 de diciembre de 1811, o sea al día siguiente de obtener el grado. En aquellos momentos tenía Orfila por todo capital la cantidad de seis francos. Sin embargo fiel a su vocación, no quiso volver a su tierra a vegetar como médico de pueblo. Necesitaba volar más arriba y a ello se dispuso, costara lo que costara. Rechazó la invitación paterna y devolvió, en un gesto magnífico, los trescientos francos. Sus palabras fueron: *Gracias, el Cielo me ayudará.*

Y le ayudó, porque él se ayudaba. A los diez días de tomada su irrevocable decisión, abría un curso de Química de cien lecciones. Ya no se trataba de un ensayo, como antes en casa de Barrat, sino de un trabajo perfectamente profesional, definitivo y remunerado. Se inscribieron cuarenta alumnos, abonando cada uno cuarenta francos. De manera que, de momento, contó con mil seiscientos francos. Esto le hizo pensar que, dedicándose a la enseñanza privada, podría alcanzar una posición modesta, pero desahogada. Además, algunos amigos le ayudaron. Un condiscípulo suyo le proporcionó gratuitamente el local para sus clases; otro se encargó de prepararle las lecciones sin retribución alguna. Así sus primeros ingresos no se vieron mermados.

En tanto se dedicaba a la enseñanza privada, Orfila pensaba ya en la Facultad de Medicina. Sus aspiraciones empezaban a concretarse y su formación docente adquiriría una finalidad bien determinada.

Acabado su primer curso de Química, abrió el segundo durante el verano del propio año 1812. Esta vez en su laboratorio de la calle Foin-Saint-Jacques. Además daba otro curso de Botánica. Trabajaba con celo y perseverancia ejemplares. Pronto estuvo acreditado en París como profesor par-

ticular y a esta actividad dedicó siete años fecundos de su vida, desde 1812 hasta 1819, o sea desde sus veinticinco hasta sus treinta y dos años.

Su aula se vió siempre llena. En ella enseñaba indistintamente Química, Medicina legal, Botánica o Anatomía. Es decir todas las materias afines y necesarias a la especialización, que se iba creando en él, de toxicólogo y médico-legista. Nos cuenta en sus memorias que, en aquel período, tales actividades docentes le reportaban unos ingresos de ocho a diez mil francos por año.

Pero no se crea que la enseñanza sola llenaba su vida en aquellos años. La otra faceta de su vocación, la investigación científica, se manifestaba de manera brillante y sensacional. El inicio de sus éxitos en esta dirección fué debido a una feliz casualidad de la que él mismo nos informa en la *Autobiografía*.

El pasaje, que merece ser traducido literalmente, dice así:

«En abril de 1813, un día en que yo había hecho la historia del ácido arsenioso y en que acababa de mostrar a más de ciento cincuenta alumnos los diversos precipitados que la disolución de este cuerpo da con ciertos reactivos, cuidé de añadir: «Lo mismo ocurriría si el ácido arsenioso estuviere mezclado con vino, café, caldo, etc...» y como precisamente tenía a mi lado una taza de café con agua, hice una mezcla de esta bebida y de la disolución arsenical. «Van ustedes a convencerse de la exactitud de lo que afirmo» dije a aquellos señores. ¡Nada de ello! El agua de cal, que debía dar un precipitado blanco, dió una mezclanza gris violácea; el sulfato de cobre amoniacal dió un precipitado oliváceo negruzco, en vez de un precipitado verde prado, etc... ¡Júzguese de mi turbación! Atribuí estos resultados a la presencia de materias orgánicas y coloreadas, sin poder explicar exactamente lo que había ocurrido.»

«Inmediatamente después de la sesión, me procuré caldo,

»vino, té, leche, etc. y me entregué a un gran número de en-
»sayos que me enseñaron que, si no todos, al menos la mayor
»parte de los venenos, cuando están mezclados con líquidos
»vegetales o animales, no podrían ser descubiertos por los
»medios puestos en práctica hasta entonces. Inmediatamente
»corrí a la biblioteca de la Facultad para consultar a Franck,
»Plenck y la parte de las obras de Medicina legal relativa al
»envenenamiento. ¡El hecho capital que acababa de sorpren-
»derme no había sido observado por nadie! Mi primer pensa-
»miento fué éste: la toxicología no existe, por tanto, puesto
»que diez y nueve veces de cada veinte el médico-legista, en-
»cargado de descubrir si hay o no envenenamiento, opera so-
»bre materias sospechosas, coloreadas por los jugos alimen-
»ticios, la bilis, etc... y que los autores no han pensado jamás
»en resolver los problemas de este género. Decido enseguida
»que voy a estudiar el asunto con cuidado y persuadido de an-
»temano de que los resultados de mi trabajo serán nuevos e
»interesantes, corro a casa del librero Crochard, que no me
conocía.»

—«¿Quisiera usted comprar e imprimir una obra de to-
»xicología en dos volúmenes?, le dije.

—»¿Quién es usted?, me respondió.

—»Orfila.

—»Le conozco por lo que me han dicho de usted muchos
»de sus alumnos, sí, consiento en tratar con usted.»

«Una hora después firmábamos un contrato por el cual
»Crochard se comprometía a pagarme cinco mil francos por
»una obra en dos tomos titulada: *Toxicologie générale*,
»etc... cuya primera edición constaría de mil quinientos ejem-
»plares; yo me comprometía, por mi parte, a no percibir por
»las tiradas sucesivas más que una suma de seiscientos fran-
»cos por edición.»

La toxicología no existe, pudo decir Orfila después de
constatar su descubrimiento. *La toxicología existe*, se pudo

afirmar después de los sucesos narrados en los párrafos precedentes. Una nueva ciencia había sido inventada. El primer maravilloso resultado de la formación científica de Orfila era ya un hecho tangible. Como coronación del ejemplar esfuerzo en el estudio durante la infancia y la adolescencia. Orfila, en la primera juventud, se colocaba, de un salto, en un lugar preeminente y atraía la atención de los medios científicos internacionales. Podía sentirse satisfecho y orgulloso. Su obra venía a revolucionar el mundo del crimen.

La era de los envenenamientos, de tradición multiseccular, tocaba a su fin. Los envenenadores ya no podrían vivir tranquilos ni quedarían impunes. Sus crímenes no permanecerían envueltos en misterio impenetrable. La acción de la justicia había encontrado en Orfila uno de sus más poderosos auxiliares. La Medicina legal daba con las investigaciones de Orfila un avance gigantesco. Se ensanchaban con ello los dominios del bien, en tanto que los dominios del mal quedaban empequeñecidos. La primera gran obra de Orfila resultaba, pues, no sólo de gran valor científico sino de una trascendencia social enorme.

Vauquelin, el maestro, podía estar también orgulloso y satisfecho de semejante discípulo cuya genialidad supo intuir seis años antes, a su llegada a París.

El libro, de manera tan curiosa vendido por Orfila y comprado por Crochard, empezó a imprimirse en el invierno de 1813 a 1814. Consta de dos tomos, cada uno de los cuales está dividido en dos volúmenes. El tomo primero apareció ya en 1814. El tomo segundo vió la luz en 1815.

Su título completo es el siguiente: *Traité des poisons tirés des règnes minéral, végétal et animal, ou Toxicologie Générale considérée sous les rapports de la Physiologie, de la Pathologie et de la Médecine légale* (Lám. V).

En la portada, el nombre del autor aparece, por error que se repitió en otras obras suyas, escrito así: *M. P. Orfila*.

TRAITÉ DES POISONS

TIRÉS

DES RÉGNES MINÉRAL, VÉGÉTAL ET ANIMAL,

OU

TOXICOLOGIE GÉNÉRALE,

Considérée sous les rapports de la Physiologie, de la
Pathologie et de la Médecine légale;

PAR M. P. ORFILA,

Naturaliste pensionnaire d'Espagne, Docteur en Médecine de
la Faculté de Paris, Professeur de Chimie et de Physique;

Précédé du Rapport fait à la Classe des Sciences physiques et mathématiques
de l'Institut de France.

*Unicum signum certum dati veneni est notitia botanica inventi veneni vegetabilis,
et criterium chemicum dati veneni mineralis. ПАНЧ, Toxicologia.*

TOME PREMIER — I^{re} PARTIE.



A PARIS,

Chez CROCHARD, Libraire, rue de l'École-de-Médecine, n^o. 5.

1814.

Portada de la primera edición de la *Toxicología*.

En realidad se llamaba, como ya se ha dicho al principio de este trabajo, Mateo José Buenaventura. Pero no Pedro, según aparece, con todas las letras, en alguna edición española.

Quiso Orfila que su *Traité des poisons* constituyera un homenaje a su más querido maestro y a él se lo dedicó en forma que, aunque enfática y solemne, refleja su bondad y su reconocimiento. El texto de la dedicatoria merece ser reproducido para perpetuar en este centenario el homenaje que a Vauquelin quiso rendirle su mejor discípulo. Es el siguiente:

A monsieur

VAUQUELIN

Monsieur,

En vous dédiant cet ouvrage, je n'entreprendrai point de faire l'éloge de vos talens ni de vos qualités sociales: les uns vous ont rendu immortel chez tous les peuples civilisés, les autres font constamment le bonheur des personnes qui vous entourent. Il appartient à une plume éloquente d'être l'interprète de l'admiration que vous excitez; quant à moi je me borne à vous exprimer les sentimens de la reconnaissance la plus sincère pour les bontés dont vous m'avez comblé et pour les lumières que vous m'avez communiquées.

Orfila.

En el primer volumen, a continuación de un prefacio del autor, modelo de claridad en la prosa científica, se inserta el informe o *Rapport* emitido acerca del *Traité* por los miembros del Instituto Pinel, Percy y Vauquelin, así como la aprobación del mismo por la Sección, o *Classe*, de Ciencias Físicas y Matemáticas de dicha alta corporación, con la firma del Secretario perpetuo Cuvier.

El informe es un análisis crítico sumamente elogioso del trabajo de Orfila. En él se recalca que:

«Un traité complet sur cette matière manquait à la mé-

»decine et à la jurisprudence; ceux que nous possédons sont o
 »incomplets o inexacts; on recherche en vain dans les uns les
 »moyens de reconnaître la nature des poisons; dans les autres
 »on ne trouve aucune description des lésions organiques pro-
 »duites par les matières vénéneuses; et la reunion de toutes
 »les connaissances particulières sur cet objet serait loin de
 »former un ensemble qui pût suffire à tous les cas.»

«Il était donc nécessaire, pour composer un livre sur cette
 »partie, tel que les connaissances actuelles peuvent le permet-
 »tre, de se livrer à une suite de recherches très-nombreuses
 »et très-déliçates: c' est ce que M. Orfila a eu la courage
 »d' entreprendre...»

El espaldarazo estaba dado y Orfila se veía reconocido como un hombre de ciencia que había prestado un grandiosísimo servicio a la humanidad.

El volumen segundo de la primera parte y el primero de la segunda parte llevan informes similares. Orfila no había perdido el tiempo. Desde el momento en que hizo el primer descubrimiento hasta la fecha en que el conjunto de la obra estuvo publicado habían transcurrido dos años. Dos años de estudios incesantes, de afanes y de angustias, de consultas de libros, de redacción del propio texto, de corrección de pruebas, de experimentos inacabables y costosos que, según sus propias palabras, tenían por objeto la investigación de los venenos en la materia de los vómitos y en el canal digestivo. Muchas noches hubo de pasar totalmente en vela, dedicado a cuidar los animales sometidos a los ensayos. Sacrificó más de cuatro mil perros para estudiar la acción de los tóxicos sobre la economía animal, los síntomas y las lesiones de los tejidos que determinan, así como el valor de las substancias que pueden ser administradas como contravenenos.

El clamor producido por el *Traité des poisons* fué inmenso. En el acto fué traducido al inglés, al alemán y al italiano. También se editó en los Estados Unidos. A la difusión del li-

bro se unieron los honores, y el más señalado para el joven autor fué el que la *Académie des Sciences* le nombrara Miembro Correspondiente.

Toda esta fama, todo este prestigio los había alcanzado a los veintiocho años de edad.

Él sintetiza su emoción en una carta a su padre, diciéndole: «Juzgue V. quan grande ha sido mi gozo al ver que »he podido hacer una obra clásica y original, viviendo en un »pays extranjero, no teniendo otro recurso que mis manos y »escribiendo en francés.»

En tanto que todo lo reseñado iba ocurriendo, ocurrían también en la vida de Francia, en la de España y en la vida de Orfila, otras cosas importantes.

Napoleón, después de su temporal confinamiento en la isla de Elba y de sus Cien Días, desaparecía definitivamente de la escena del mundo y marchaba, prisionero, a morir en Santa Elena. Al Imperio caído sucedía la Monarquía borbónica resucitada.

Orfila, aunque todavía no era francés, no vaciló en declararse legitimista y fué, en la buena sociedad parisiense, un hombre típico de la Restauración. En este momento histórico, la imagen de Orfila es la que nos ha dejado Lacoma en su segundo y tercer retrato. (Láms. VI y VII).

Una vez evacuada España por las tropas francesas y restablecida la paz, Orfila, fiel a sus compromisos, escribió a la Junta de Comercio de Barcelona agradeciéndole lo que había hecho por él y poniéndose a su disposición por si persistía en su propósito de crear la segunda cátedra de Química, según el acuerdo de 1807. La Junta no tardó en responderle que, debido al azote de la guerra que acababa de devastar a España y al consiguiente hundimiento de la economía nacional y local, le era imposible hacer nuevos gastos.

Realmente, la vuelta de Orfila a Barcelona para regentar la proyectada cátedra de Química y desde ella procurar

el desarrollo de la técnica industrial en dicha ciencia basada, habría beneficiado en gran manera a la industria catalana renaciente, pero Orfila no habría sido Orfila fuera de París y desviado del camino definitivo que su fundamental descubrimiento en materia de venenos le había marcado.

Se dieron en su vida circunstancias adversas, que le obligaron a luchar y a las que hubo de vencer. Pero también se dieron otras circunstancias que, por tristes que fueran para España, contribuyeron a la feliz carrera de Orfila, impulsándole al desarrollo de su propio programa vital en momentos en que una cierta, acaso total, inconsciencia del mismo, le habría hecho seguir otras rutas.

Hubo en verdad, en la vida de Orfila, una dura lucha contra el contorno social. Mas, en ocasiones, fué este mismo contorno social el que, por providencial designio, marcó a Orfila su recta vía. Ocasión de este tipo encauzador, circunstancia coadyuvante a la creación del hombre Orfila fué la obligada negativa de la Junta de Comercio barcelonesa, su renuncia dolorosa a la utilización de los servicios del químico ya ilustre en provecho del renacimiento económico de la región.

Otra circunstancia de la misma clase fué la que privó, asimismo, a Madrid de sus renovadoras enseñanzas y a España de beneficiarse de las ideas docentes que, en materia de Química, tenía Orfila perfectamente concebidas a sus veintitantos años.

En 1815, descartada ya la solución barcelonesa, era Orfila solicitado desde la capital de España. Estábamos en el período absolutista que va desde el 1814 hasta el 1820, período en el que se consideraba funesta la manía de pensar y en el que los mal avenidos con el régimen imperante tenían que callar, o emigrar, o que permanecer en la cárcel. No era un clima muy propicio para un espíritu como el de Orfila acostumbrado al ambiente superior de París. La obediencia ciega,



Orfila en los comienzos de su éxito como profesor, investigador y hombre de mundo. Segundo retrato de Lacoma

sin razonamientos, no era para él y por esto no se avino a servir a la política fernandina.

Fué el propio Presidente del Consejo de Ministros el que le comunicó que Su Majestad le había nombrado profesor de Química en sustitución de Proust. La noticia se extendió por París, en los medios que Orfila frecuentaba, produciendo penosa impresión, puesto que ya se le consideraba y codiciaba como un valor francés. El asunto se resolvió en favor de Francia y el gobierno de España contribuyó a la decisión.

Bastó para ello que Orfila, antes de aceptar el nombramiento, remitiera a Madrid una memoria exponiendo sus puntos de vista acerca de la enseñanza de la Química y trazara un plan para la eficacia de la difusión de su conocimiento en España.

La respuesta del ministro, de típico sabor fernandino, fué que no era de la competencia de Orfila el trazar planes de estudio, que aceptara, si quería, la cátedra, pero sin poner condiciones y que, en este caso, se pusiera en camino.

Ante tales perspectivas, Orfila resolvió quedarse en París, donde, como primer estímulo para su captación se le ofreció y se le dió un nombramiento de Médico de Cámara del Rey Luis XVIII.

He dicho primer estímulo y he dicho mal. No era el primero. Otros le habían precedido en el tiempo y, con toda seguridad, le superaban en eficacia atractiva. Estos otros estímulos eran dos, la vida social entre las personas más distinguidas de París, cuyo trato Orfila frecuentaba íntimamente, y su matrimonio con una joven francesa, atrayente por su hermosura, su educación y su refinada espiritualidad.

Sobre estos puntos me abstendré de extenderme en prolijas consideraciones, pues alguna de las cartas de Orfila, que más adelante inserto, me releva de hacerlo por su extraordinario valor documental. No obstante, con el fin de tener una idea de conjunto de lo que fué la vida privada de Orfila en

estos años, hay que volver atrás la mirada para ver como se colma el vacío que hemos dejado.

Orfila, que no era ni un anacoreta ni un misántropo, sino, todo lo contrario, un hombre de una gran sociabilidad y del don de gentes que ya hemos visto como explotó con sus maestros, no podía permanecer aislado.

Paralelamente a su vida científica y docente, que, en resumen, queda expuesta y que hizo de él, primero, el profesor de moda y, después, a la aparición de la *Toxicología*, el sabio de moda, Orfila desarrolló su vida de hombre de salón y de cantante. De cantante aficionado, claro está, pero que no lo fué profesional porque no quiso serlo.

Era en 1811, antes de doctorarse en Medicina, y a sus veinticuatro años de edad, cuando un amigo suyo le presentó en casa del escultor Lesueur, artista distinguido, más tarde miembro del Instituto de Francia, y hombre modelo, según dice el mismo Orfila, que, por convertirse en su yerno y tratarle con toda intimidad pudo conocer a fondo sus bellas cualidades. El ambiente de la casa de Lesueur resultó encantador para Orfila y lo más encantador de todo fué para él la hija del escultor, Gabriela, la mayor de tres hermanos, a la que pronto le unió una firme amistad, sustituida en breve por un sentimiento amoroso que les llevó al matrimonio.

Gabriela tenía diez y ocho años cuando Orfila la conoció, tocaba el piano a la perfección y cantaba con gusto y sensibilidad. Su voz era una hermosa voz de soprano, *de timbre delicioso y de justeza irreprochable*, como escribía Orfila en sus memorias. Se la comparaba a la Barilli, entonces famosa.

La impresión que produjo en Orfila fué grande. Dada su afición y sus magníficas disposiciones para el canto, que había fomentado bajo la dirección de la propia Barilli, amiga suya y, en cierto modo, su maestra, era natural que Gabriela se convirtiera en un precioso estimulante para él. Cantaron



Orfila a los veintiocho años. Tercer retrato de Lacoma.

algunos dúos el mismo día en que se conocieron. Aquel día les unió el destino para siempre y el dúo duró cuarenta y dos años, toda la vida.

Orfila, bien aleccionado en materia de canto, influyó en el arte de su amiga, o de su novia, desde los primeros momentos. El canto era para el químico el descanso de la investigación y de la enseñanza. Fué también la sirena tentadora que intentó descarriarle de su dirección vocacional.

En aquel mismo año 1811, Barilli, el marido, que era administrador o empresario del Teatro Italiano, quiso contratar a Orfila en calidad de *primo buffo* y adscribirlo a su compañía. ¡Le ofrecía veinte y cinco mil francos al año! La oferta no podía ser más deslumbradora para un joven estudiante que, meses después, al doctorarse, no podía verse más que con seis francos en el bolsillo.

Era un porvenir risueño el que el teatro de ópera le ofrecía a Orfila. Por este camino ya tenía hecha la carrera. No tenía más que aceptar la contrata y estaba en el primer plano del éxito y de la popularidad y en el camino de la fortuna.

En cambio, el camino de la ciencia y de la enseñanza sería largo y trabajoso antes de poder llegar a una posición brillante. Exigiría esfuerzos y sacrificios, años de trabajo y, acaso, estrecheces económicas. Habría que someter la inteligencia y el cuerpo a los dolores de la creación intelectual. Y, después de todo, el porvenir era desconocido, enigmático, incierto. ¿Qué le depararía la vida? Ante esta pregunta, con toda su dosis de angustia, habría sido fácil en un joven, o ambicioso de inmediata gloria o ambicioso de dinero, y dotado, por supuesto, de las aptitudes artísticas de Orfila, dejarse prender en las redes de la tentación operística. En este caso no ocurrió así.

Fiel como siempre, a los dictados de su vocación, insoportable y recto en su conducta, Orfila apartó la mirada de la sonriente perspectiva que el teatro lírico le ofrecía, cerró

los ojos para no ver, pues mirar con insistencia hubiera sido demasiado peligroso a su edad, y siguió, noble y digno, su camino. Tenía un programa que realizar en esta vida y dejar de realizarlo habría sido una grave defección, una traición a sí mismo.

Y así fué que rechazó los veinte y cinco mil francos anuales que Barilli le ofrecía, cuando estaba muy lejos de poder adivinar lo que ganaría después de doctorado. En los años de profesor privado ya sabemos ahora que ganó de ocho a diez mil francos anuales. Un gran éxito, ciertamente, pero que no le produjo más que una tercera parte de los ingresos que su primer contrato como cantante le brindaba.

Lección de austeridad, prueba de ascetismo científico, ofrendada a su pasión vocacional. Por ella sacrificó lo que pudo ser una fiesta de los sentidos a cambio del drama, vivido con intensidad durante largos años, de la creación intelectual. Esto le hace todavía más admirable de lo que habría sido, siendo el mismo hombre de ciencia y el mismo profesor universitario, si no hubiera llegado a ser, al propio tiempo, el artista que fué.

Tan firme era su decisión, tan seguro estaba de seguir su auténtico itinerario vital que cuando por segunda vez se le presentó la tentación del teatro, en firme y con insistencia, la rechazó de nuevo. Era en 1817, a sus treinta años, después de haberse hecho famoso con su *Toxicología*, y el mismo año de la publicación de su *Química*. Ahora ya no era Barilli, sino la señorita Lorabani la que quería hacer del joven sabio un cantante profesional de ópera.

Orfila cantó durante años, pero como aficionado. La ciencia y el canto, en feliz alianza, sobre la base de su atractivo personal y don de gentes, le introdujeron en el gran mundo.

A las reuniones de arte en las que Gabriela Leuseur y Orfila lucían sus bellas voces, su educación musical y su sim-

pática figura acudió un día la Princesa de Vaudémont, apasionada por la música. La joven pareja le encantó y quiso que le fuera presentada. Al día siguiente Orfila comía en casa de la Princesa, quien en poco tiempo concibió por Mateo un amor casi maternal y se convirtió en su protectora. Gabriela, acompañada de sus padres, como cumplía a su honestidad y a la etiqueta del salón principesco, fué también acogida por la ilustre dama con toda distinción.

Orfila era en ocasiones huésped de la Princesa, en su residencia campestre, durante semanas enteras. Su amistad duró más de veinte años, hasta 1833 en que la Princesa falleció, después de haber tenido la dicha de ver a su protegido, en la cumbre de su prestigio, Decano de la Facultad de Medicina de París.

En el palacio de la Princesa trabó nuestro toxicólogo soberbias y envidiables amistades. Las más destacadas figuras de Europa pasaban por allí: Talleyrand, el gran diplomático, que fué buen amigo de Orfila; Metternich, el amo de la política continental a la caída de Napoleón; Wellington, el vencedor de Waterloo, y una larga serie de príncipes y princesas, duques y duquesas, celebridades de todas clases y, para terminar, los mejores cantantes de ópera que acudían a París. Un ambiente maravilloso para el mahonés esforzado y triunfador que, en 1815, empezaba a ser ya una figura de primer plano.

Otro salón distinguidísimo que Orfila frecuentó fué el de la Condesa de Rumford, viuda de Lavoisier, salón en el cual además de los grandes aristócratas, brillaban por su número y autoridad los hombres de ciencia y los literatos. Laplace, Fournier, Guizot y, ¿cómo no?, Madame Staël fueron allí los contertulios de Orfila. Este, tal como aparece en el segundo retrato de Lacoma, era una hermosa figura para un salón parisién de la Restauración y como a su atractivo físico unía el intelectual, con la fama de sabio descubridor, y el artísti-

co, por su voz encantadora, su éxito era completo y su compañía disputada por cuantos le trataban.

Esto nos explica en el joven Orfila algún rasgo íntimo de petulancia, propia de la edad y manifestada en el seno de la familia, sin sospechar que, muchos años después, le descubriríamos el secreto. Así, en carta a su padre, de fecha 25 de noviembre de 1815, dice:

«Veo que mi hermana ha recibido el retrato y me alegro
»infinito del gozo que le ha dado; yo no creo que sea suma-
»mente parecido porque las señoritas de esta tierra dicen que
»prefieren muchísimo más el original y sin embargo hay algo,
»pero ahora mando hacer uno en grande que será magnífico
»y que llevaré yo mismo a mi querida madre...»

Según todos los indicios, alude a los retratos segundo y tercero pintados por Lacoma (Láms. VI y VII), pero la alusión me parece algo rara, especialmente por lo que se refiere al segundo, al que trata de un modo un tanto despectivo, inexplicable por la amistad que le unía al autor y por la calidad misma del retrato. De todas maneras, es probable que no quedara bastante satisfecho, como tantas veces ocurre a los retratados, aunque sin motivo suficiente para ello.

Pero lo cierto es que su cartel en sociedad no le hizo perder la cabeza ni le hizo desviar del camino sentimental emprendido en 1811. Orfila, el 1.º de julio de 1815 se casaba con Ana Gabriela Lesueur, no sin haber tenido que vencer la resistencia que su propia familia había opuesto a esta boda.

En particular, parece que quien protestó con vehemencia, y podemos decir con indignación, del proyecto matrimonial de Orfila fué la madre. Ante la noticia de que el hijo pensaba casarse con una muchacha, todo lo espiritual y encantadora que se quisiera, pero de posición modesta, hija de un escultor, se sintió terriblemente decepcionada y dirigió al hijo ausente amargos reproches. Ella soñaba para Mateo una boda brillante y espectacular. ¿Quién sabe que ideas bullían en su

cabeza? Es indudable que el saber que su hijo era recibido y agasajado en casas de príncipes y de grandes personajes la había trastornado un poco. Y ante la solicitud del consentimiento para la boda no vacilaba en acusar a su hijo de ingrato con sus padres y de impostor. Lo de ingrato creo que no necesita comentario, lo de impostor se refiere a que, ante la perspectiva del casamiento de Mateo con la hija del escultor, cree que ha sido engañada por su hijo cuando éste le ha contado grandezas de su vida en París, pues, si todo lo relatado hubiera sido cierto, ella no podía dudar que su hijo el doctor se hubiera buscado una novia de mayor alcurnia.

Orfila, dolorido por esta actitud materna, escribió a la equivocada Doña Susana una larguísima carta, que después se verá, y que es todo un monumento de moral, de honestidad de conducta y de claras ideas acerca de la composición y jerarquía de la sociedad francesa, con una defensa apasionada de la categoría de los artistas, punto sobre el cual la buena madre estaba poco informada. Las notas características de esta carta ejemplar son el proceder filial de Orfila que, pudiendo hacer en París lo que le diera la gana, suplica con tanto esfuerzo el consentimiento de sus padres, su estricto sentido del honor y su decisión de casarse con Gabriela.

Dejar a Gabriela, para él, es tanto como renunciar para siempre a París y a la brillante carrera iniciada. Este sacrificio aun podría aceptarlo por complacer y obedecer a sus padres, lo que no puede aceptar de ninguna manera es el concepto que se formaría de él en la sociedad donde se mueve. Por mi parte, dice, *el honor consiste en no hacer ninguna mala acción*. Y Orfila consideraba que quedaría deshonorado para siempre abandonando a su novia. Esto no podía ser y no fué.

Su elocuencia epistolar acabó por convencer a sus padres, a su madre sobre todo, y la boda, como queda dicho, se celebró. Orfila en sus memorias nos informa de que su casamien-

to resultó un gran acierto y que la compañía de su esposa le llenó de felicidad.

Una nueva etapa de la vida de Orfila quedaba coronada en 1815. Una vez casado, estabilizada su posición como profesor privado, terminada la publicación de su *Traité des Poisons* y consolidado un amplio círculo de amistades selectas, se sintió seguro y miró el porvenir con calma y confianza. Lo que tenía que llegar llegaría indefectiblemente. En tanto, el matrimonio podía permitirse una vida, si no todavía acomodada, por lo menos decorosa.

«Nunca hacía gastos desordenados, escribe en la *Autobiografía*, y me encontraba siempre con medios para satisfacer mis necesidades.» Este espíritu de concienzudo administrador le acompañó toda la vida y fué una de las bases de su éxito como Decano de la Facultad y lo que le convirtió en consejero y director de su familia en materias económicas.

Buena parte de su correspondencia privada con su hermana y sus sobrinos está llena de preocupaciones administrativas en las que ponía todo su celo defendiendo los intereses de los parientes de Mahón.

Sólo entonces, conseguido lo que acabamos de apuntar, pensó en hacer un viaje a su tierra natal. Este viaje se realizó en 1816, pero la idea de realizarlo fué antes largamente acariciada. Eran muchos y muy explicables los motivos que le impulsaban a visitar Menorca y esperaba con emoción el momento de realizar el proyecto.

En una carta, ya citada con motivo de los retratos, dice a su padre así: «En el informe del Instituto (se refiere al último de los que se inserta en la *Toxicología*) verá V. que me propongo dentro de poco hacer un viaje en el mediodía de la Europa; este viaje es el de Mahón; debe V. mirar esto como la cosa más cierta; mi mujer y yo saldremos de ésta a fines de abril para Marsella en donde nos quedaremos algunos días y luego nos embarcaremos. V. no debe ignorar que el

»día en que nos veamos será, puede, uno de los más felices de
»la vida para todos, y por consiguiente lo debo hacer y lo ha-
»ré con el mayor gusto.»

El día tan esperado se presentó por fin y Orfila y su esposa llegaron a Mahón a principios de mayo de 1816. Su llegada produjo sensación en la ciudad. Hacía doce años que Orfila, adolescente había marchado a empezar sus estudios de Medicina en Valencia y ahora volvía hecho un personaje, doctor prestigioso, médico nada menos que del Rey de Francia, autor de un misterioso, casi mágico, libro sobre venenos que daba mucho que hablar en el mundo, profesor acreditado en París, aureolado, por añadidura con una fama de cantante y de hombre de alta sociedad y acompañado por la más gentil de las esposas. Los mahoneses, atónitos, no salían de su asombro.

La pareja Orfila-Lesueur fué en la isla no el tema del día, sino de la temporada, pues la permanencia en Menorca de los jóvenes esposos se prolongó unos cinco meses. Orfila reconoce que la admiración de los isleños, muchos de los cuales le miraban como un ser mítico, llegó a la exageración.

Los enfermos incurables acudían de todos los puntos de la isla en busca de salvación para su vida o de alivio para sus males. Las visitas de cortesía se presentaban en masa todos los días a rendirle homenaje como si se tratara de un rey. El padre de Orfila, aunque poco expansivo por naturaleza, estaba radiante de satisfacción y exhibía con orgullo al hijo que tanto honor le reportaba. Su recorrido por Menorca fué triunfal.

No obstante el agobio de que le hicieron objeto sus paisanos, la estancia de Orfila en la isla puede calificarse de bello sueño estival. Con la dulce compañía de Gabriela, disfrutó en Menorca de unas merecidas vacaciones, necesarias ya, después de sus doce años de ausencia tan llenos de trabajos y de afanes. La calma sedante de esta tierra balear en los mejores meses del año, el contraste de la vida isleña con el

torbellino de París, la dulzura veraniega del clima mediterráneo, el amor de la familia y el afecto admirativo de los amigos, todo le ayudó a recuperar fuerzas, a cobrar nuevas energías y a desear el retorno a su medio, a su mundo, a su puesto de servicio y de sacrificio adonde la vocación le arrastraba. El programa de su vida, finido este paréntesis de casi medio año, tenía que proseguir su desarrollo inexorable.

Llegado septiembre, el matrimonio emprendió el viaje de regreso, embarcando para Barcelona donde se detuvo unos días y donde fué objeto de una acogida en extremo cordial y calurosa. Orfila, desde Perpiñán, escribió a su madre (carta de fecha 20 de septiembre) dándole curiosos datos.

Se habían hospedado en Barcelona en casa de un amigo suyo llamado Domínguez y allí recibieron el homenaje de lo más distinguido de la ciudad.

«Vostè, escribe, no pot figurarse l' alboroto que havem »causat a Barcelona; pitjor era que quant varem anar a Ciutadella.»

Al éxito del científico se unía en esta ocasión el éxito del cantante. Las visitas recibidas fueron innumerables: los Vocales y el Secretario de la Junta de Comercio, deseosos de cumplimentar al antiguo pensionado y congratularse de sus triunfos que, en cierto modo, estimaban propios, pues ellos le habían encaminado, mandándole a París, y ahora se felicitaban al comprobar el resultado de su elección; los Profesores de Medicina y de Farmacia, así como los que dependían de la Junta; generales del ejército; familias aristocráticas y un sin fin de otras personas.

Cada noche, al salir del teatro, encontraban en casa de Domínguez de ciento cincuenta a doscientas personas que les aguardaban. Eran visitas espontáneas, no había habido invitación. Pero ello no era obstáculo para que se improvisara una velada en la que Orfila y Gabriela se veían obligados a cantar y la reunión se prolongaba hasta media noche.

Incluso el general Castaños, el héroe de Bailén, a la sazón Capitán General de Cataluña, fué a visitar a los señores Orfila, con los que estuvo amabilísimo, y no quiso dejar de deleitarse con su canto.

El toxicólogo y su esposa dejaron a su paso una estela de afecto y simpatía y al abandonar la capital catalana los ojos de muchos de sus amigos y admiradores se llenaron de lágrimas.

De Perpiñán, por Tolosa y Burdeos, siguieron el viaje a París. Los salones elegantes les aguardaban y les acogían como a una de sus mejores galas. A Orfila le aguardaba, ante todo, el trabajo, a él se aplicó con el tesón de siempre y con nuevos bríos. El resultado no se hizo esperar.

El año 1817 se señala en la vida de Orfila por la publicación de su segundo gran libro, los *Éléments de Chimie Médicale*, en dos gruesos volúmenes en octavo. (Lám. VIII).

No pudiendo entrar en comentarios profundos acerca de esta obra y no queriendo traer a estas páginas, limitadas en número, juicios ajenos, voy a ceñirme a un comentario de tipo superficial, más bien externo.

Ante todo, veamos lo que quiso hacer Orfila al redactar estos *Éléments de Chimie Médicale*. Nos lo dice en la primeras líneas del prefacio:

«Notre objet, en publiant ce livre élémentaire, a été de »repondre aux vœux de MM. les Élèves en medecine et en »pharmacie, qui, depuis long-temps, nous engagent à mettre au jour les leçons qui composent notre Cours de chimie »médicale.»

Se trata, pues, de un libro de cátedra, si bien Orfila no era todavía en aquella fecha profesor oficial. Sus cursos privados tenían el éxito que ya hemos visto. Orfila era, desde hacía cinco años, un profesor de prestigio en París. Su enseñanza tenía un acusado sello personal, cosa lógica dada la fuerte personalidad de Orfila. Las lecciones explicadas ante

su auditorio constituían una creación, tanto por la arquitectura general del curso como por la forma expositiva. Su principal valor era, pues, didáctico; se trataba de la obra de un maestro.

Mas era también una obra de valor científico. Orfila daba una visión sintética de lo que era la Química en aquel momento, pero una visión sintética propia, no simple resumen de libros y opiniones de otros. Orfila era químico él mismo y los años de experiencia en el laboratorio, las investigaciones llevadas a cabo, los trabajos monográficos, ya escritos o en preparación, le capacitaban de un modo particular para resumir magistralmente los conocimientos de Química que la humanidad había alcanzado. (1).

Si el *Traité des Poisons* había sido una gran creación científica, un descubrimiento de algo nuevo, desarrollado con amplitud y riguroso método, los *Éléments de Chimie Médicale* venían a ser una gran creación didáctica, pero con parciales descubrimientos del autor incrustados en ella. Del acierto del libro dan fe las múltiples ediciones y traducciones. Durante muchos años los estudiantes de Química en el mundo se valieron del libro de Orfila, libro que merece respeto y veneración por lo que en su tiempo significó. El que en la actualidad esté desvalorizado como instrumento de trabajo no quita nada a su mérito. Ello es la consecuencia natural del progreso de la Ciencia y toda objeción en este sentido denota la más zafia incompreensión de lo que es la historia del saber humano.

La *Química* de Orfila era buena porque Orfila la enseñaba bien, según reconocieron hasta sus mismos envidiosos y enemigos, y el libro no era sino el fiel reflejo de sus enseñan-

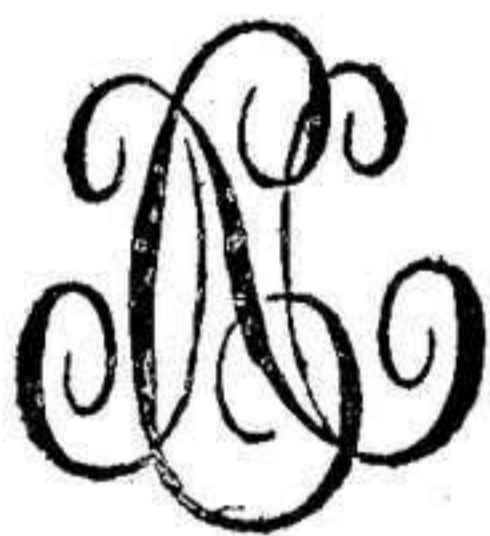
(1) Una relación bastante completa de los trabajos publicados por Orfila puede verse en el *Ensayo de una Bibliografía de Orfila*, de Enrique Fajarnés y Tur, folleto de gran formato editado en Palma de Mallorca en 1900 y reproducido en la *Revista de Menorca*, 4.^a época, 1902.

ÉLÉMENTS
DE
CHIMIE MÉDICALE;

PAR M. P. ORFILA,

Médecin par quartier de SA MAJESTÉ LOUIS XVIII;
Membre correspondant de l'Institut de France; Membre
de la Société médicale d'Émulation, de l'Université
de Dublin, de l'Académie de Barcelonne, de Murcie, etc.;
Professeur de Chimie et de Médecine légale.

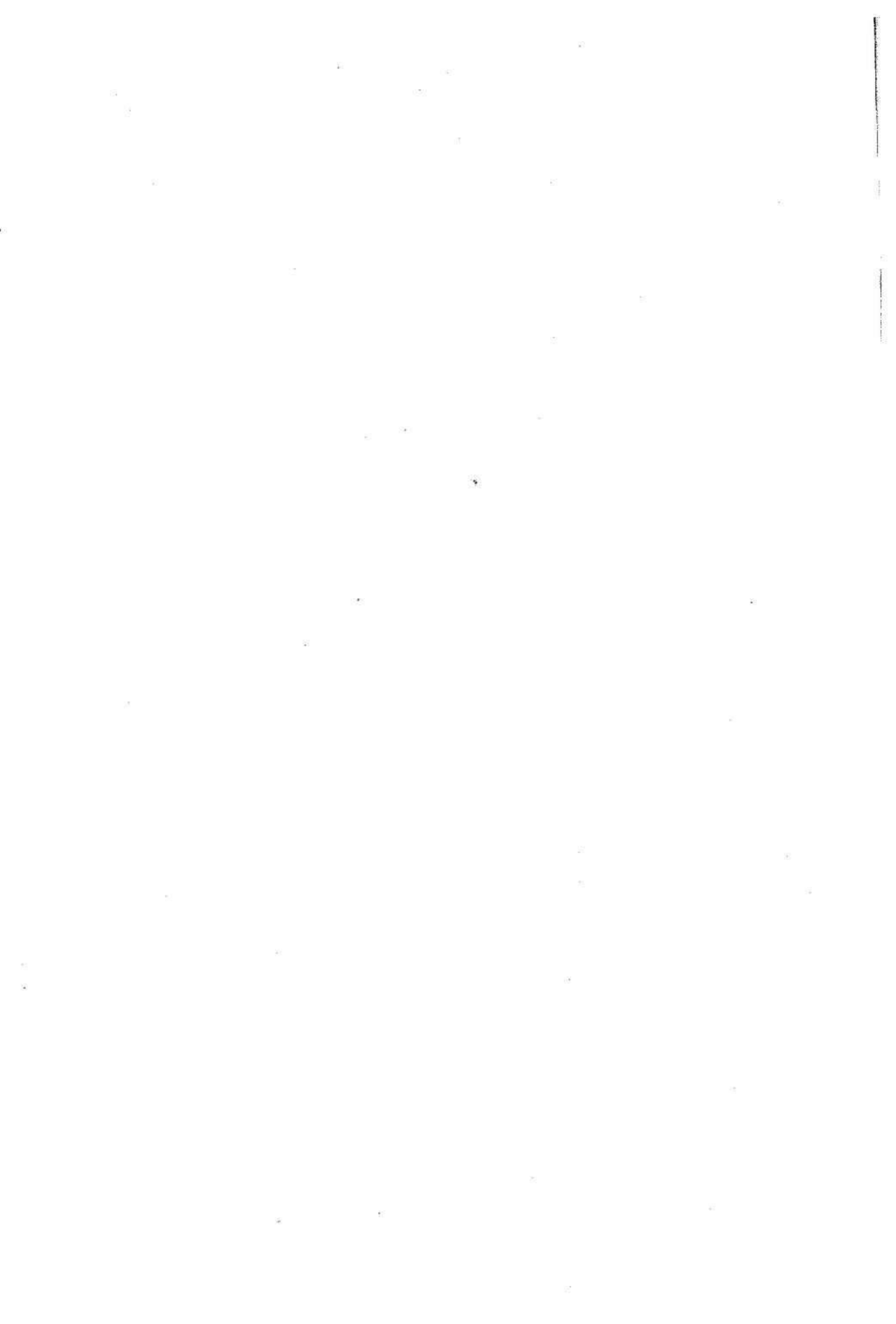
TOME PREMIER.



A PARIS,

CHEZ CROCHARD, LIBRAIRE, RUE DE SORBONNE, N° 5.

1817.



zas orales y prácticas. No obstante, al redactarlo, surgieron dificultades que fué necesario vencer con esfuerzo. No se gesta y se da a luz una obra de esta categoría sin dolor intelectual y sin fatiga física.

En el mismo prefacio leemos: «... nous avons été souvent embarrassés par la solution d' un très-grand nombre de questions encore indéçises et qui ne sauraient être éclaircies qu'à l'aide d'expériences nouvelles, multipliées et délicates.» Cita luego los autores cuyas obras ha puesto a contribución y dedica unos párrafos a exponer la importancia que los conocimientos químicos tienen en el ejercicio de la Medicina y, de una manera concreta, en Medicina Legal.

Orfila aprovecha la publicación de sus *Éléments de Chimie Médicale*, como antes la del *Traité des Poisons*, para rendir un homenaje de gratitud. La primera vez fué Vauquelin quien recibió la ofrenda. Ahora el agraciado con este obsequio espiritual era Lefavre, personaje que todavía no he citado, pero que en este punto exige una especial alusión.

Ya que se le dan las gracias de la manera solemne que vamos a ver, conviene que sepamos antes cuál es el favor que se le agradece y la significación que tiene en la vida de Orfila para que éste le trate con tanto honor.

Nos conviene a tal fin retroceder dos años, retrotraernos al 1815, al momento en que, terminada la publicación de los cuatro volúmenes del *Traité des Poisons*, Orfila fué solicitado por el gobierno de Madrid y Fernando VII le nombró Profesor de Química, con todas las incidencias que ya sabemos. Si Orfila aceptaba sin condiciones el nombramiento, podía ponerse en camino.

Al saberse la noticia, París acusó el golpe. Había que evitar que el relevante valor que era ya Orfila abandonara Francia. Su posible marcha se consideraba una pérdida sensible y valía la pena entablar una lucha de ofertas y de hala-

gos para ver quien se quedaba con el joven químico y toxicólogo, si su patria de origen o su patria de adopción.

La primera, representada por la política absolutista de Fernando VII, no supo comprender, ni menos halagar, al hombre providencial que tenía en su mano el secreto de todo un florecimiento técnico e industrial de España y en la discusión bizantina de si el profesor electo podía o no proponer planes de estudio, dejó perder la oportunidad de repatriarle y de utilizar sus preciosos servicios.

La segunda, más sugestiva y más hábil, se lo hizo suyo, más suyo de lo que era ya, después de los años de estudio en París y de la boda con Gabriela. El hombre insinuante que llevó a cabo la diplomática gestión captadora de Orfila, fué Lefaiivre (o Lefèvre), médico ordinario del Rey Luis XVIII, el cual, ante el peligro que veía posible para la ciencia francesa, se apresuró a visitar a Orfila y, no encontrándole en su casa, habló a su esposa en términos que, según la *Autobiografía*, fueron los siguientes:

—«Señora, acabo de leer en un periódico que el señor Orfila es llamado a España; hemos de procurar conservarle entre nosotros. ¿Cree usted que, si yo le ofrezco una plaza de Médico de Cámara de Su Majestad, renunciaría a irse a Madrid? Lamento no poder disponer de un empleo más lucrativo, pero todo induce a creer que esta posición le abrirá pronto camino y que encontrará, en una clientela numerosa, una compensación suficiente. Por lo demás, tenemos el proyecto de reorganizar las Facultades y probablemente el señor Orfila será uno de los primeros profesores nombrados.»

Era todo un panorama seductor para el sabio mahonés injertado en Francia el que las palabras del omnipotente Lefaiivre desvelaban ante los ojos atónitos de la joven esposa.

Orfila devolvió la visita a Lefaiivre al día siguiente, le dió las gracias, le hablo de sus proyectos en relación con la enseñanza de la Química en España y... dos días más tarde

obtenía el nombramiento ofrecido por Lefaiivre. Otro trampolín para dar nuevos saltos hacia las alturas. Pero sin olvidar nunca a este nuevo protector. Orfila, siempre reconocido, no podía proceder de otra manera.

La dedicatoria de los *Éléments*, que es, en una pieza, explicación del fin que la obra se propone y homenaje de gratitud, dice así:

A monsieur

L E F A I V R E

*MEDECIN ORDINAIRE DE SA MAJESTÉ FAISANT
FONCTIONS DE PREMIER MEDECIN, GRAND
CORDON DE SAINT MICHEL, etc.*

Monsieur,

L'ouvrage que j'ai l'honneur de vous dédier a pour objet une science que bien des personnes regardent comme n'ayant point de rapport avec la profession que vous exercez avec tant de distinction. J'ai cru devoir faire connaître, d'une manière plus particulière qu'on ne l'avait fait jusqu'ici, les nombreux liens qui les unissent. La protection qu'à l'exemple de vos illustres devanciers, vous accordez a ceux qui cultivent la Médecine avec ardeur, m'enhardit à vous faire hommage de ce fruit de mes travaux. Je saisis, en même temps, cette occasion de vous témoigner publiquement toute une reconnaissance pour les bontés dont vous m'avez honoré.

J'ai l'honneur d'être, avec los sentiments de la plus haute considération et du plus profond respect,

Monsieur,

*Votre très-humble et très-
obéissant serviteur*

Orfila

Paris, ce 8 août 1817.

Y luego, después de cumplido este deber de reconocimiento, sigue, a lo largo de más de un millar de páginas, la didáctica exposición, clara y elegante, de la ciencia química, en una prosa que nos permite reconstruir las explicaciones de Orfila en la cátedra. Esta prosa, leída con atención y unida a la contemplación de sus retratos, llega a darnos la impresión de que asistimos a su clase y escuchamos su voz convincente que describe los hechos y deduce las consecuencias con una base lógica perfecta y una metodología formal admirable. Hasta tal punto nos sugestiona su arte de maestro.

Orfila en su *Química* alcanzó una de las cimas más elevadas adonde le hizo ascender su vocación docente. Otras tres cimas escaló también de gran altura: la *Medicina Legal*, la actuación personal en la cátedra y la gestión renovadora en el decanato de la Facultad. Mas, de todas estas espectaculares ascensiones fué, sin duda, la primera la de más extensa y duradera resonancia internacional que todavía tiene insospechados ecos.

El nombre de Orfila opera aún en Europa sobre las personas cultas, aunque por completo ajenas a estos estudios y que no han visto jamás sus obras, como una especie de reactivo que precipita en frases, entre interrogativas y exclamativas, de este tipo:

—¿Orfila? ¡Ah, sí, el gran químico!

Los *Éléments de Chimie Médicale* cambiaron su título en sucesivas ediciones por el de *Éléments de Chimie appliquée à la Médecine et aux Arts*. Las ediciones francesas fueron ocho. Las traducciones no se hicieron esperar. La primera que se publicó en España es del año 1818. Alemania, a su vez, contó con una versión propia en 1819. Orfila, sin dar detalles, se limita a decir en sus memorias que esta obra fué traducida a muchas lenguas. Lo cierto es que la *Química* de Orfila forma época en la historia de la enseñanza de esta ciencia.

Al año siguiente de la aparición de los *Eléments de Chimie Médicale*, o sea en 1818, publicaba Orfila otro notable y

SECOURS

A DONNER

AUX PERSONNES EMPOISONNÉES

OU ASPHYXIÉES;

Suivis des moyens propres à reconnaître les poisons et les vins frelatés, et à distinguer la mort réelle de la mort apparente;

PAR M.-P. ORFILA,

Médecin par quartier de S. M.; membre correspondant de l'Institut; membre de la Société médicale d'Émulation, de l'Université de Dublin, de Philadelphie, de l'Académie de Madrid, de Barcelonne, de Murcie, des Iles Baléares; Professeur de Chimie à l'Athénée royal; Professeur de Médecine légale, etc.

A PARIS,

Chez { L'AUTEUR, rue des Fossés-Saint-Germain-des-
Puis, n^o. 14;
CROCHARD, Libraire, rue de Sorbonne, n^o. 3;
DESOER, Libraire, rue Christine, n^o. 2.

1818.

Portada de la primera edición del manual *Socorros que se han de dar a los envenenados o asfixiados.*

utilísimo libro titulado *Secours à donner aux personnes empoisonnées ou asphyxiées; suivis des moyens propres à reconnaître les poisons et les vins frelatés, et à distinguer la mort réelle de la mort apparente.* (Lám. IX).

Se trataba también esta vez de un libro didáctico, eminentemente didáctico, puesto que no iba dirigido tan sólo a la clase médica, sino a un círculo mucho más amplio de lectores. Era un manual de divulgación con miras a un mejoramiento de la salud pública; una obra de carácter benéfico-social, de la que el propio autor dice con modestia en sus memorias que era *un petit ouvrage à la fois médical et chimique.*

Orfila se daba perfecta cuenta de que su *Traité des Poisons* no podía, a pesar de su éxito, llegar al gran público para el cual no estaba escrita. Era una obra para científicos, para médico-legistas especializados, para médicos, en general, pero de cultura superior. Utilizado por tales lectores, el libro cumplía bien su objeto. Pero el autor entendía que un resumen de las conclusiones a que había llegado debía tener una mayor difusión y que la eficacia de los conocimientos alcanzados no sería completa mientras no tuviera alguna información de ellos, aunque compendiada y de carácter práctico, hasta el último médico rural. Al propio tiempo tenía que ser muy conveniente que algunas de las ideas más elementales de la que podemos llamar recién creada, o, por lo menos, recién metodizada, Toxicología, penetraran en círculos sociales en contacto con la clase médica y que, por razón profesional tenían que colaborar con ella.

Estas fueron las ideas que presidieron la redacción del manual que nos ocupa, ideas que recogieron los miembros del Instituto encargados de redactar el respectivo informe. Eran estos miembros los ya acostumbrados a informar acerca de los trabajos de Orfila: Percy, Pinel y Vauquelin.

Las tres autoridades, cuyos nombres ya nos son familiares, empiezan su dictamen diciendo:

«Le but de l' auter, en composant ce livre, a été de rendre populaires les connaissances les plus importantes de son
» *Traité des poisons*, et d' indiquer tant ce qui est relatif aux
» diverses espèces d' asphyxies, aux secours qui doivent être
» administrés aux enfans qui viennent au monde sans donner
» signe de vie, aux caractères qui distinguent la mort réelle
» de la mort apparente, aux brûlures et à la falsification des
» vins.»

«L' utilité d' un pareil ouvrage nous paraît trop évidente
» pour qu' il soit nécessaire de la faire ressortir. Nous dirons
» seulement que M. Orfila s' est attaché à décrire, avec toute
» l' exactitude possible, les maladies dont il a traité, et *les mo-*
» *yens qu' il a mis en usage pour les combattre.*»

He subrayado las últimas palabras porque en ellas se contiene el gran elogio para Orfila. Esta sencilla frase, *les moyens qu' il a mis en usage pour les combattre*, es el reconocimiento de su originalidad, de su aportación personal al campo de la Medicina, de su valía como investigador y descubridor, al propio tiempo que como expositor didáctico. ¡Con qué gozo suscribiría Vauquelin este concepto tan lacónico como lleno de sentido en honor de su discípulo!

El informe acaba con el siguiente párrafo: «Il est à désirer que le Gouvernement prenne les mesures nécessaires
» pour qu' il se répande dans toutes les classes de la société,
» *et surtout qu' il se trouve dans les mains des médecins*, des
» officiers de santé, des maires, des curés, etc., *auquels il de-*
» *vient indispensable de faire connaître les progrès que l' art*
» *a faits, dans ces derniers temps, dans le traitement des*
» *empoisonnemens et des asphixies.*»

Subrayo también las palabras que aquí me interesa destacar para poner de manifiesto la importancia que, a juicio de los autores del dictamen, tenían los descubrimientos de

Orfila y la necesidad de su divulgación por el propio descubridor.

Los médicos, los primeros, deben estar enterados de lo que es la nueva Toxicología, pero no basta que ellos lo sepan. Han de enterarse también los oficiales de sanidad, que venían a ser algo así como médicos de segundo orden, algo más que practicantes. Y han de quedar asimismo informados los alcaldes y los párrocos, además de otras personas a quienes estos conocimientos puedan interesar.

Orfila, pues, ha hecho en sus *Secours* obra sanitaria para el pueblo, para las masas. Y esto habremos de tenerlo en cuenta más adelante para vindicarlo de ciertos injustificados ataques. Basta acercarse a Orfila y estudiarle para convenirse de su filantropía. Lejos de encontrarnos con un soberbio desdeñoso, nos enfrentamos con un hombre todo bondad y que quiere usar de su ciencia para *la mettre à la portée de tout le monde*.

Con este fin se hizo de los *Secours* una primera edición de diez mil ejemplares. Las ediciones francesas se repitieron, hasta la quinta, en el espacio de doce años. Alemania, Italia, Portugal y España se beneficiaron con las enseñanzas del precioso manual, traducido a sus respectivas lenguas.

Después de lo dicho, y antes de relatar el acceso de Orfila a una cátedra universitaria, hay que hacer referencia a una nueva manifestación de su actividad docente, manifestación en la que supera las pruebas hasta entonces realizadas y que constituye, por tanto, un más alto exponente de su autenticidad vocacional. En el episodio del que ahora vamos a ocuparnos, Orfila no es ya el profesor privado que trabaja por su cuenta, desligado de toda institución y sin inmediato término de comparación para sus alumnos. Al contrario, esta vez se incorpora a un centro de gloriosa tradición en el que es el sucesor de Fourcroy y de Thénard, sometiéndose a un contraste que tenía que resultar aterrador para cualquier

joven profesor que no fuera Orfila. Mas éste a sus treinta años, con plena conciencia de su responsabilidad, se sentía ya suficientemente maduro para la enseñanza superior y no vaciló en aceptar un cometido que vendría a ser el prólogo de su posición definitiva.

Este episodio queda relatado en la *Autobiografía* en los dos siguientes párrafos:

«En 1817, cuando se trató de reemplazar a Thénard en el *Athénée*, tuvieron a bien pensar en mí; a pesar de lo grave que debió de parecerme la tarea, después de la brillante enseñanza de este sabio y de Fourcroy, su predecesor, no retrocedí ante ella y durante dos años estuve encargado de profesar la Química en este establecimiento que tenía todavía entonces un gran renombre».

«Mis dos cursos en el *Athénée* cautivaron la atención de un numeroso auditorio. Yo había estado bastante feliz, al poner la ciencia al alcance de todos, para inspirar un interés real, que se podía atribuir tanto a mis brillantes experimentos como a las aplicaciones a la Fisiología, a la Medicina, a Toxicología y a las Artes, con las cuales procuraba enriquecer mis lecciones».

Estos cursos aumentaron la ya gran popularidad de Orfila, que por entonces ejercía la profesión de médico. Muchos de sus alumnos se convirtieron en sus clientes, y como parte de ellos eran personas de alta posición se encontró rodeado de una clientela distinguida que premió sus cuidados con una afectuosa amistad, ampliando así el círculo de sus relaciones sociales, para él tan gratas.

Un idilio de tipo romántico surgió en estas circunstancias entre el joven doctor y una de sus enfermas. Fué un momento sentimental en la vida de Orfila, momento que él recuerda en sus memorias y que no tuvo más consecuencia que este suave recuerdo.

Podemos decir que fué un amor muy de época, caracte-

rístico de la sensibilidad creada por los albores del Romanticismo. Un amor puro... e imposible. Orfila, ya casado con Gabriela, cautivó a su triste paciente la duquesa de X... y quedó prendado de ella. Este fué el resultado de año y medio de asistencia facultativa. Insensiblemente se fueron interesando el uno por el otro y cuando llegaron a darse cuenta de ello se amaban con la mayor ternura y con una mutua admiración.

La dama veía en el galán al hombre joven y hermoso, adornado de las más bellas cualidades: apuesto, atrayente, de espíritu refinado y conversación seductora, artista, sabio, famoso, aureolado de prestigio y de autoridad y que, para colmo de seducción, era su propio médico, y estaba entregado a la empresa de cuidarla con devoción mucho más que profesional.

El galán veía en la dama un ser perfecto: bella, espiritual, amable, de instrucción sólida, que irradiaba simpatía y que poseía una fortuna de más de cincuenta millones de francos.

La paz del hogar, en el recién creado de Orfila, podía verse gravemente en peligro. Pero no pasó nada. Para completar la estampa romántica de este idilio entre la enferma y el doctor, dentro de su seriedad con aires de galán de cine, hay que decir que el mal de la joven era incurable. Y así fué que en la flor de la edad se vió arrebatada al amor de su familia, de sus amistades y... de Orfila, que lloró su muerte pero que, con ella, recobró su equilibrio sentimental, consolidó su enamoramiento y hondo y firme afecto por su esposa, a la que permaneció siempre fiel, y pudo ver aseguradas su paz interior y su tranquilidad doméstica.

Orfila, hombre del Romanticismo, no podía dejar de ofrecernos en su vida, por lo menos, un episodio así. Fué el tributo del hombre de ciencia al clima espiritual y estético creado por Madame Staël y Chateaubriand.

Cerrado este paréntesis en la vida de Orfila, volvamos a seguir el hilo de su vocación y el itinerario de su ascensión a los altos puestos. Corría aún el año 1818 cuando Royer-Collard, Profesor de Medicina Legal de la Facultad de París y hombre eminente por su ciencia, hizo saber a Orfila que estaba a punto de hacer crear para sí una cátedra de Enfermedades Mentales y que, por consiguiente, iba a quedar vacante la de Medicina Legal. Añadía Royer-Collard que, después de haber leído el *Traité des Poisons*, juzgaba que dicha enseñanza tenía que serle confiada a Orfila, por lo que estaba dispuesto a apoyar su candidatura con todas sus fuerzas, a pesar de que no conocía a Orfila personalmente, ni le había visto nunca. No importaba; para este médico-legista la mejor tarjeta de presentación había sido el revelador y luminoso *Traité*. En él estaba implícita la designación del futuro titular de la cátedra de Medicina Legal. Mas, para que esta designación pudiera ser un hecho, faltaba cumplir un importante requisito. La cátedra no podía darse a un extranjero, y Orfila era español. Era necesario que se convirtiera en súbdito francés, obteniendo para ello la correspondiente carta de naturaleza.

Orfila, en el colmo de la alegría, corrió a casa de Royer-Collard para expresarle su reconocimiento y, sin pérdida de tiempo, elevó la solicitud de naturalización al Guardasellos, Duque de Pasquier, que le atendió con la máxima deferencia, prometiéndole activar el expediente. Tan bien cumplió el Duque su palabra que, pocos días antes de la presentación de la candidatura por la Facultad, recibía Orfila su carta de naturaleza. El camino estaba expedito.

La designación de un profesor universitario se tramitaba en dos fases. La primera era la elección de candidatos por la propia Facultad, la cual tenía que elevar propuesta a la Comisión de Instrucción Pública. La segunda, el fallo de esta Comisión. Orfila superó con éxito las dos pruebas.

Dubois, en su semblanza de Orfila, nos cuenta el desarrollo de esta designación de la siguiente forma:

«Orfila fut mis en première ligne *ex aqueo* avec M. Husson; Pariset fut placé en seconde ligne.»

«Le jour de la nomination, la Faculté était au grand complet; Hallé, depuis longtemps retenu chez lui par l'affection calculeuse qui devait le conduire au tombeau, s'était fait transporter à l'École dans une chaise à porteurs; et comme on le félicitait de l'améliorement que sans doute il éprouvait dans sa santé: «Je ne suis pas mieux, dit-il, mais je n'ai pas voulu laisser échapper cette occasion de rendre un dernier service à la Faculté en venant voter pour M. Orfila.» «Eh bien! ceci me décide, dit à son tour Boyer; moi aussi je voterai pour M. Orfila.»

Este detalle del anciano y respetable Hallé, retirado de toda actividad a causa de su grave dolencia de riñón, que se hace transportar en silla de manos para asistir a la trascendental reunión del Claustro, en la que tenía que ser propuesto el nuevo Profesor de Medicina Legal y que manifiesta su convencimiento de que votando a Orfila presta su último servicio a la Facultad, ya no puede ser más elocuente. El rasgo empezó por convencer a otro profesor, Boyer, que hasta aquel momento estuvo indeciso. Así es que, de un golpe, Orfila contó con dos votos más, con los que, en realidad, no podía contar.

Según las palabras de Dubois, *la Faculté était au complet*. No faltaba nadie. Esto daba la medida de la solemnidad del acto cuyo tono la presencia del Profesor Hallé acabó de elevar.

La alta estima de Hallé por Orfila databa de unos cinco años antes, de cuando empezó a aparecer el *Traité des Poisons*, la llave mágica que abrió al mahonés todas las puertas de París. Entre las personas que reunía Hallé en su casa figuraban dos de los discípulos de Orfila, los cuales se encarga-

ban de leerle en alta voz las obras nuevas que ofrecían interés. El *Traité* fué leído de punta a cabo y escuchado por Hallé con una benevolencia que por sí sola constituía un premio para el autor que alcanzaba semejante atención. Mas aquella vez el premio resultó más tangible y de mayor resonancia para el joven Orfila, puesto que Hallé, tan pronto hubo valorado su obra, le juzgó digno de pertenecer al Instituto y fué él quien le hizo conceder el título de Correspondiente de tan alta corporación científica.

Su espectacular presencia en la Facultad el día de la elección no fué más que el resultado de aquella primera actitud y del conocimiento personal subsiguiente.

Hecha la propuesta por el Claustro, se pasó al dictamen de la Comisión de Instrucción Pública. La presidía Royer-Collard y la integraban Cuvier, Sylvestre de Sacy, Guéneau de Mussy, Labbé y Elicagaray. Al salir de la sesión en que se proveyó la cátedra, Cuvier en persona fué a casa de Orfila a comunicarle el resultado. Era Profesor de Medicina Legal. Uno de los más apetecibles objetivos de su vida, tal vez el codiciado con mayor ilusión, acababa de ser alcanzado.

Esto ocurría en la tarde del día 1.º de marzo de 1819. El día dos, Orfila, bajo el peso de su emoción indescriptible, escribía a su hermana Bárbara:

«Estimada Germana: Ahir a las quatre me nombraren
 »Profesor de Medecina Legal a la Escola de París; pensa si
 »esta noticia me ha causat satisfacció; a la edad de 31 anys y
 »10 mesos me vetx profesor de la primera escola del món; es
 »a dir que ja no me es posible de ser més; es com un militar
 »que es Mariscal de France...»

A esta primera explosión de euforia sigue un breve resumen de los obstáculos vencidos:

«Los concurrents per la plaza eran M. Alibert, primer
 »Metje del Rey, home de 50 anys, autor de varias obras de
 »mèrit, M. Husson, autor de obras sobre la vacuna y primer

»Metje del principal hospital de Paris, y tres altres, M. Rullier, Pelletan y Pariset. El primer era terrible per tenir la »protecció del Rey y de los grans.»

Pero por terrible que fuera Alibert y por meritorias que fueran sus obras, así como las de Husson, el grave senado de la Facultad, primero, y la Comisión después, escuchando sólo la voz de la conciencia y preocupados, ante todo, de rendir el mejor servicio a Francia y a la enseñanza, estimaron que ningún mérito de los candidatos igualaba al mérito del *Traité des Poisons* de los *Éléments de Chimie Médicale* y de los *Secours à donner aux personnes empoisonnées ou asphyxiés*, en relación con la vacante que se trataba de proveer, y esta firme convicción determinó el fallo.

Orfila, con todo honor, llegaba a la cátedra de Medicina Legal para la que estaba tan excepcionalmente dotado.

La metáfora del mariscalato, no obstante su ampulosidad, resultaba graciosa y expresiva. Se ve que Orfila no encontró manera mejor, para dar a comprender a su hermana la magnificencia de un encumbramiento que le colocaba en tan destacado lugar, que la de compararse a los brillantes y decorativos Mariscales del Imperio, que tan importante papel seguían desempeñando en la sociedad francesa de la Restauración. Orfila, en efecto, además de sabio, era ya, como ellos, un personaje decorativo y brillante.

Obtenida la cátedra, Orfila se preocupa inmediatamente del primer curso que en ella va a explicar. Este curso empezaba a principios de abril para terminar el día cinco o seis de agosto. De lo que fueron sus comienzos como profesor universitario nos ha dejado el propio Orfila dos versiones.

Una es la de la *Autobiografía*, de la que traduzco el párrafo que sigue:

«En el trascurso del mes de abril siguiente, abrí mi primer curso en la Facultad delante de un auditorio de tal manera numeroso que el vasto anfiteatro donde yo profesaba

»se veía atestado. Daba una lección diaria. Este curso gustó
 »hasta el exceso; todos los que habían asistido a la primera
 »lección estaban presentes en la última; yo me encontraba le-
 »jos, antes de empezar, de soñar en un éxito semejante, y,
 »sin embargo, tenía que sentirme bastante feliz porque este
 »éxito no se dismintió un solo instante a lo largo de veintio-
 »cho años.» Este es el recuerdo que le quedó en la madurez
 de la vida.

La otra versión, no retrospectiva, sino inmediata, fresca y mirando al futuro la encontramos en una carta, escrita a fines del mismo mes de abril y dirigida a Valencia, al abogado mahonés Don Antonio Llambías, que fué su sobrino político por haberse casado con una de las hijas de Bárbara. En esta carta, en francés, le dice:

«He tenido la felicidad de obtener una cátedra en la Fa-
 »cultad de Medicina de París, de la que tomé posesión hace
 »dos meses; he comenzado ya mi curso de Medicina Legal, y
 »tengo la satisfacción de tener mil quinientos oyentes. La cá-
 »tedra es soberbia por sus relaciones con todas las ciencias y
 »con la Legislación... La carga es un poco pesada, pero con
 »tenacidad creo que triunfaré; es, desde luego, cierto que las
 »seis primeras lecciones que he explicado han gustado ex-
 »traordinariamente; el tiempo me proveerá de los conocimien-
 »tos adecuados para hacer que este curso tenga el más alto
 »interés, y si lo consigo, como espero, creo que seré útil.»

Magnífica disposición de ánimo la de Orfila en este momento culminante de su vida. El triunfo no le sugiere el menor deseo de descanso sino que redobla su actividad. El metafórico Mariscal de la Medicina, dispuesto a ganar futuras batallas solo sueña en proveerse de las armas que necesita para librarlas victoriosamente. Es decir, en la adquisición de nuevos conocimientos.

En la cátedra de Medicina Legal, y desde su primer curso, el prestigio de Orfila creció graciás a sus excepcionales

condiciones de orador académico. Una lección suya era un espectáculo sorprendente. Orfila era el gran profesor para dirigir la palabra, con eficacia, a multitudes numerosas cuya atención sabía retener desde el principio al fin de su conferencia. Esto lo han reconocido hasta sus mismos enemigos y censores.

Orfila era acogido con aplausos en el momento de presentarse ante su auditorio. Todas las miradas estaban fijas en él, pues no bastaba oírle, era necesario verle para seguir el hilo de su luminosa lección. Fabre, uno de sus más notables adversarios, escribe: «Orfila habla con los ojos, con los brazos, con todo el cuerpo; es extranjero y sin embargo tiene la palabra muy fácil, saca mucho partido de nuestra lengua. Pero este profesor comprende toda la necesidad de hablar a los sentidos. Así tiende siempre a hacerlos participar todos en estas operaciones y hay momentos, incluso, en los que se diría que quiere multiplicar los de sus oyentes multiplicando sus medios de expresión. Orfila posee una memoria prodigiosa; no lleva jamás notas a sus clases y, no obstante, expone con una precisión admirable todas las proposiciones formuladas por los distintos químicos que han analizado los cuerpos que él describe.»

«¿Cuál es el resultado —se pregunta a continuación Fabre— del celo, del talento comunicativo de este sabio profesor?»

Su respuesta no puede ser más categórica y elocuente. El mismo la formula así: «Químicos, hombres a los que se ha inspirado el gusto por una ciencia y que acaban siempre por cultivarla con fruto. ¡Qué felices seríamos si pudiéramos decir otro tanto de todas las clases de la Facultad!»

Aunque estos párrafos no se refieren precisamente al período en que Orfila regentó la cátedra de Medicina Legal sino al siguiente, mucho más largo, en el que desempeñó la de

Química, sirven para darnos la medida de la calidad docente de Orfila.

Este, como siempre, con pleno sentido de su responsabilidad, se dió cuenta desde un principio de que pesaba sobre él un nuevo deber. El de redactar un libro de Medicina Legal, que fuera su libro de cátedra y el resultado de sus experiencias personales. En una palabra, se veía impelido a repetir, como profesor universitario de tan compleja especialidad, el procedimiento seguido cuando, siendo profesor privado de Química, redactó los famosos *Éléments*. Pero esta vez la tarea iba a resultar mucho más personal y complicada y exigía previos estudios y numerosas investigaciones; los conocimientos a los que aludía en la carta de Llambías, en parte transcrita. La gestación de este libro iba a exigir unos años y el consumo de muchas energías.

De momento, finido el primer curso, Orfila sintió la necesidad de volver a Mahón. Ya le había anunciado este viaje a Bárbara en la misma carta en que le notificaba su nombramiento. Su propósito era el de pasar de veinte a veinticinco días con su familia, para celebrar en su compañía su exaltación a la cátedra.

Y, en efecto, vino. Este segundo viaje le procuró otra aventura marinera junto a la entrada del puerto de Mahón, y que nos hace recordar la de la tempestad frente a las costas de Creta. Mas esta nueva aventura fué debida a disposiciones no demasiado felices de la Junta de Sanidad que obligó al barco en que Orfila viajaba a permanecer durante cuarenta y ocho horas en el lugar llamado los *Esqueixos*, con peligro de estrellarse por los embates de la *tramuntana* o de tener que marchar a la deriva. Después de una travesía de cuarenta horas, la experiencia era como para no volver. Orfila volvió todavía a Menorca, pero sólo al cabo de veintisiete años.

De vuelta a París, y ya en 1820, se confió a Orfila la pre-

sidencia de uno de los tribunales médicos, a los que era necesario prestigiar confiando dicho cargo a hombres jóvenes y enérgicos, capaces de una labor severa, exigida imperiosamente por la salud pública. Este cometido obligaba a Orfila a recorrer cada año la mitad de los departamentos que constituían la circunscripción de la Facultad de París.

De estos viajes como examinador procede la mayor parte del anecdotario de Orfila, en el que no me es posible ahora entretenerme. A guisa de ejemplo, y en testimonio del celo que Orfila puso en dignificar la profesión de médico, se puede citar el caso de un verdugo llamado Jouan que intentó obtener el título y al que Orfila rechazó. El candidato, hijo de otro verdugo, contaba con la protección del Ministro del Interior.

En una entrevista entre Orfila y el Ministro, éste, sin atreverse a atacar de frente, se permitió insinuar:

—No sé lo que haría la Cámara de los Diputados si un distrito enviara al señor Jouan para representarle.

A lo que Orfila replicó:

—Como vos, Monseñor, yo no sé lo que la Cámara haría, pero, en cuanto a mí, sé bien que no firmaré jamás el diploma de un hombre semejante.

Lo ocurrido no bastó. Los dos verdugos, padre e hijo, intentaron sobornar a Orfila con dos mil francos pero fueron expulsados de su domicilio airadamente. Jouan murió sin haber logrado ser médico.

Ante un problema de dignidad Orfila no vacilaba, seguía el camino recto sin preocuparse de las consecuencias que ello pudiera acarrearle. Sabía bien que al aceptar la cátedra o la presidencia de cualquier tribunal, o al tener que emitir un dictamen peligroso, nadie le había asegurado la vida. Mas ello no era obstáculo para que cumpliera todos sus cometidos con honor. Este era el que necesitaba ser salvado en todos los casos.

Así, después de un examen y antes de la calificación, un examinado, previendo su irremediable fracaso, se acercó a Orfila con ánimo de intimidarle y le dijo:

—Usted no me conoce, señor; soy capaz de matarle.

La respuesta de Orfila fué:

—Máteme.

Y, a continuación, le suspendió.

Tiempos azarosos para las Universidades, tanto en Francia como en España, fueron los períodos absolutistas del primer tercio del siglo XIX. Para un poder público encarnado en personas de tan escasa mentalidad como Luis XVIII y Carlos X, de un lado, y Fernando VII, del otro, tenían los centros de enseñanza superior el grave inconveniente de que en ellos se pensaba. Y el pensamiento de los hombres de ciencia, aunque fuera de lo mas morigerado, resultaba peligroso para tales testas coronadas y para sus ministros, muchas veces perfectos mentecatos.

Así es que, si en España las Universidades fueron clausuradas, también conoció Francia esta medida de sanidad pública. El día 21 de noviembre de 1822 la Facultad de Medicina de París era suprimida y, por tanto, Orfila quedaba cesante como Profesor de Medicina Legal. El gobierno quería depurar la Facultad en cuyo cuerpo docente había husmeado que el liberalismo tenía excesivas simpatías.

Para llegar al decreto de disolución fueron suficientes fútiles pretextos: alborotos estudiantiles, silbas irreverentes a las autoridades académicas, deficiencias de funcionamiento. Abusos, en fin, que, aunque graves en sí, podían ser atajados por otros medios, sin llegar a tan draconiana disposición.

Mas el Gobierno estimó que era el único procedimiento expedito para, así, creando la Facultad *ex novo*, en vez de reformarla en detalles, proceder con toda libertad. Por ello fué que la supresión no resultó muy duradera. No pasó de setenta y dos días. El 2 de febrero de 1823 era reorganizada.

En esta reorganización desapareció la cátedra de Enfermedades Mentales, por lo que su titular, Royer-Collard, volvía a la de Medicina Legal. Orfila era destinado a la de Química, que quedaba vacante por la eliminación de Vauquelin, sacrificado en su gloriosa ancianidad a los odios ministeriales.

Cuando Orfila supo la noticia quedó aterrado y se apresuró a informar a Vauquelin de lo que ocurría. Este se negaba a creerlo; se creía demasiado respetable para merecer semejante trato; mas, una vez rendido a la evidencia, conminó a Orfila para que aceptara su cátedra. ¿Quién podía desempeñarla mejor que tan querido y aprovechado discípulo? Orfila se dejó convencer por los argumentos de su antiguo maestro y aceptó.

Con ello quedó abierto en su vida un período de ocho años, hasta que escaló el decanato, período del cual no es necesario decir aquí nada más por lo que a su personalidad de profesor se refiere.

Su paso por la cátedra de Medicina Legal le había impuesto, según ha quedado apuntado, el deber de redactar un libro sobre esta especialidad. Un avance de tal obra, con el título de *Leçons faisant partie du cours de Médecine Légale*, apareció ya en 1821, a los dos años de enseñanza universitaria, formando dos volúmenes en 8.º, de los que salió al año siguiente una traducción alemana.

Orfila siguió elaborando el texto de esta obra cumbre que empezó a publicarse en 1823, constando de dos tomos en 8.º, distribuidos en tres volúmenes. A esta edición que, en realidad, es la primera, siguieron otras, así como numerosas traducciones. El título era: *Leçons de Médecine Légale*. (Lám. X).

Este libro, que salía a luz cuando ya su autor había cambiado de cátedra, fué cuidado con amor y mejorado y ampliado en las ediciones sucesivas, lo mismo que hacía Orfila con su *Química*. Gracias a él, Orfila, que gozaba ya de tantos

prestigios, amplió y consolidó el de médico-legista, constituyéndose en la primera figura dentro de este campo.

La segunda edición de la *Médecine Légale*, de 1828, todavía se titula *Leçons* y consta de tres tomos. La tercera, de 1835, cambia el título por el de *Traité de Médecine Légale*, que subsiste en la cuarta, dada al público en 1848. La obra había madurado lo suficiente para hacerse clásica, la más clásica entre las clásicas obras de Orfila.

Dubois la comenta del siguiente modo: «El *Traité de Médecine Légale* es un libro original en muchas de sus partes; pertenece en propiedad à Orfila. En lugar de las suposiciones y de las disertaciones que llenaban los antiguos tratados, éste no contiene más que hechos, y estos hechos están todos comprobados por experiencias. Es la verdadera guía de los médico-legistas; todas las grandes cuestiones están tratadas en él; todos los problemas están en él resueltos; es, en fin, una fuente de claridades tanto para el magistrado como para el médico.»

Y el alayorense José Miguel Guardia, otro menorquín incorporado como Orfila a la cultura francesa, acaso por aquello de que no hay peor cuña que la de la misma madera, le trató con injustificada dureza en su *Historia de la Medicina*. Entre otros reproches, dice que Orfila como médico-legista cede a Devergie. Esto, si fuera cierto, no tendría nada de particular, puesto que Devergie compuso su propia *Medecina Legal* casi veinte años después de publicada la de Orfila y el progreso de la ciencia exige que todo tratado magistral posterior supere al anterior; de lo contrario, no tiene razón de existir. Mas, en este caso, el mayor homenaje a la excelencia del *Traité de Médecine Légale* de Orfila está en el de Devergie. Leyéndolo, se encuentra uno a cada paso con citas de Orfila, con alusiones a sus experimentos y con consecuencias sacadas de las conclusiones a que aquél llegó.

Hoy, para comprender la importancia y la significación

LEÇONS
DE MÉDECINE LÉGALE,

PAR M. ORFILA,

Professeur de Chimie médicale à la Faculté de Médecine de Paris,
Professeur de Médecine légale à l'ancienne Faculté de la même
ville, Médecin par quartier de S. M., Membre titulaire de l'Académie royale de Médecine, Membre correspondant de l'Institut de France, de l'Université de Dublin, de Philadelphie, des Académies de Madrid, de Barcelonne, de Murcie, des îles Baléares, de Livourne, d'Amiens, d'Évreux, etc.

TOME PREMIER.

Première Partie.

OUVRAGE ORNÉ DE VINGT-DEUX PLANCHES, DONT SEPT
COLORIÉES.



A PARIS,

CHEZ BÉCHET JEUNE,

LIBRAIRE DE L'ACADÉMIE ROYALE DE MÉDECINE,
place de l'École de Médecine, n° 4

1823.



Orfila

Medallón retrato de Orfila, por David d' Angers.
(Tamaño natural).

Reproducción de la firma autógrafa de Orfila.

que, en su tiempo y después, ha tenido el libro de Orfila, me parece absolutamente necesaria la lectura del de Devergie.

Orfila había hecho ya bastante para ocupar un lugar distinguidísimo en la historia de la literatura médica como autor verdaderamente clásico. Mas algo faltaba todavía para completar el cuadro de conjunto de la doctrina expuesta en los libros hasta ahora reseñados, y este complemento nos los dió en su última gran obra, con la que cierra el ciclo.

Me refiero al *Traité des exhumations juridiques et considérations sur les changemens physiques que les cadavres éprouvent en se pourrissant dans la terre, dans l' eau, dans les fosses d' aisance et dans le fumier*. (Lám. XIII).

Este tratado, a diferencia de los anteriores, no fué escrito por Orfila solo, sino que tuvo la colaboración de M. O. Lesueur, doctor *agregé* de la Facultad de París. Consta de dos tomos en 8.º y se publicó en 1831. Como ocurría con todos sus libros, fué traducido al alemán.

En el estudio que de Orfila hizo Dubois, publicado en 1864, es decir a los treinta y tres años de la aparición del *Traité* y a los once de la muerte de Orfila, encontramos el siguiente concepto, que va a continuación de su elogiosa cita de la *Médecine Légale*.

«Otro tanto diré del *Traité des exhumations juridiques*, es todavía un libro nuevo y de una utilidad indiscutible. Todas las cuestiones relativas a la putrefacción de los cuerpos están en él experimentalmente dilucidadas.»

El *Traité des exhumations juridiques* sólo pudo ser redactado después de muchos años de investigación y documentación y, aunque no encontró el eco clamoroso del *Traité des Poisons*, vino a revolucionar también el tema estudiado, acerca del cual circulaban en aquellas fechas equivocadas y muy peregrinas ideas que Orfila, con su especializada técnica, eliminó de la circulación.

Así, por ejemplo, combate la creencia en los exagerados

peligros que las exhumaciones reportaban, venciendo el terror de una gran parte de la clase médica por estos trabajos, motivo muchas veces de censurables inhibiciones. Orfila, con su enorme práctica, demostró que, si se tomaban las debidas precauciones, no pasaba nada.

Si el contenido de esta obra era renovador, su forma, como de costumbre, resultaba impecable. (1)

Y ahora, habiendo llegado a la fecha más culminante en la vida de Orfila, y antes de relatar como se produjo su ascensión al decanato, conviene que demos una ojeada a su producción bibliográfica menor, que, en conjunto, por su volumen, resulta ingente y que completa la visión del autor, ya formada por el examen de las cinco piezas maestras de las que hasta este momento se ha tratado en las presentes páginas.

Me limitaré, sólo para dar una idea externa de esta producción, a relacionar los títulos de las monografías y artículos, publicados por Orfila en revistas científicas o en forma de folleto entre los años 1812 y 1831, remitiendo al lector, para más detalles, a la *Bibliografía*, ya citada, de Fajarnés y Tur. Dichos títulos, sin contar tampoco la ya citada tesis doctoral, son los siguientes:

1.—*Analyse d'une nouvelle espèce du calcul biliaire de l'homme.*

2.—*Recherches sur l'empoisonnement par l'acide hydrocyanitique.*

3.—*Action de la morphyne sur l'économie animale.*

(1) Mucho más habría que añadir aquí acerca del *Traité de Médecine Légale* y del *Traité des exhumations juridiques*, pero la necesidad imperiosa de tener impreso este trabajo en las fechas del centenario, para el que faltan ya breves días, me obliga a mutilar el texto, confiando en que más adelante podré darlo completo.



Orfila, figura romántica. Aguafuerte de autor desconocido.

TRAITÉ
DES
EXHUMATIONS
JURIDIQUES,

ET

CONSIDÉRATIONS SUR LES CHANGEMENTS PHYSIQUES
QUE LES CADAVRES ÉPROUVENT EN SE POURRISSANT DANS LA TERRE,
DANS L'EAU, DANS LES FOSSES D'AISANCE ET DANS LE FUMIER;

PAR M. ORFILA,

Professeur à la Faculté de Médecine de Paris, Membre de plusieurs
Sociétés savantes nationales et étrangères;

ET PAR M. O. LESUEUR.

Docteur en Médecine, agrégé près la Faculté de Médecine de Paris, etc.

OUVRAGE ORNÉ DE CINQ PLANCHES, DONT QUATRE COLORIÉES

TOME PREMIER.

PARIS,
BÉCHET JEUNE,
LIBRAIRE DE LA FACULTÉ DE MÉDECINE,
RUE DE L'ÉCOLE DE MÉDECINE, N° 4.

BRUXELLES
AU DÉPÔT DE LA LIBRAIRIE MÉDICALE FRANÇAISE.

AND LONDON,
A. ALEXANDRE, IMPORTER
OF FRENCH MEDICAL, SCIENTIFIC AND LITERARY WORKS
37, Great Russell street, Bloomsbury

1831.

Portada de la primera edición del *Tratado de las exhumaciones jurídicas.*

4.—*Mémoire sur la morphine ou sur le principe actif de l'opium.*

5.—*Note sur l'empoisonnement par hydrochlorate de baryte.*

6.—*Mémoire sur un nouveaux procédé pour découvrir l'acide arsenieux mêlé avec des matières animales.*

7.—*Effets remarquables d'une petite dose d'extrait de datura stramonium dans une céphalalgie intense.*

8.—*Notice sur la fièvre jaune.*

9.—*Mémoire sur un nouveaux procédé propre à faire découvrir la plupart des poisons mêlés avec des liquides colorés.*

10.—*Nouvelles expériences sur le sublimé corrosif, l'eau de javelle, la delphine, l'opium, la noix vomique, etc.*

11.—*Coup d'œil des principales découvertes en Chimie et en Pharmacie.*

12.—*Note sur l'empoisonnement par l'oxyde blanc d'arsenic.*

13.—*Consultation sur une question médico-légale relative à la vie d'un nouveau-né.*

14.—*Affaire d'empoisonnement (avec l'arsenic) portée devant la Cour d'Assises du département de l'Aube.*

15.—*Rapport fait à la réquisition de M. le Procureur du Roi «sur le cadavre d'un individu inhumé depuis quarante-trois jours».*

16.—*Affaire d'empoisonnement avec la noix vomique.*

17.—*Note sur les effets du suc de mancenillier.*

18.—*Faits propres à éclairer l'histoire de l'asphyxie par submersion.*

19.—*Moyens de connaître sur des armes et des vêtements des taches de sang.*

20.—*Taches d'esperme.*

21.—*Sur les moyens de constater la présence de l'anti-*

moine, du cuivre et du plomb dans un mélange de divers liquides.

22.—*Nouveau mémoire sur le sang considéré sous le rapport médico-légal.*

23.—*Recherches médico-légales, pouvant servir à déterminer s'il y a eu empoisonnement, et à faire connaître la nature de la substance vénéneuse.*

24.—*De l'asphyxie par submersion.*

25.—*Expériences faites sur la violine.*

26.—*De l'action des sulfures d'arsenic, de plomb, de cuivre et de mercure, sur l'économie animale.*

27.—*Sulfate de cuivre employé dans la préparation du pain et moyen de reconnaître la présence de ce sel cuivreux.*

28.—*Questions médico-légales relatives à l'alun calciné.*

29.—*Réflexions sur le procédé proposé par James Smitson pour découvrir de très petites quantités de sublimé corrosif ou d'un sel mercuriel.*

30.—*Arsenic retrouvé dans les débris d'un cadavre après sept ans d'inhumation.*

31.—*Oxydation de l'arsenic métallique à froid.*

32.—*De l'empoisonnement par les préparations mercurielles considéré sous un point de vue nouveau.*

Treintidós títulos quedan anotados, y no se puede asegurar que, con ellos, la bibliografía de Orfila, en los años indicados, esté completa. Sin embargo, el conjunto es un hermoso repertorio de temas químicos, toxicológicos y médico-legales, capaz, por sí solo de acreditar a un escritor especializado.

Pero hay más. Está también en el haber de Orfila su colaboración en los diccionarios médicos.

Citamos primero el *Nouveau Dictionnaire de Médecine, Chirurgie, Pharmacie, Physique, Chimie, Histoire Naturelle, etc.*, compuesto por A. Béclard, Chomel, H. Cloquet, J. Cloquet y M. Orfila, publicado en París en 1826 y que consta de dos gruesos volúmenes en 8.º



Orfila, Decano de la Facultad de Medicina.
Grabado al acero, de Bertonnier.

naire cuyos volúmenes fueron apareciendo con toda regularidad de tres en tres meses.

Orfila se veía, pues, obligado a trabajar a fecha fija en la redacción de los temas que tenía encomendados, simultaneando esta labor apremiante y comprometedora con el ejercicio de todas sus demás actividades, lo que podía conseguir dada su extraordinaria capacidad de trabajo.

La colaboración de Orfila en el *Dictionnaire de Médecine* es también, en conjunto, de considerable volumen (1).

Terminada esta disquisición bibliográfica, podemos volver a tomar el hilo de nuestra relación. Hemos llegado en la vida de Orfila al año 1831, fecha capital, pero para comprender lo que desde aquí ocurre, hemos de empezar por retroceder un año.

Fueron los sucesos políticos de Francia, acaecidos en 1830, los que determinaron la última y definitiva ascensión de Orfila. La Revolución de Julio eliminó del trono, en la perso-

(1) La relación de sus artículos, por tomos, es, en la primera edición, la siguiente:

Tomo 1.º—Acide, Alkali, Albumine, Asphixie.

Tomo 2.º—Alumine, Alun, Ammoniaque, Argent, Argile.

Tomo 3.º—Arsenic, Azote, Baryte, Bismuth, Borax.

Tomo 4.º—Cadavre (méd. lég.), Camphoride (acide), Carbonate, Carbone, Carbonique (acide), Cérumen.

Tomo 5.º—Charbon, Chaux, Chimie, Chlore, Chlorure, Cholestérine, Chrôme, Chinchonine, Contre-poisons.

Tomo 6.º—Cuivre. Cyanure.

Tomo 7.º—Eau (chimie), Eaux minérales (chimie), Empoisonnement.

Tomo 8.º—Etain, Etamage, Eudiomètre, Farine, Fer, Fibrine.

Tomo 9.º—Formique, Gallique (acide).

Tomo 10.º—Gaz, Gélatine, Graisse, Gras, Glucine, Hématine.

Tomo 11.º—Hydracide, Hyddriodique, Hydrochlorique, Hydrocyanique, Hydrogène.

Tomo 12.º—Iode, Kermès, Lait.

Tomo 13.º—Laudanum, Magnésie.

na de Carlos X, a la rama principal de la familia de Borbón y en su lugar se colocó a Luis Felipe de Orleans, el hijo de Felipe Igualdad y de la desdichada Duquesa que había pasado en Mahón parte de su exilio. Con ello se abría un nuevo capítulo de la historia de Francia que iba a durar hasta 1848, año en que otra revolución le puso fin.

Luis Felipe era una solución de tipo intermedio en la grave crisis planteada. Tenía ya cincuenta y siete años al subir al trono. Era hombre llano y afable y se había granjeado por su vida privada y modesta el aprecio del pueblo. Fué un rey democrático. Comentando esta etapa se pudo decir que la Monarquía era la mejor de las repúblicas. Se había salvado el orden y se había evitado el caos.

Orfila, que había sido hombre de la Restauración, fué, mucho más, el hombre de la Monarquía de Julio. Aparte de su encumbramiento oficial, le unió al mismo Rey una afectuosa amistad.

Al principio de este período, hubo, como era natural, una gran renovación de cargos. El Decanato de la Facultad de Medicina fué confiado al Profesor Antonio Dubois en atención a su popularidad, a su gran reputación y a su larga ex-

Tomo 14.º—Mercure, Métal, Muriate, Muriatique.

Tomo 15.º—Nitro, Nitrique (acide), Or.

Tomo 16.º—Osmazome, Oxalique, Oxygène, Phosphore, Phosphorique.

Tomo 17.º—Plomb, Poison. Potase.

Tomo 18.º—Putréfaction, Quinine.

Tomo 19.º—Sang, Savon, Scillitine, Sophistication, Soude, Soufre, Strangulation.

Tomo 20.º—Submersion, Sulfure, Sulfurique, Suspension.

Tomo 21.º—Urée, Urine (chimie), Vins medicamenteux, Vinaigre, Zinc.

Esta nota está tomada de los propios índices de los tomos del *Dictionnaire*, en los que aparecen los artículos distribuidos por autores. No se incluyen en los índices los artículos minúsculos. Hay que tener en cuenta para formarse una idea del trabajo de Orfila que sus artículos citados llegan a alcanzar en ocasiones una extensión de más de cincuenta páginas.

perencia. Dubois aceptó el cargo, pero desde el primer momento quiso contar con la colaboración de Orfila en calidad de primer asesor. No obstante, pronto deseó Dubois librarse de una misión que le era fatigosa. Las tareas administrativas, aun tomadas en su sentido más elevado, no le eran gratas y quiso desentenderse de ellas. Así ocurrió que, el día 30 de abril de 1831, rogó a Orfila que le acompañara a visitar al Ministro de Instrucción Pública, Montalivet, sin informarle previamente del objeto de la visita.

Una vez el Decano y su primer asesor en el despacho de Montalivet, tomó Dubois la palabra y le dijo:

— Señor Ministro, soy anciano y poco amante de conservar funciones administrativas. Vengo a suplicarle que acepte mi dimisión. Permítame que le presente al señor Orfila para quien solicito la plaza vacante.

Montalivet no conocía personalmente a Orfila, pero no vaciló en aceptar la propuesta de Dubois. El nombre del candidato y la categoría de la presentación era tales que el Ministro no intentó la menor discusión. Se encontraba ante el hombre que ofrecía las mayores garantías de acierto y estaba revestido de mayor autoridad para el desempeño del cargo que acababan de dejarle vacante. Lamentó, como era lógico, la dimisión de Dubois, expresándole todo su sentimiento por la pérdida de su colaboración, pero, como ministro que sabía decidir en el acto, prometió que al día siguiente sería firmado el nombramiento de Orfila.

Cumplió Montalivet su palabra y así fué que el día 1.º de mayo recibía Orfila el decreto por el que se le confería el Decanato de la Facultad de Medicina de París. Se puede decir que con ello había alcanzado la última meta. Tenía cuarenta y cuatro años de edad y se abría ante él un fecundo y brillante período de su vida.

Escaló, es cierto, nuevos puestos y honores, pero, más que nuevos avances en su carrera, no obtenía con ellos más



El Decano en traje académico. Litografía de Maurin.

Orfila permaneció en el Decanato durante diez y siete años. Su labor en este período ha de ser expuesta de una manera global y algo más sintética que todo cuanto precede, pues me veo obligado a abreviar.

A lo largo de su gestión como Decano, Orfila hubo de simultanear su labor de enseñanza en la cátedra de Química con la dirección de la Facultad. De este papel directivo tenía Orfila un altísimo concepto, sabía muy bien lo que era dirigir y para ello estaba excepcionalmente dotado y preparado. Sin condiciones naturales y sin sólida preparación no se puede asumir un cargo tan delicado y de tanta responsabilidad.

Por otra parte, en la Facultad de Medicina se daban de vez en cuando síntomas de agitación. Llegado el caso, no se trataba de reprimirla, sino de atacar la causa que le daba origen. Orfila, recordando sus años de estudiante y las observaciones que su espíritu crítico le hizo hacer, pensó en la necesidad de no merecer las censuras de la juventud escolar. Para ello, se propuso darle amplios y eficientes medios de trabajo, renovar los procedimientos de su instrucción profesional y de su preparación científica, educarla para la vida, para el estudio y para la investigación. De esta manera intentaba resolver a un tiempo dos series de problemas: unos de carácter social universitario; otros, de técnica pedagógica.

La tarea era enorme. Sin embargo, Orfila no retrocedió ante ella. Su vocación, en condiciones ya de dar el máximo rendimiento, le hizo seguir adelante con entusiasmo. Mejor dicho, con verdadera pasión. Tan identificado estaba con su papel, tan compenetrado con la Facultad, considerada como institución, que pudo muy bien haber dicho, parodiando a Luís XIV: *La Faculté c' est moi*. Si no lo dijo, lo sintió. Y, si lo sintió, no le faltó, en cierto modo, razón para sentirlo. La facultad era él, porque él era su alma.

Es cosa muy distinta, tanto para los profesores como

para los alumnos, *ir* a la Universidad que *ser* la Universidad. Muchos *van*, pero los más selectos *son*. Y Orfila, universitario ejemplar por su labor científica y por su vocación docente, pertenece, en la historia de la enseñanza superior europea al grupo de los escogidos.

Una escueta lista de reformas y mejoras basta para dar reflejo de su actuación como Decano. Limitémonos a las principales.

La enseñanza de la Anatomía, tan fundamental, no se daba en las debidas condiciones. Los pabellones de disección eran insuficientes y su material anticuado. A los dos años de su mando, en 1833, el panorama había cambiado y Orfila podía entregar a los estudiantes nuevos pabellones dotados de utillaje modernísimo.

Las clínicas, indispensables para la enseñanza práctica, estaban lejos de la Facultad. Obra de Orfila fué el nuevo Hospital Clínico, inaugurado en 1834.

Como consecuencia de tales construcciones, había desaparecido el Jardín Botánico. Inmediatamente Orfila lo reemplazó por otro más espacioso y más nutrido, transformando para ello una parte del vivero de plantas del Luxemburgo.

El museo de Anatomía Patológica, llamado *Museo Dupuytren*, es también una creación de Orfila. El propio Dupuytren no había pensado en ello. Por legado consignado en su testamento, había dispuesto la creación de una cátedra de Anatomía Patológica. Orfila entendió que la cátedra sin un museo adscrito a la misma no tendría sentido y, por gestiones suyas, la cláusula testamentaria fué modificada o interpretada en forma de que el museo pudiera surgir. Se le tiene por una de las creaciones más felices de Orfila.

Preocupóse asimismo de mejorar y completar todos los gabinetes y laboratorios de la Facultad, tanto de Física y de Química como de materias médicas.

Por último, el *Museo Orfila*, denominado así por Decre-

to Real. Se trata de un museo de Anatomía Comparada. La idea de su creación le fué inspirada a Orfila por una visita al *Museo de Munter*, en Londres. Aunque el proyecto fué objeto de algunas censuras, el decidido apoyo ministerial lo hizo salir adelante, y no sólo ello sino que, como homenaje del Estado a su creador, se le dió su nombre. Cuando este museo se abrió al público era ya en el año 1845 (Lám. XXIII).

No hay que decir que el presupuesto de la Facultad, bajo el mandato de Orfila, creció de una manera fabulosa. Sus iniciativas hallaron siempre la mejor acogida por parte de los gobiernos de Luís Felipe y del mismo Rey.

Esta preeminente posición de Orfila tenía que despertar en contra suya algunas envidias y malas pasiones, según vamos a ver.

Para ello volvamos ahora a los comienzos de su decanato y oigamos al propio Orfila. De una carta dirigida a su hermana y fechada el 5 de junio de 1833, o sea a los dos años de ocupar el cargo, copio el siguiente párrafo, que prefiero no traducir para que no pierda nada de su sabor expresivo:

«Quant à moi, depuis quelque temps, j'excite l'envie de quelques jaloux qui sont vexés au dernier point de la position élevée que j'occupe, et comme nous avons une liberté de presse *illimitée* ils s'amuse quelquefois à écrire contre moi dans de très petits journaux, qu'on lit à peine, des articles qui me font beaucoup rire; car il est bon que tu saches qu'ici tous les gens en évidence sont attaqués: le Roi, les Ministres, les Pairs, les Députés, les Procureurs généraux, etc.; nous laissons dire parce que la masse, qui est excellent et qui se compose de tout ce qu'il y a de plus éclairé ne croit pas un mot de ce qu'ils écrivent».

Observe el lector que en este *nous laissons dire*, en primera persona de plural, van comprendidos el Rey, los Ministros,... y Orfila.



Réplica algo esquematizada del retrato anterior por autor desconocido.

De la misma carta es este otro párrafo: «Je suis adoré de 2.800 élèves que je dirige, armée effrayante pour le gouvernement si elle n' était pas bien menée.»

Y para el conocimiento de su situación económica hallamos en el mismo texto epistolar un fragmento sumamente ilustrativo:

«Tu me parles de places et de fortune; tu te trompes. Je suis Membre du Conseil Général des Hospices *gratuitement*, de l' Academie Royal de Médecine, du Conseil de Salubrité *gratuitement*; j' ai donc la place de l' Ecole 10.000 francs, celle de Doyen 3000 francs et un logement; en tout 16.000 francs à peu près; mais il faut vivre et vivre honorablement; ou dépense beaucoup ici.»

Lo demás de este interesante escrito ya se verá en su lugar. En cuanto a lo copiado, no creo que necesite comentarios.

A los cargos citados podemos aquí añadir otros tres: el de miembro del Consejo Municipal de París; el de miembro del Consejo General del Sena; y el de miembro del Consejo Real de Instrucción Pública, para el que fué designado en 1834. Dado lo abreviado de esta síntesis biográfica, me abstendré de analizar la labor de Orfila en los expresados cargos.

Pero sí quiero citar, a propósito de los mismos, unas frases de una carta de Orfila al Dr. Llambías, fechada el 27 de noviembre de 1834. Entre otras cosas le dice:

«Mon cher ami, je viens d' obtenir un immense succès; j' ai été nommé avant hier Membre du Conseil Général du Département de la Seine. Paris avait à choisir 36 membres par voie d' elections; notre arrondissement devait en nommer trois et nous étions 15 concurrents; j' ai obtenu dès le premier jour 494 voix et l' on m' a proclamé.»

Hace a su pariente esta confesión:

«Je ténais beaucoup à obtenir une place élective parce

»que je ne connais rien de plus honorable.» Je ne vous dirai pas combien on a intrigué pour m'empêcher d'arriver.»

Y más adelante añade:

«On fesait valoir contre moi la qualité d'étranger quoique je sois naturalisé; on mettait en avant mes nombreuses occupations; j'ai été au devant de ces difficultés, et d'autres que je passe sous silence, et le triomphe a été complet.»

No obstante la adoración que por él sentían los dos mil ochocientos alumnos de la Facultad, esta *armée effrayante* le dió en ocasiones sus quebraderos de cabeza, pues no faltaban agentes perturbadores que intentaban agitarla.

Luis Felipe lo sabía y se interesaba en ello. En una de sus entrevistas interpeló a Orfila sobre el particular, produciéndose este diálogo:

—Y bien, señor Decano, ¿cómo está usted actualmente con los señores alumnos?

—Ved mi sombrero, Señor.

—No está muy lucido; está, incluso, bastante gastado, pero de esto ¿qué hay que deducir?

—Que estoy en la mejor armonía con los alumnos, pues no hace todavía un mes que lo llevo. Cuando estoy mal con ellos, mis sombreros duran eternamente, por la razón de que ninguno de ellos me hace el honor de saludarme y yo no me veo obligado a contestar. Cuando, por el contrario, recobro mi popularidad, me veo agobiado de sombrerazos y... ved en que estado pongo, a mi vez, mi sombrero.

Un episodio tumultuoso tuvo lugar, en el año 1836, con motivo de la provisión de la cátedra de Anatomía Descriptiva. Los alumnos protestaron del nombramiento recaído y se manifestaron en favor de un aspirante rechazado. Hubo lanzamiento de patatas y asalto del guardarropa del profesorado. Togas y batas fueron desgarradas.

Orfila, con su gran autoridad, consiguió restablecer el orden y pacificar los espíritus, haciéndose el hombre del día.

Todos los periódicos y revistas se ocupaban de él dedicándole comentarios de la más varia índole, lo mismo que anécdotas, dibujos, caricaturas, etc.

Nada faltó. Y, para que el cuadro de esta bibliografía volandera quedara completo, un antiguo adversario de Orfila, el doctor Fabre, que usaba el pseudónimo de *Le Phocéén*, le dedicó un poema épico. Un poema épico-burlesco, naturalmente. Se titulaba *L'Orfilaïde, ou le Siège de l'Ecole de Médecine*. Como obra de circunstancias y de escaso valor literario, nadie lo recuerda. Sólo tiene para nosotros un valor documental.

Aun en el ataque y en la burla se trasluce el respeto que Orfila inspiraba, se reconoce que estaba revestido de una natural autoridad y que su porte severo y majestuoso imponía. En un momento culminante del poema, un macero de la Facultad anuncia:

—*Messieurs, le Roi!*

Nada menos que por el Rey ha tomado a Orfila. Pero el error queda deshecho en el acto y hay que rectificar:

Mais non, c'est le Doyen!

La valía de Orfila está muy por encima de la intención maligna del satírico y, a pesar suyo, salva la prueba.

La labor del Decano se extendió fuera de la Facultad propiamente dicha. Desarrolló un vasto plan reformador de la organización médica francesa. Había que dignificar el ejercicio de la profesión, extinguiendo la clase secundaria de los llamados Oficiales de Sanidad. Había que reorganizar y crear los estudios de Medicina en las provincias. Había que fijar para ello unos planes de estudio y que exigir para los estudios profesionales una previa preparación científica. Había que acabar también con los médicos de Caridad, que eran nombrados por los Prefectos, arcaica institución incompatible con los tiempos de Orfila. En todo puso mano el Decano

y sus ideas merecieron siempre la aprobación y el refrendo del poder público.

Todavía, al fin de su mandato, en 1847, redactó un *Proyecto de Ley relativo a la enseñanza y al ejercicio de la Medicina*, que era el resumen de la experiencia obtenida en las Facultades de París, Montpellier y Estrasburgo.

Durante los diez y siete años de su Decanato, Orfila no dejó en paz a los Ministros de Instrucción Pública. Cuando no era un motivo era otro el que le llevaba a su despacho a exponer, a pedir, a suplicar, a exigir. Y así pudo llevar adelante su obra y obedecer a los dictados de su permanente vocación.

Velando por todo lo que a la Medicina se refería, no podía olvidar a los Profesores de la Facultad, que tan próximos tenía y que eran sus inmediatos colaboradores en la enseñanza. Para ellos consiguió grandes mejoras.

Baste por ahora lo dicho como rápida visión de la labor de Orfila en el Decanato. Labor por sí agobiadora y absorbente, pero que él simultaneó con el desempeño de numerosos cargos, con el cuidado de sus libros constantemente revisados y reeditados, con la redacción de nuevos trabajos, con una actividad práctica e incesante como médico-legista, que desarrolló ante los tribunales de Justicia, en calidad de experto, y con una vida privada intensa, pues nunca descuidó los asuntos familiares ni los intereses que en su mano tuvo.

Aquí se impone una nueva digresión bibliográfica para catalogar las monografías de Orfila publicadas entre 1831 y el fin de su vida. La relación escueta es ésta:

1.—*Préceptes d'hygiène à l'usage des enfants qui fréquentent les écoles primaires.*

2.—*Mémoires sur plusieurs questions médico-légales.*

3.—*Mémoire sur l'empoisonnement par l'acide arsénieux.*



Orfila, cumplidos los cincuenta años.
Retrato de Belliard. Litografía de Delpech.

4.—*Réponse aux écrits de M. Raspail sur l' affaire de Tulle.*

5.—*Mémoire sur la suspension.*

6.—*Mémoire sur l' empoisonnement.*

7. *Mémoire sur un nouveau procédé pour constater facilement dans nos organes la présence d' une préparation arsénicale qui aurait été absorbée.*

8 —*Mémoire sur l' arsenic naturellement contenu dans le corps de l' homme.*

9.—*Mémoire sur l' empoisonnement par le tartrate de potasse antimonié (tartre stibié).*

10. — *Mémoire sur les moyens de s' assurer que l' arsenic obtenu des organes où il a été porté par absorption ne provient pas des réactifs, ni des vases employés à la recherche médico-légale de ce poison.*

11.—*Mémoire sur les terrains des cimetières, sur l' arsenic qu' ils peuvent fournir, et les conséquences médico-légales que l' on doit tirer de l' existence possible d' un composé arsénical dans ces terrains.*

12.—*Mémoire sur l' empoisonnement par les sels de cuivre.*

13.—*Rapport sur les moyens de constater la présence de l' arsenic dans les empoisonnements par ce toxique.*

14.—*Mémoire sur plusieurs affaires d' empoisonnement par l' arsenic, récemment jugées par la Cour d' Assises du Royaume.*

15.—*Mémoire sur le traitement de l' empoisonnement par l' acide arsénieux.*

16.—*Mémoire sur l' absorption du sublimé corrosif et sur l' empoisonnement qu' il détermine.*

17.—*Mémoire sur l' absorption des sels de plomb, de bismuth, d' étain, d' argent, d' or, de zinc et de mercure.*

18.—*Recherches médico-légales et thérapeutiques sur l' empoisonnement par l' acide arsénieux, précédés d' une*

histoire de l'arsenic métallique et de ses diverses composés, et suivis d'une discussion sur le peroxide de fer considéré comme contre-poison.

19.—*Lettre sur l'état de l'instruction publique en Espagne, et notamment les sciences médicales.*

20.—*Observations sur le projet de loi relatif à l'enseignement et à l'exercice de la Médecine.*

En resumen, una veintena de títulos más constituyen la lista de los escritos importantes producidos por Orfila en esta segunda parte de su vida. No figura en ellos ninguna de sus obras capitales, cuyo ciclo quedó concluso con la ascensión al Decanato, pero son, en conjunto, el exponente de una ininterrumpida labor de investigación.

El campo abarcado es aquí más limitado que en el catálogo anterior. La especialización, más visible. Aparte del primer título, trabajo de divulgación, y de los dos últimos, de índole pedagógica, toda la lista es de temas médico-legales y toxicológicos. Algunas de estas monografías son verdaderos libros. De manera que la suma completa de lo escrito por Orfila nos da, tanto por su volumen como por la categoría del trabajo en él contenido, una impresión de monumentalidad.

La doble dirección vocacional, señalada desde un principio, ciencia y docencia, viene manifestándose con constancia ejemplar a lo largo de toda la vida. Ahí está el auténtico Orfila en sus dos mejores facetas. Por ellas, Orfila es Orfila, por ellas su nombre pasó todas las fronteras y se hizo familiar en los círculos científicos, en general, y médicos en particular, así como conocido en todos los medios cultos.

Pero, además, Orfila conquistó otro público, el de lectores de periódicos, folletines y *sucesos*; el que llena las salas de audiencia en las vistas de causas por crimen; el de las tertulias de portería. Todas estas gentes tenían su imagen de Orfila, una imagen popular y muy distinta de la que nosotros tenemos después de estudiarle, después de habernos acerca-

do a él. La visión que este público se había formado era la de un Orfila gran personaje de la crónica del crimen, que ponía su ciencia al servicio de la Justicia para descubrir criminales y conseguir su castigo.

Hemos de convenir en que éste es un papel que Orfila desempeñó a la perfección. No sólo fué el toxicólogo investigador de la verdad si no que, aquí como en la cátedra, fué el artista consumado que cautivó al público por la maestría de la exposición.

El repetidamente citado E. F. Dubois, después de aludir a sus investigaciones, escribe:

«Aussi était-ce avec un calme profond, une confiance sans bornes qu' il se rendait dans le sein des tribunaux pour aider les magistrats de ses lumières; chimiste-juré des causes célèbres, il était devenu l' effroi des empoisonneurs: son nom seul les faisait trembler; on savait que rien ne pouvait mettre à l' abri de ses recherches. En vain les débris des victimes avaient été, et depuis de longs mois, enfouis dans le sein de la terre, en vain des mains criminelles les avaient jetés dans des fosses d' aisances, précipités au milieu des flots ou cachés sous de monceaux de fumier, en vain ils étaient à demi putréfiés; Orfila s' en emparait, son art les interrogeait, et bientôt il en faisait sortir la preuve matérielle du crime».

Esta breve síntesis pudo trazarse una vez observado el panorama que ofrecían las innumerables actuaciones judiciales de Orfila.

Sus primeros peritajes se remontan al año 1824, en que actuó, en compañía de Vauquelin y de Barruel, en el proceso de la Vda. Laurent, acusada de haber envenenado a su marido a los diez días de la boda. Orfila dió una lección a los médicos no especialistas que habían realizado las primeras pruebas periciales en el acto de la autopsia y cuyo informe ponía en peligro a la acusada. Había arsénico, afirmaban los galenos locales. Mas un examen de las vísceras, realizado

en la Facultad de París, no dejó ver ninguna huella del veneno. Al fin, Orfila compareció ante el Tribunal y dió su informe negativo, permitiéndose recomendar a los magistrados la conveniencia de no encargar tales peritajes más que a hombres especializados en el estudio de la Medicina Legal. A los tres días la Vda. Laurent era absuelta.

Algún caso se resolvía así. En algún otro la incógnita no pudo despejarse. En la gran mayoría, el informe de Orfila fué fatal para los acusados. Ello se fundaba en una verdad elemental. Los venenos debían encontrarse especialmente en una u otra de las porciones del canal digestivo, que ofrecía así una unidad de investigación al experto, dentro del estado general del cuerpo. Orfila llegó a la conclusión de que el hecho ponía en peligro la seguridad de los criminales, pues su naturaleza reclamaba las investigaciones de los médico-legistas, incluso después de un tiempo bastante largo de haberse cometido el crimen.

De aquí que Orfila, obligado a intervenir con tanta frecuencia en procesos que exigían exhumaciones se especializara en ellas hasta el punto de escribir sobre las mismas, en colaboración con Lesueur, el tratado que ya conocemos. Luego su maestría aumentó, con los años, al repetir las experiencias.

Contar ahora una serie de procesos y la intervención de Orfila en ellos me parece más bien anecdótico que ilustrativo y prefiero no cansar al lector. Basta una cita de algunos casos célebres. Así, por ejemplo:

El proceso Mercier, en Dijón, en el que se vió envuelto un matrimonio, acusado de la muerte, por envenenamiento, del hijo del marido, habido en un matrimonio anterior. Este caso fué fecundo en consecuencias. En él está el origen del odio de Raspail contra Orfila, que de manera más clamorosa se manifestó en el proceso Lafarge. También sirvió para plantear a Orfila el problema de los terrenos de los cemente-



Imagen de Orfila contemporánea de la anterior.
Litografía de Paul Petit.

rios, al que dedicó una de sus citadas monografías, tratando de dilucidar si tales terrenos contienen arsénico y qué consecuencias médico-legales pueden derivarse de ello.

El proceso Cumon, en Périgueux, consecuencia del descubrimiento algo novelesco del crimen cometido por una hija que deseando casarse contra la voluntad de su padre y no pudiendo vencer su resistencia, decidió asesinarle envenenándole y ejecutó su mal designio contando con la complicidad de una criada. A los siete meses de la muerte de la víctima, Orfila puede proclamar ante la audiencia que Cumon murió envenenado por una preparación arsenical. La hija criminal y su cómplice fueron condenadas.

El proceso Rigal, en Albi, en el que un marido perverso fué asimismo condenado por haber dado muerte por envenenamiento a su esposa. Había llegado al crimen a impulsos de una mala pasión.

El proceso Dauzats, donde se demostró que otra pasión abominable había determinado la comisión del crimen. Un padre de familia había sucumbido a manos de su propia mujer y de su hijo mayor. Este caso dió materia a Orfila para su estudio médico-legal acerca de la suspensión.

El proceso Pralet, motivado por la muerte del fiscal de este nombre y que resultó una *affaire* de las más sonadas. Orfila, como siempre, dijo la última palabra.

Y llegamos al proceso Lafarge, el más divulgado entre todos los procesos en que Orfila intervino y que por su misma difusión ha inducido a error a los poco enterados de su vida. Hay personas que sintetizan la biografía de Orfila, por defecto de información, por total desconocimiento del personaje, en dos solos puntos: su fama de cantante y su intervención en el proceso Lafarge. Proceder así es no saber nada de Orfila.

Ya hemos visto a lo queda reducida en su vida su afición a cantar. Es algo complementario y episódico que no pertur-

ba en lo más mínimo el desarrollo de su programa vital de hombre destinado a la ciencia y a la enseñanza.

Algo mucho más episódico todavía es el proceso Lafarge, no obstante el clamor de prensa que en su día suscitó y las polémicas a que dió origen. Reducido el asunto a sus verdaderas dimensiones, resulta que se podría escribir una biografía de Orfila sin mentar en absoluto este proceso. De su valor anecdótico no se deben sacar excesivas consecuencias, ni menos pretender formar sobre base tan minúscula un concepto total de una figura como Orfila, de tanta grandeza humana y de tanta densidad vital.

El hecho de que la señora Lafarge siga siendo un personaje de novela y su nombre y su historia aparezcan de vez en cuando en periódicos y revistas no invalida lo que acabo de decir.

Sin embargo, el sensacionalismo de este proceso fué tal que ha podido dar origen a una abundante bibliografía, de la que aquí sólo interesa destacar los títulos más notables.

En primer lugar, un volumen publicado en París en 1840, o sea en el año del proceso, y del que se hicieron en el curso del mismo dos ediciones. Tal era la avidez de los lectores de aficiones folletinescas. Se titulaba este libro *Procès de Madame Lafarge. Relation complète. Vol de diamants. Empoisonnement. Contenant l'acte d'accusation, les interrogatoires, les dépositions, les débats, les expertises, les réquisitoires, les plaidoiries, l'arrêt, etc.* Se trata, como se ve ya por el título, de un documental de primer orden, indispensable para seguir la marcha de los sucesos. Es un volumen de 365 páginas.

Entre nosotros, Rubió Bellvé dió una síntesis del proceso en su estudio ya citado.

Modernamente, en Francia, se ha vuelto sobre el tema. El Profesor Balthazard, lejano sucesor de Orfila en la cátedra de Medicina Legal, publicó en 1920 una monografía titu-

lada *Orfila et l' affaire Lafarge*, trabajo serio propio de un especialista. Y Gabriel de Chapel d' Espinassoux, casado con una nieta de Antonio Orfila, el cual, como se ha dicho, había dado a conocer, en 1914, una parte de la *Autobiografía*, publicó en 1926 su notable trabajo *Conflit d' Orfila et de Raspail*.

Lo indicado basta para dar la medida de la atmósfera que se hizo en torno al proceso Lafarge, desorbitando con ello el problema y creando a los no documentados una dificultad óptica para la contemplación de la vida de Orfila.

Un reducidísimo esquema de lo ocurrido es éste. María Capelle, una joven viuda parisién de veintitrés años de edad, se casó, se puede decir que sin conocerle, con Carlos Lafarge, maestro de forja de Glandier. Era una muchacha bonita, educada, de espíritu cultivado, soñadora y bastante noveletera. Lafarge parece que era un hombre bueno, pero tosco y brusco, de educación inferior a la de ella y, por tanto, incapaz de satisfacer a semejante esposa. Con ligereza inconcebible, tanto de una parte como de otra, se casaron a los pocos días de haberse visto por primera vez. Esto sucedía en agosto de 1839. Fueron a vivir a Glandier, residencia del marido. El arrepentimiento de María fué tan rápido como rápida había sido su decisión de casarse. Se sentía sumamente infeliz. Su nuevo hogar le parecía horrible. Estaba presa de una continua desesperación. En este estado de ánimo empezó a hacer una serie de tonterías propias de una desequilibrada mental. Así escribe una carta al marido en la que le dice que ama a otro, que no quiere ser suya, que tomará arsénico, pues esta dispuesta a morir, y acaba pidiéndole auxilio para salir de la situación creada.

El efecto que esta carta produciría es de suponer. Sin embargo, no pasó nada y la calma renació en Glandier. En esto, Lafarge marchó a París reclamado por sus asuntos. Allá le mandó su esposa un retrato suyo, obra de una joven

artista llamada expresamente a Glandier. Con el retrato le envió unos bollos, diciéndole que se comiera uno el día 18 de diciembre por la noche. Lafarge lo hizo así, enfermándose en el acto. Tuvo vómitos y cólicos, pero su estancia en París se prolongó unos días más. El 3 de enero siguiente estaba de regreso en Glandier. Se sentía enfermo y abatido. Habían pasado también otras cosas raras de carácter económico.

Lafarge hubo de acostarse el mismo día de su llegada. Siguió teniendo vómitos hasta el día de su muerte, acaecida el 13 de enero. Entre tanto, su esposa había hecho compras de arsénico, que venía usando para combatir a las ratas que infestaban la casa de Glandier. Alguien vió a María echar unos polvos blancos en una yema mejida. Empezaron los rumores. Intervino el Fiscal. Se practicó la autopsia. Una larga serie de incidentes quedó iniciada. Intervinieron médicos y abogados. La acusada despertó algunas pasiones amorosas. El ambiente se fué caldeando y todo tomó un carácter irreal, mucho más novelesco de lo que convenía. El público aficionado a esta clase de asuntos estaba en sus glorias.

No olvidemos que todo esto acontecía en 1840, en pleno florecimiento del Romanticismo, y que, dentro del clima espiritual de la época y de su peculiar escenografía —fatalidad, desesperación, amores imposibles, tristeza de los seres solitarios, ambientes melancólicos, lirismo epistolar, obsesión de la muerte, cementerios— no podía encajar nada mejor.

Creo que la popularidad del proceso Lafarge es debida a que se trata de un proceso típicamente romántico. Acaso del arquetipo de los procesos románticos. Romántica perdida fué la protagonista y una especie de huracán romántico agitó a la mayoría de los actores que intervinieron en él.

Era el Romanticismo, además de una estética, una forma de vida que invadió todas las manifestaciones sociales. La actividad procesal no podía sustraerse a su dominio. Y así el proceso Lafarge es una estampa romántica tan útil para co-



Transcurre el tiempo. La calvicie se extiende.
Litografía impresa por Lemercier.

nocer la época en que se desarrolló como pueden serlo el *Hernani*, *La conjuración de Venecia*, o el *Don Alvaro*.

No me extrañaría que las hostilidades de que Orfila fué objeto y la parcial impopularidad de que gozó con motivo del proceso no fueran, en el fondo, otra cosa que una reacción romántica contra el hombre de ciencia, por el grave pecado de desvelar misterios.

El misterio era un ingrediente esencial de todo asunto romántico. Entre la poesía y la realidad había que dar la preferencia a la poesía. De la realidad era necesario evadirse. Y Orfila, aunque romántico también en su ciencia y en su vida, personificaba aquí la realidad y con ella destruía la poesía, el ensueño, el encanto de los incondicionales de la protagonista. De aquí las protestas contra el que fué considerado antagonista cruel de la bella heroína.

Orfila comenzó por evacuar una consulta que se le hizo, dando por insuficientes las pruebas periciales realizadas. El Tribunal ordena un segundo peritaje que resulta negativo. Ni en el estómago ni en su contenido se encuentra arsénico.

La sesión en la que los técnicos dan cuenta de este resultado acaba, naturalmente, de una manera romántica. La señora Lafarge junta un momento las manos y pone los ojos en blanco. Luego tiende una mano a su abogado Lachaud, enamorado ya de ella como las circunstancias exigían, y éste, convulso, la estrecha con emoción visible que se propaga por la sala. Es un final de acto de un drama de la época. Cae el telón.

Pero el caso es que la representación no ha terminado. Orfila había demostrado el año anterior, en una de sus monografías que han quedado antes catalogadas, el hecho de la absorción de los venenos por los órganos del cuerpo humano y la posibilidad de encontrarlos en ellos.

Se siguen entonces los procedimientos de Orfila, pero con errores de técnica. El resultado sigue siendo negativo y el

nuevo acto acaba todavía bien para la acusada. El público aplaude. María Capelle, sonriente, se apoya sobre su defensor. Este llora sin contención posible. Perdidos los frenos, las fantasías de actores y espectadores galopan en libertad.

Mas los graves Magistrados no pierden la cabeza ni se emocionan por la lacrimosa sensiblería del cuadro. Tampoco el Fiscal. Se exige una nueva prueba pericial y esta vez es el propio Orfila quien entra en escena. Le acompañan colaboradores de gran competencia. Los trabajos de investigación duran dos días seguidos. Al fin Orfila comparece ante la Audiencia y emite su informe.

Su presencia produce sensación. Actor consumado, atrae desde el primer momento la atención de todos y ante el estupor de los que le escuchan desarrolla su tesis. Analiza cuanto se ha hecho en el terreno pericial con anterioridad a su actuación, justifica su desacuerdo con los peritos que le han precedido, hace la crítica del uso del aparato de Marsh, utilizado de manera inadecuada y sin la práctica necesaria, expone sus investigaciones en el terreno del cementerio y sobre el sudario, donde no se ha encontrado arsénico, y acaba la sólida construcción de su discurso afirmando, de acuerdo con sus colaboradores, que el arsénico existe en el cuerpo de Lafarge.

Una sorda agitación corona el discurso de Orfila. El Presidente pregunta a la defensa si tiene algo que decir y el abogado Paillet se inclina y no responde. La señora Lafarge queda inmóvil. Eran las seis y cuarto de la tarde del día 14 de septiembre.

Por dos días seguidos hubo que suspender la vista debido a la enfermedad de la acusada que se sentía materialmente deshecha. Al tercer día fué transportada en una butaca y colocada con precaución sobre una *chaise-longue*.

El romanticismo de la escena ha llegado a su punto culminante. Leemos en el mismo texto del *Procès*.

«La vue de cette figure blanche encadrée d'un voile noir, immobile, glacée, produit une impression extraordinaire. La foule est morne et silencieuse.»

La acusación del Ministerio Fiscal es terrible, tanto como ampulosa y romántica. A los miembros del Jurado les dice: «La France entière vous contemple.» Y poco después exclama: «Ah! quand il s'agit d'un crime semblable, il n'y a pas de peine trop sévère!»

La defensa, a cargo del abogado Paillet, es una gran pieza retórica, que parece sacada de una novela de la época, y toda ella desborda de patetismo insuperable.

Esfuerzo vano. El Jurado condena a María Capelle como culpable de haber dado muerte a su marido y el Tribunal de Derecho dicta la sentencia. María Capelle, viuda de Lafarge, es condenada a trabajos forzados a perpetuidad y a exposición en la plaza pública de Tulle. El drama ha terminado.

De toda la jarana posterior, promovida por Raspail con sus escritos, no me es posible tratar aquí. Lo dicho me parece suficiente para dar un ejemplo de la actuación pericial de Orfila.

Al cabo de los años, la señora Lafarge recobró su libertad para morir poco después, en 1852, no sin hacer constantes protestas de inocencia. Una especie de partido lafargista ha seguido agitando como una bandera el nombre de la desdichada romántica. ¡Lejanos efectos del *mal du siècle*!

Por último, otro caso médico-legal en el que Orfila intervino fué el del envenenamiento del duque de Praslin, que se quitó la vida ingiriendo ácido arsenioso para no tener que responder del crimen cometido en la persona de su esposa, a la que bárbaramente asesinó.

Este crimen resultó también, por la categoría de los protagonistas, del máximo sensacionalismo.

Orfila realizó en 1846 un viaje a España que podemos calificar de triunfal. No había vuelto a visitar su patria des-

de el año 1819, cuando vino a festejar con su familia su acceso a la cátedra de Medicina Legal. Habían pasado veintisiete años y Orfila se hallaba en la cumbre de su gloria (1).

Salió de París en el mes de agosto y una vez en España, aparte de su obligada visita a Menorca, hizo un gran recorrido por la Península. Visitó Barcelona, Valencia, Alicante, Cartagena, Málaga, Granada, Sevilla, Cádiz y Madrid. En todas partes fué recibido con entusiasmo. A su tránsito, la prensa anunciaba la llegada y la salida del sabio como si se tratara de un rey. Las Academias de Medicina le rendían homenaje y le nombraban miembro de honor. La Reina Isabel II, a propuesta de la Facultad de Madrid, le concedió, *honoris causa*, el título español de Doctor, que Orfila no tenía por haberse graduado en Francia. En fin, la emoción en todas partes era de júbilo ante el hombre de ciencia y maestro insigne que tan alto había puesto en París y en Europa el nombre de España. Orfila pudo sentirse satisfecho de la acogida calurosa que le dispensó la Madre Patria. Este viaje fué una muestra de mutuo amor materno-filial, muestra que Orfila necesitaba dar y recibir antes de abandonar el mundo de los vivos.

De vuelta en Francia, su posición era única. Dubois la resume en estas palabras: «Era en el cuerpo médico el árbitro y el dispensador de todas las gracias y de todos los favores; bienquisto en la Corte, popular en la Escuela, omnipotente en los hospitales, y, en lo que concernía a las cuestiones médicas, en el Consejo de Instrucción Pública y en el Consejo General del Sena». Para completar el cuadro, acababa de ser reelegido Decano por cinco años más. Estaba a

(1) Al aludir en la *Tabla Cronológica*, pág. 10 de este trabajo, al viaje de que ahora tratamos se ha deslizado un error, afirmando que no había visitado Menorca hacía treinta años, cuando en realidad eran veintisiete. Quede rectificado.



Orfila retratado por Belliard. Litografía de Grégoire y Deneux.



punto de cumplir los sesenta y uno de edad y los diez y siete de Decanato.

Así las cosas, sobrevino la Revolución de 1848, de la que, en definitiva, iba a beneficiarse Luís Napoleón que, ávido de recoger la herencia de su tío, y previas algunas tentativas fallidas, conseguiría verse Príncipe-Presidente de la República, primero, y Emperador después.

Como todas las revoluciones, la de 1848 hizo sus víctimas. Orfila, por su alta significación, fué de las primeras. Apenas constituido el Gobierno Provisional, uno de sus miembros, antiguo amigo particular de Orfila, asumió el encargo de notificarle el acuerdo de su eliminación. Al efecto, le visitó el 28 de febrero y, en nombre del Gobierno, le pidió la dimisión del cargo de Decano. La gestión era, después de todo, una muestra de respeto, dentro del espíritu de hostilidad contra él. Pero tenía una segunda parte. El Ministro hizo saber a Orfila que, si no dimitía, sería destituido. En un rasgo de dignidad, Orfila prefirió la segunda fórmula. Antes el atropello por la fuerza que la humillación voluntaria. La destitución se hizo pública el 1.º de marzo. Faltaban dos meses justos para que se cumplieran los diez y siete años de su mandato.

Esta medida gubernamental tenía un marcado, y, si se quiere, justificado, carácter político, pero era técnicamente deplorable al apartar del alto cargo de Decano al hombre que lo había revestido del máximo prestigio. Esta verdad estaba en el ambiente, salvo, claro está, en el de los más exaltados revolucionarios. Como siempre ocurre en estos casos, no faltó quien pensara, antes que en el bien de la comunidad nacional, en la satisfacción de bajos personalismos y hasta de odios cabileños.

Pero la masa estudiantil, la *armée effrayante* que decía Orfila, se le manifestó fiel, más fiel que nunca, pues sintió la necesidad del desagravio. Así, cuando, después de conocida

la noticia de su destitución, Orfila apareció por primera vez en su anfiteatro de la Facultad, no ya como Decano, sino simplemente como Profesor de Química, para explicar su lección, fué acogido con una atronadora salva de aplausos. Y, no contentos con esta demostración de afecto, más de mil quinientos estudiantes se dirigieron en manifestación al Ayuntamiento para pedir que Orfila fuera mantenido en el Decanato.

Mas la noble y cariñosa iniciativa de los jóvenes alumnos no halló eco en las esferas gubernamentales. Había cambiado el signo de los tiempos. Los envidiosos y los despechados podían, al fin, sentirse felices. El Ministerio de Instrucción Pública hacía su juego.

Orfila fué atacado en su honor con insidias calumniosas acerca de su gestión administrativa. El nuevo Decano contribuyó con su conducta a la formación de esta atmósfera. Y, para aclarar lo que hubiere, se nombró una comisión investigadora. Tres meses más tarde daba ésta por terminada su misión, reconociendo que, si en el año último los gastos de la Facultad habían sobrepasado el presupuesto, era evidente que Orfila había procedido con la más escrupulosa probidad. Su honor estaba a salvo, aunque él no pudiera, por la fuerza de las circunstancias históricas, recuperar la posición perdida.

El dictamen de la comisión constituyó un triunfo para Orfila y trajo aparejada la destitución del Decano Bouillaud, que cayó envuelto en la tempestad que, en parte, había desencadenado. Tomó tales proporciones el asunto que de él hubo de ocuparse la Asamblea Nacional. Al terminar el primer año de la nueva situación era designado para ocupar el Decanato el Dr. Bérard, Profesor de Fisiología de la Facultad de Medicina y amigo dilecto de Orfila. Para éste era ya un principio de satisfacción.

Los actos de desagravio venían a compensarle de los disgustos sufridos. Es cierto que había sido destituido de sus de-

más cargos oficiales; que ya no era miembro del Consejo de los Hospitales ni miembro del Consejo de Instrucción Pública. En cambio, la Academia de Medicina, libre del influjo gubernamental, le hizo el honor de elegirle su Presidente.

No obstante, dolorido hasta el fondo del alma por el forzado apartamiento de la vida pública, de los puestos de organización y de mando, Orfila dejó de investigar y de escribir. En los últimos cinco años de su existencia terrena, Orfila no vive, se sobrevive nada más. La Revolución de 1848 no se había limitado a herirle de muerte; le había matado.

Sus actos de filantropía, punto final en el desarrollo de su programa, tienen casi el carácter de actividades de ultratumba. Filántropo lo había sido siempre Orfila. Toda su vida fué un servicio a la humanidad, aunque algunos enemigos hayan pretendido lo contrario. Pero de su obra científica y de su obra docente no se puede sacar otra consecuencia. Además, desligada de la ciencia y de la enseñanza está una creación suya de exclusivo tipo benéfico, la Asociación de Médicos del Departamento del Sena, mutualidad profesional fundada en 1833, y cuya utilidad pública fué reconocida diez y ocho años más tarde.

En el epílogo de la vida, Orfila, que todo cuanto tenía lo debía a su trabajo, fué munificente hasta el extremo, levantando con sus actos de mecenazgo un rumor general de aprobación y de respeto.

Dió al Estado, para que la destinara a terminar la instalación del Museo Orfila, una de sus más queridas creaciones, la suma de sesenta mil francos.

A la Asociación de Médicos del Departamento del Sena, otra obra suya por la que sintió gran cariño, le donó cincuenta y tres mil doscientos francos.

Fundó en la Academia un premio bienal de dos mil francos, con el fin de estimular la investigación, asegurando al efecto una renta, al tres por ciento, de mil francos anuales.

Dispuso que los premios de 1855 y 1857 se otorgaran a temas de Toxicología, el de 1859 a un tema de Medicina Legal, y así sucesivamente. Pero dejó en libertad a la Academia para que a partir del año 1901 fijara los temas que estimara más oportunos.

A esto hay que añadir todavía algunos legados. Mil francos a la Escuela de Farmacia de París. Dos mil doscientos francos a la Escuela de Medicina de Angers y mil a la de Burdeos. Adquiría asimismo otros compromisos para durante su vida.

Todo ello quedó consignado en su testamento, otorgado el día 1.º de enero de 1853. Tres días más tarde lo comunicaba el propio Orfila al Ministerio de Instrucción Pública. En la misma fecha leía él, personalmente, el testamento ante la Academia de Medicina.

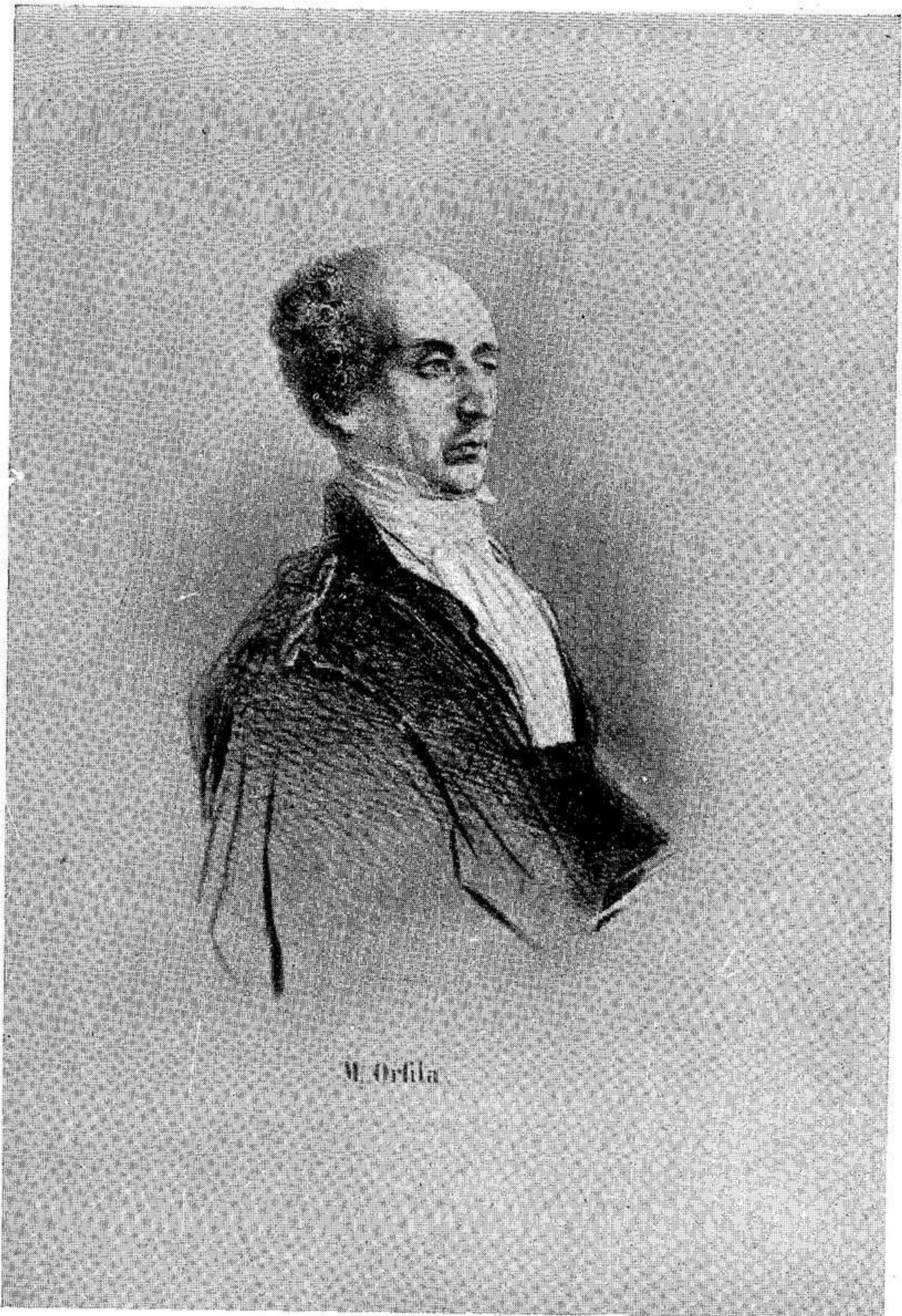
Eran sus actos de despedida. Ya estaba dispuesto a morir del todo, a acabar de morir. El desenlace no se hizo esperar mucho. Dos meses, tan sólo.

El 5 de marzo, a la salida de una asamblea general de accionistas de la compañía *Chemin de Fer du Nord*, Orfila enfermó. Fué su primera y última enfermedad la pulmonía que le arrebató a la convivencia entre los hombres. Murió el 12 de marzo y su cuerpo fué inhumado el día 16.

La oleada de odio contra él había pasado y sus grandes méritos volvían a ser reconocidos. La Francia oficial, el Imperio napoleónico revivido, se unió al dolor de la multitud y le tributó solemnes honras fúnebres. No menos de ocho discursos se pronunciaron ante su tumba en el momento de dejarle en ella. Egregias personalidades levantaron la voz en la triste ceremonia, en representación de la Iglesia, de la Facultad de Medicina, de la Academia de Medicina, de la Escuela de Farmacia, de la Sociedad Médica de Emulación, de la Asociación de Previsión de Médicos de París, de los estudiantes de Medicina y del Gobierno Imperial. Esta última repre-



Orfila sometiendo un perro a sus experimentos. Bronce-caricatura de Dantan (1838) que se conserva en el Museo Carnavalet, de París.



Retrato-caricatura de Orfila publicado en el periódico parisién *Le Charivari* el día 22 de abril de 1841.

sentación la ostentaba el Ministro de Instrucción Pública, Conde de Salvandy.

En el cementerio de *Montparnasse* descansan los restos mortales de Orfila. El monumento funerario que los contiene está coronado por una pirámide en una de cuyas caras un medallón de mármol encierra su nombre.

Esta sola palabra, ORFILA, está dotada para nosotros de un mágico poder evocador. Ella basta para hacer desfilar ante nuestra vista la serie de imágenes que quedan esbozadas. Nos detenemos en la última, en la escena del entierro.

Ahora, a los cien años, nos trasladamos con el pensamiento a *Montparnasse* para rezar ante su tumba.

Acabada la oración, en la soledad del cementerio van surgiendo sombras y más sombras, hasta componer el fúnebre cortejo congregado aquel 16 de marzo de 1853.

Y, por encima de la espectral multitud que nuestros ojos contemplan, se levanta, como un eco del pasado, la voz de Salvandy que, clara y autoritaria, todavía nos ordena:

HONRAD SU MEMORIA.

IMITAD SU VIDA.

ORFILA EN SUS RETRATOS

Como una película de la vida de Orfila pasan aquí ante el lector, en serie algo copiosa, aunque incompleta, algunos retratos suyos. No son todos, pero sí los suficientes para que nos formemos una idea de cómo fué físicamente Orfila en las distintas épocas de su vida. Por este medio gráfico le acompañamos en ella desde la juventud hasta la muerte, completamos el estudio que de su persona y de su obra hemos podido hacer y, en definitiva, trabajamos con Orfila una amistad personal duradera.

Le vemos y le tratamos a lo largo de más de cuarenta años; de cuarenta y cinco, podemos decir con exactitud. Lo que ocurre es que estos cuarenta y cinco años se condensan para nosotros, hoy, en un breve rato, en el espacio de unas horas.

La presentación se la debemos a Lacoma. Su primer retrato (Lám. IV) ha sido ya comentado en el texto de este estudio. Repitamos que es un retrato prometedor. Orfila, en la primavera de la vida, aparece ante nosotros con rasgos

característicos muy acusados. No olvidemos que este cuadro es el primer ensayo de Lacoma como pintor de retratos. Un ensayo que le duró seis días. Sabido esto, convengamos en que lo hizo bastante bien y que demostró ser un pintor inteligente. Al iniciarse en el género, nuevo para él, tenía ideas perfectamente claras de lo que un retrato tiene que ser: una imagen no sólo física, sino psicológica. Creo que Lacoma la logró.

Este Orfila estudiante, de veintiún años de edad, pero muy adolescente todavía, casi aññado, absorto en el estudio del libro que sostiene, demuestra en su cara una gran serenidad, una gran confianza y una gran firmeza. Estamos, recordémoslo, en 1808, en el momento en que Orfila queda aislado en París y sin recursos.

El retrato sintetiza a la perfección el momento. Orfila se entrega al estudio con mayor pasión, si cabe, que la ya demostrada, con ser mucha, y conserva la mayor serenidad ante el peligro que para su porvenir se presenta. En su cara se trasluce la confianza en sí mismo, que jamás le abandonó, y la firmeza con que desde los primeros años se aprestó a hacerse sitio en el mundo, a luchar con la circunstancia y a alojarse en ella, imponiendo su personalidad, a lo largo de la trayectoria vital, con el dramatismo que ya conocemos.

Este bello retrato se conserva en Francia, en poder de los descendientes de Antonio, el hermano de Orfila.

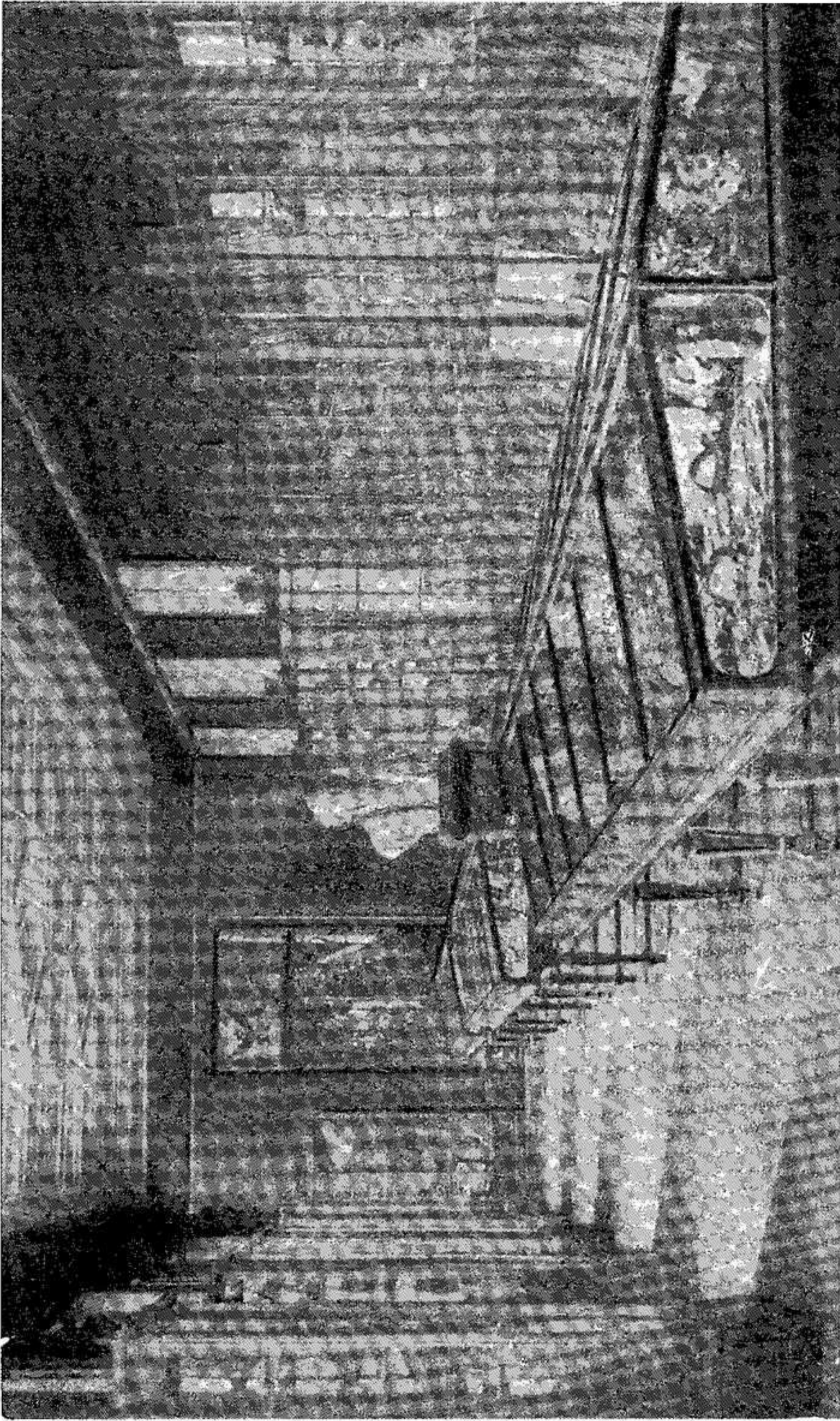
Han pasado unos años. Estamos en, 1812, en 1813, en 1814 tal vez. El segundo retrato, obra también de Lacoma, según la tradición familiar, nos presenta un nuevo Orfila, no ya muchacho, como el anterior, sino joven. Es el Orfila doctor en Medicina, profesor privado, investigador, descubridor de los principios de la Toxicología, cantante afortunado y hombre de mundo. Es aquí una figura típica de los comienzos de la Restauración. (Lám. VI).

Nos mira tranquilo y sosegado, como si no sintiera la

menor fatiga, como si no hubiera hecho el más pequeño esfuerzo. Y, sin embargo, sabemos del ímprobo trabajo que por aquellos días le cuesta la creación de su *Traité des Poisons*, de sus innumerables noches en vela, de sus experimentos sobre cuatro mil perros.

Este retrato fué, con toda probabilidad, el enviado a su hermana Bárbara en 1815 y comentado en una carta ya citada. ¿No le gustaría a Orfila esta obra por tantos conceptos estimable? ¿Acaso sus palabras fueron un mero juego de ingenio? Puede que sea así. Lo cierto es que el cuadro, de muy bella factura, nos parece hoy de los más logrados entre los que a Orfila hacen referencia. Lo físico y lo psicológico aparecen también aquí perfectamente conjugados. Orfila se ha hecho hombre. En su cara han aumentado las dosis de serenidad y de confianza. Ya no mira un libro para estudiar. Son otros sus estudios. Ha descubierto un secreto trascendental y en él piensa ahora. Acaso por esto se nos muestra un tanto impasible, menos expresivo que de costumbre. Es probable que con esta fría serenidad no tuviera los éxitos sociales que tiene. Y es probable también que al mirarse en el retrato como en un espejo se encontrara él mismo un tanto inexpresivo y no se acabara de gustar. Vanidad de joven. ¡Eran veintitantos años los suyos! De aquí sus palabras. . . *no creo que sea sumamente parecido porque las señoritas de esta tierra prefieren muchísimo más el original.* Claro; las muchachas francesas no veían en los salones a la hermosa esfinge que Lacoma vió, sino que ante ellas la esfinge se animaba y se convertía, simplemente, en un hombre joven, vivaz y ocurrente, estimulado por la compañía y la charla de las bellas amigas. Por unas horas, la ciencia de los venenos desaparecía de su campo visual y Orfila no miraba como ahora nos mira desde el óvalo en el que Lacoma lo colocó; es decir, sin vernos.

Al comentario un tanto despectivo por esta obra, en rea-



Una vista del Museo Orfila, en París

hoy a D.^a María y D.^a Adelaida Saura Travesí, descendientes, como se ha dicho, de D.^a Bárbara Orfila.

La cuarta imagen de la colección (Lám. XI) ya no es obra del pintor catalán, sino de un gran artista francés, David d' Angers. Tampoco es obra pictórica, sino escultórica. Se trata de un medallón, reproducido en su tamaño natural, propiedad de la familia Orfila, en Francia. David d' Angers había esculpido numerosos medallones de este tipo. En el presente, se nos muestra a Orfila de perfil. Los rasgos observados en los tres retratos de Lacoma tienen aquí la más plena confirmación. La cabellera, la frente, la nariz, la boca, la expresión toda, son las mismas. Estamos todavía ante un Orfila joven, aunque, probablemente, de algo más de veintiocho años. La fecha exacta, por ahora, no la puedo precisar. Estimo que no es suficiente dato la de 1826 que se ve en una reproducción en bronce que se conserva en el Ateneo de Mahón. De ser la fecha cierta, Orfila habría tenido treintinueve años. Tengo mis dudas.

De todas maneras, creo que es éste el lugar que corresponde al medallón de David d' Angers dentro de la colección iconográfica que presento y en la cual he procurado seguir un orden cronológico lo más aproximado posible a la verdad.

Resumiendo la impresión que la imagen de Orfila que David d' Angers nos ha dejado nos produce, podemos decir que no se trata ya de una imagen familiar, como resultan ser las hasta ahora examinadas, sino de una imagen para la historia. Por primera vez, en el medallón que tenemos a la vista, Orfila posa para la posteridad.

A la quinta imagen que presento le he puesto como pie: Orfila, figura romántica. No es que sea la única imagen romántica que de él tenemos, pues como se verá son varias en esta colección las que encajan dentro de tal estética. Pero es, acaso la que presenta más acusadas características de ambiente romántico. Se trata de un aguafuerte de autor desco-

nocido, cuya reproducción se guarda en el Instituto de Mahón. El bibliófilo mahonés Don Juan J. Vidal y Mir coleccionó otro ejemplar que conserva su hijo Don Francisco Vidal Sintas.

En este aguafuerte, la edad de Orfila ha de ser, poco más o menos, la de cuarenta años. Por tanto su proximidad al 1830 explica su fuerte sabor romántico. Los elementos adicionados al óvalo en el que Orfila está representado completan el ambiente.

En la cara de Orfila, todavía juvenil, se observa una mayor seriedad y un ligero tono de fatiga. No en vano ha trabajado tanto y ha producido la casi totalidad de sus libros fundamentales y una buena parte de sus monografías.

El retrato número seis (Lám. XIV) corresponde al momento culminante en la vida de Orfila. Ya es Decano de la Facultad de Medicina de París. Así es que el grabado de Bertonnier data, por lo menos, de 1831, aunque también puede ser un poco posterior. En esta imagen, la edad mínima de Orfila ha de ser la de cuarenticuatro años, si bien por lo que acabo de decir, es posible que tenga alguno más.

Su cabellera y su atuendo son los mismos del retrato anterior, pero su cara se ha afilado algo, se ha hecho más grave. En el desarrollo de su programa ha consumido nuevas energías y sobre él pesan desde ahora graves responsabilidades. Lleva un cuarto de siglo en Francia y mira a todos desde una considerable altura. ¡Respeto! *C' est le Doyen!*

La reproducción ha sido tomada del ejemplar de la colección del Instituto de Mahón. El Sr. Vidal Sintas posee otro. Y también se encuentra el grabado de Bertonnier en la Biblioteca Nacional, de Madrid.

El grabador Maurin nos ha dejado de Orfila la misma visión que tenía Bertonnier (Lám XV). Con la diferencia de que en su grabado, perfecto de línea y de expresión, el Decano viste traje académico.

Esta séptima imagen de la colección es de las más bellas y decorativas. Contribuye a ello su mismo tamaño. El busto de Orfila mide 22 cm. de altura. La reproducción se ha tomado del ejemplar del Instituto. El Abogado Don Juan Francisco Camps Morga posee otro ejemplar.

Réplica del grabado de Maurin, debida a autor desconocido y poco hábil, es la que presento en la Lámina XVI, número ocho de la serie. Se ha tomado de la colección del Instituto. Se ha esquematizado en ella la figura de Orfila y ha perdido mucho de su expresión. Resulta la menos aceptable de las ilustraciones de este trabajo.

Y aquí damos un salto en esta colección iconográfica. De un Orfila con abundante cabellera, en la que solo empiezan a señalarse unos entrantes, pasamos a un Orfila calvo, con una calvicie que se extiende por toda la parte central de su cabeza. Esta pérdida capilar ha tenido que producirse entre sus cuarenticinco y sus cincuenta años o poco más.

A este momento corresponden los retratos números nueve y diez que presento (Láms. XVII y XVIII). El primero de ellos es debido a Belliard, siendo la litografía de Delpech. Se ha reproducido de un ejemplar cedido para ello por Don Jaime Mir Seguí, catedrático. Otro ejemplar se encuentra en el Centro de Higiene de Mahón. El busto de Orfila mide 21 centímetros de altura. De este retrato existe una edición más reducida, en la que el busto de Orfila no mide más que 8'5 centímetros de altura. Se encuentra en las colecciones del Instituto, Vidal Sintas y mía.

El segundo, litografía de Paul Petit, se puede decir que es igual al primero. La única diferencia consiste en que, en uno, Orfila mira a la izquierda, y en el otro mira a la derecha. Además, en el segundo el nombre de Orfila es la reproducción de su firma autógrafa, en tanto que en el primero va en caracteres de imprenta. Este casi duplicado se ha tomado



Orfila, miembro del Consejo Real de Instrucción Pública.
Retrato de H. Scheffer.

operan sobre el animal, en el que tiene fija la mirada. Los músculos de su cara se contraen en una mueca propia de un momento de máximo interés en el trabajo que le absorbe. A través de la piel, se dibujan unas venas. La boca se ha dilatado por la contracción de las mejillas. La nariz aparece más larga y curvada que de costumbre. El adelgazamiento se ha exagerado para conseguir el efecto y éste, no se puede discutir, es pleno. Para acabar de ambientar la escena, una porción de figuras alegóricas completan el conjunto, decorando la mesa del operador. Dantan estuvo del todo acertado en su interpretación de Orfila.

A su caricatura sigue otra caricatura. El retrato número catorce (Lám. XXII). Pertenece a la colección del Instituto. Como ya dice el pie, se trata de un retrato-caricatura publicado en el diario parisién *Le Charivari* el 22 de abril de 1841. Es una lástima no conocer el nombre del autor de esta visión caricatural que tiene aire de haber sido muy certera. La fecha de 1841 nos sitúa bien en la vida de Orfila. Tenía cincuenta y cuatro años. El dibujo corresponde, pues, al año siguiente al del proceso Lafarge.

Este Orfila adusto, duro de expresión, erguido, un tanto dominador y algo altanero, debió de ser el Orfila que el público de las salas de Audiencia veía comparecer ante los tribunales para dictaminar en las causas por crimen. Éste el Orfila terror de envenenadores, el que petrificó de espanto a María Capelle en su asiento al terminar el discurso fatal. Esta imagen, para cobrar toda su vida, tendría que ir acompañada de algunas de las frases terribles del médico-legista: «...je dois dire que nul doute ne peut rester sur la nature des »matières que nous avons obtenues. L'arsenic métallique a »été recueilli sur des assiettes, et la commission composée de »trois personnes à laquelle avaient été adjoints tous les autres »experts, sera, je n'en doute pas, unanime sur ce fait, que le »métal obtenu sur les capsules est de l'arsenic».

Mientras el discurso sigue, miramos al orador. Orfila termina:

«Aucune autre substance connue, ne réunissant l' ensemble de ces caractères, je dois conclure que cette matière est de l' arsenic».

«Voilà, Monsieur le Président, le rapport de la mission que la Cour a bien voulu nous confier».

Una gran ráfaga de emoción romántica agita al público después de estas palabras que dan escalofríos a los espectadores del drama.

Del busto de Orfila que decora el museo de su nombre no nos podemos formar idea a través del fotograbado de la Lám. XXIII y así no lo contamos entre los retratos presentes.

Corresponderá, por tanto, el número quince al cuadro de H. Scheffer, reproducido en la Lám. XXIV. Orfila, Miembro del Consejo Real de Instrucción Pública, en gran traje de ceremonia se nos presenta aquí de la manera más solemne que le podemos imaginar. Su rostro ha cambiado de expresión. No tiene la contracción que da el trabajo cautivador y absorbente del laboratorio, con sus operaciones delicadas, ni la dureza del papel de descubridor de crímenes ante la Justicia. Muy al contrario, Orfila se nos muestra plácido, sereno, en posesión de la tranquilidad más absoluta. Ni su sangre se agita ni sus nervios están en tensión para asistir al acto oficial al que ahora acude. Pero en esta mayor placidez hallamos menos expresión, menos vida. Lo que el cuadro gana en elementos decorativos, por el magnífico atuendo del personaje, lo pierde en valor humano. La verdad es que este Orfila queda un tanto inexpresivo.

No obstante, este cuadro, perteneciente a la familia Orfila, de un modo concreto a Madame de Chapel d' Espinassoux, Orfila de nacimiento, ha quedado como una especie de imagen oficial del sabio para la posteridad, y como tal se

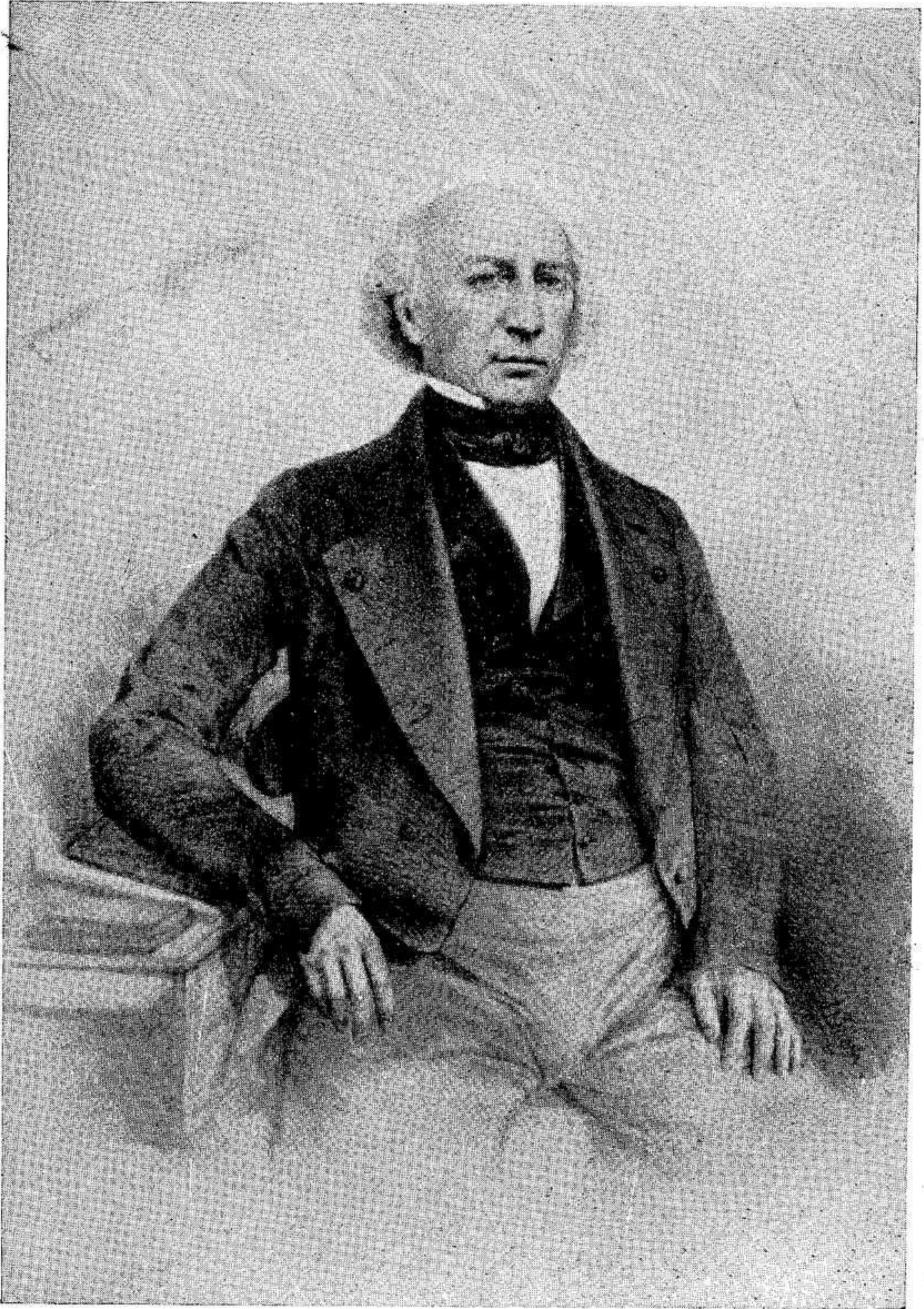
ha reproducido infinitas veces. *La Ilustración Española y Americana* lo dió a conocer, a toda página, en el año 1879; el propio Chapel d'Espinassoux lo publicó en 1914 en *La Revue Hebdomadaire*, entre las ilustraciones con que acompañó el fragmento de la *Autobiografía* titulado *La jeunesse d'Orfila*; en París se ha utilizado para una edición de tarjetas postales; y, para no poner más ejemplos, en la *Enciclopedia Espasa* ilustra la biografía de Orfila.

Una imagen mucho más viva, mucho más jugosa es la que nos ofrece el retrato al que corresponde el número diez y seis (Lám. XXV).

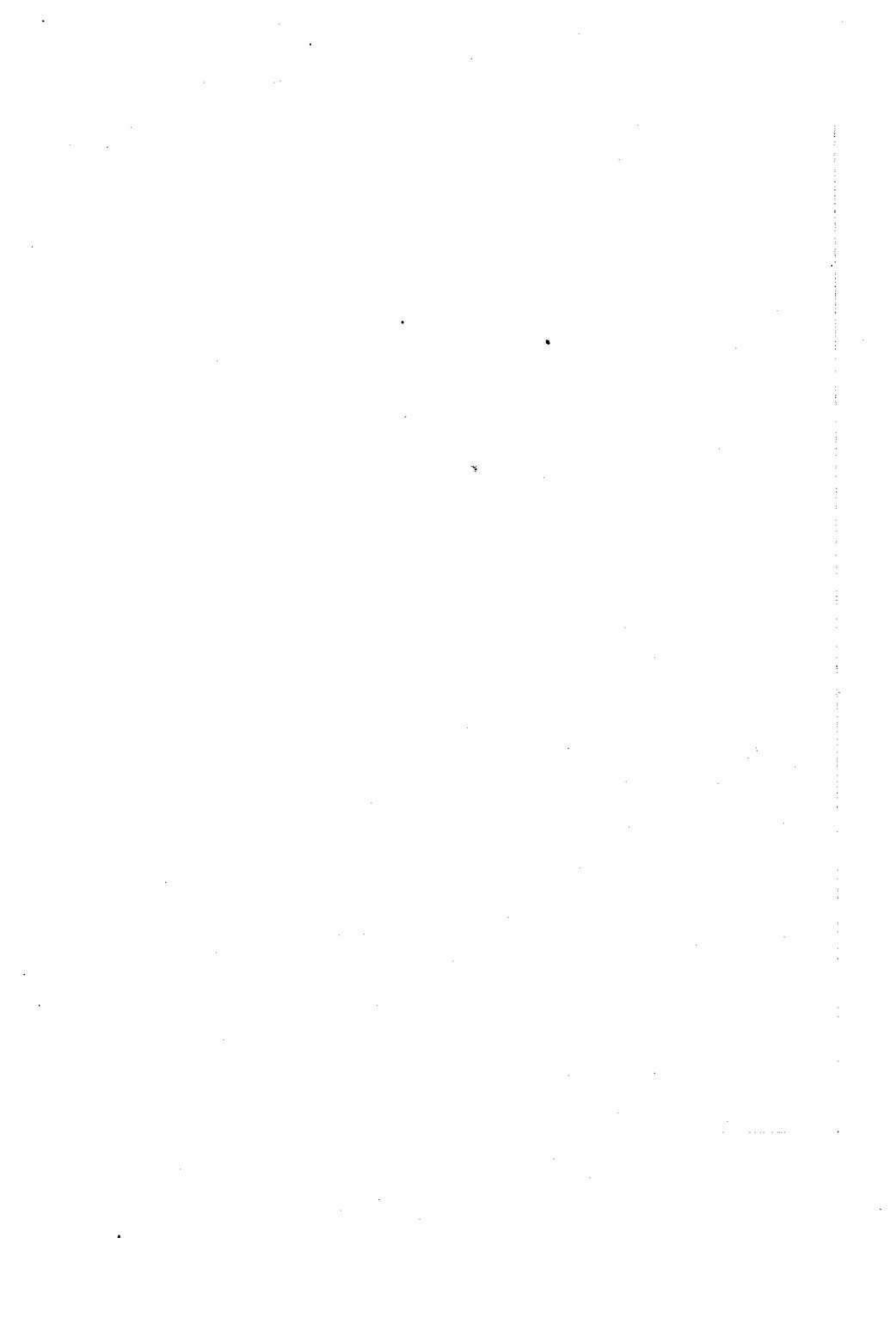
Se trata de un grabado de autor desconocido que representa a Orfila sesentón. Su calva, un poco más amplia que diez años antes, parece que se ha estabilizado. Sus cabellos han vuelto a crecer y forman alrededor de la cabeza una melena completamente blanca; es posible que un poquito más blanca que la que pintó Scheffer en el cuadro anterior. Orfila ha sido representado de más de medio cuerpo. Está sentado, de frente, algo ladeado hacia su izquierda. Su traje es el de mediados del siglo XIX. Viste frac y chaleco con solapas. Su rostro refleja gran serenidad y en su mirada hay algo de socarronería.

Entre todos los retratos que de él conocemos, éste es el único en que Orfila toma aspecto de hombre de negocios. Se nos antoja que así, y no de otra manera, le verían sus compañeros de junta en las reuniones del *Chemin de Fer du Nord*.

No podemos precisar la fecha en que este retrato se hizo. ¿Había pasado ya la tormenta del cuarenta y ocho? Es probable. En este caso, para Orfila, la calma había renacido ya. Los actos de desagravio habían contribuido a serenarle y empezaba a desentenderse de las cosas de este mundo. Vive de recuerdos. Este Orfila es para mí el hombre acabado, el del programa cumplido, el que puede poner, como él lo hizo, con perfecta lucidez en sus actos, rumbo a la muerte, su



En el umbral de la senectud. Retrato de autor desconocido



única meta. O, sea, en resumen, el Orfila más completo de todos, el Orfila integral en el que se condensan toda su vida y toda su obra.

El grabado reproducido fué impreso por Lemercier, formaba parte de una obra en folio, de carácter biográfico, que no puedo determinar por conocer tan sólo unas hojas sueltas, relativas a Orfila, y pertenece a la colección del Instituto. En la colección Vidal Sintas hay otro ejemplar.

De la imagen descrita, o de alguna otra similar, debió tomarse modelo para el medallón de mármol que decora la fachada de la casa natal de Orfila (Lám. II) y que llamaremos retrato número diez y siete, obra escultórica difícil de observar por la altura a que se encuentra colocada.

Mi serie iconográfica de Orfila termina con el retrato debido a Esquivel, que hace el número diez y ocho (Lámina XXVI). Es un retrato también muy reproducido y divulgado, que durante muchos años formó parte de la Galería de Menorquines Ilustres, del Ayuntamiento de Mahón, y que hoy se custodia en nuestro Museo Provincial de Bellas Artes.

Antonio María Esquivel fué el gran pintor romántico de retratos que tuvimos en España. De obra copiosa y desigual, produjo algunas piezas maestras. No forma, en verdad, grupo con ellas el retrato de Orfila, aunque merezca una excelente calificación.

Esquivel nos ha dejado en este retrato un Orfila en actitud demasiado académica, un tanto acartonado y convencional. El convencionalismo llega al extremo de rodear su cuello con las insignias de Comendador para dejarle sentado y leyendo un libro. La condecoración sobra y perjudica al cuadro dándole un tono de afectación inadecuado. Sin ella, el retrato ganaría en naturalidad, que es tanto como decir en humanidad. La frialdad del rostro aun sería tolerable.

Pero, en síntesis, el Orfila de Esquivel resulta más estatua que hombre. Según una concepción propia del quinto de-

cenio del siglo pasado, es de una teatralidad artificial que se estimaba necesaria para quedar ante la Historia. Mas la Historia en nuestros días exige que las estatuas vuelvan a ser hombres (1).

Como curiosidad local, publico también el dibujo de unos títulos que emitió el Banco del Comercio, de Mahón, títulos que no llegaron a circular y cuya composición y dibujo se había encargado a mi padre (Lám. XXVIII). En libertad de acción para ello, quiso rendir un homenaje a Orfila y colocó en un círculo su retrato, hecho a pluma y tomado del cuadro de Esquivel. El dibujo de los títulos de referencia fué hecho en 1910, según mi personal recuerdo.

Para terminar este capítulo, y con el fin de contribuir a evitar futuras confusiones, he de hacer alusión a un falso Orfila, a un retrato de Madrazo que pasa por ser de Orfila y no lo es.

El Marqués de Lozoya, en su *Historia del Arte Hispánico* (2), hablando del pintor Don José de Madrazo y Agudo, dice: «Pocos retratos se pintaron en el siglo XIX tan bellos »como el del médico Orfila (fechado en 1827)...» Añade que se conserva en una colección particular. El párrafo va ilustrado con una reproducción del retrato. De la calidad del mismo nada hay que decir después de leído tan autorizado concepto como el transcrito. En cuanto a la identificación del personaje hay que rechazarla en absoluto. Creo conocer lo bastante a Orfila para no equivocarme. El hombre retratado por Madrazo no se parece en nada a Orfila, ni por sus ojos, de mirada apagada, ni por su nariz recta, ni por su boca, ni por su barbilla, ni por su peinado, tan distinto del que Orfila usaba por aquellas fechas.

(1) Expresión feliz del Duque de Maura en el título de uno de sus recientes libros.

(2) Tomo V. pág. 249.

Tuve ocasión de tratar personalmente del caso con el Marqués de Lozoya y sus manifestaciones confirmaron la calificación del cuadro, pero sin poder aclarar la identificación, por no conocer a Orfila y haber tomado como buena la que le dió el coleccionista poseedor del retrato.

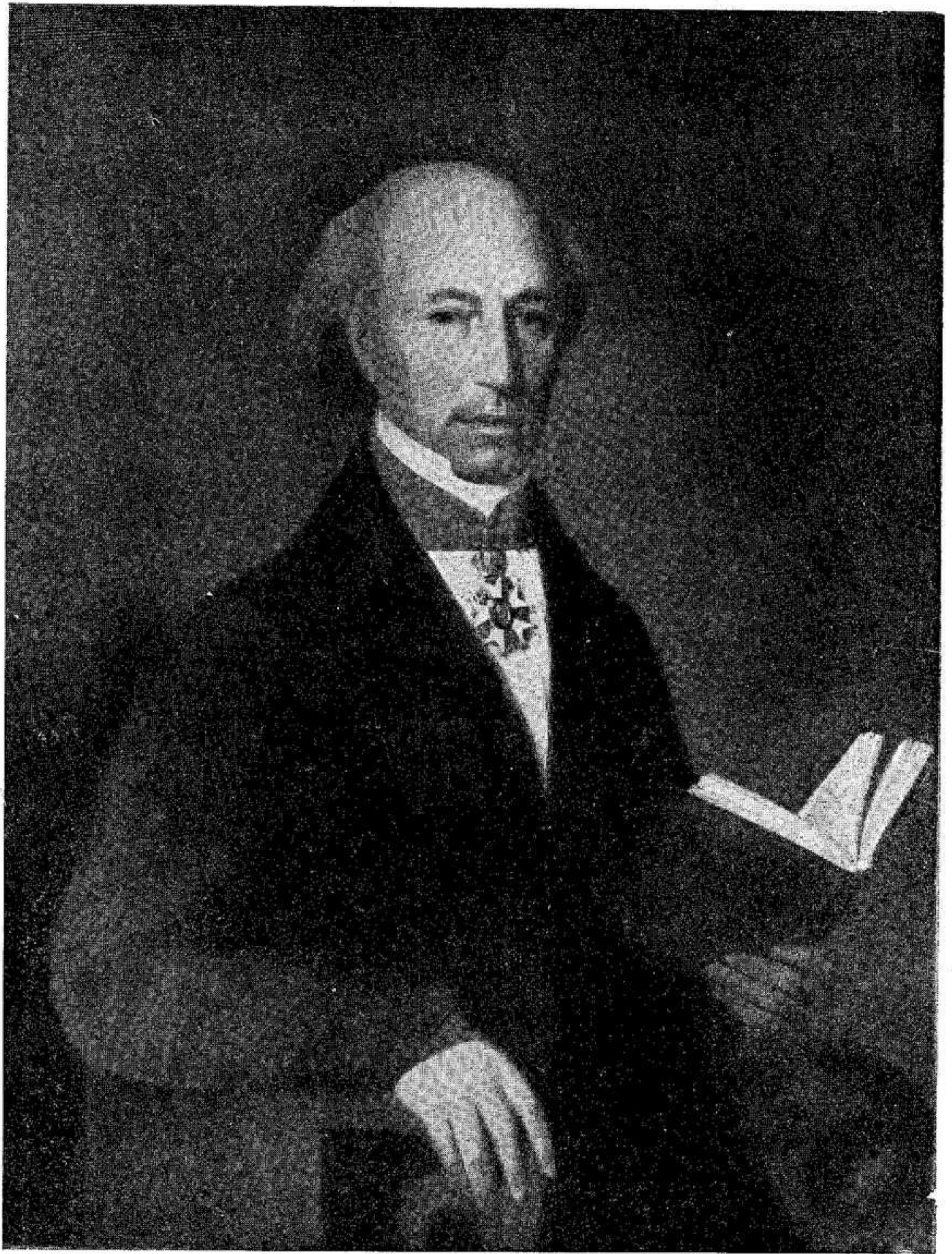
Este coleccionista es el Dr. Don Pablo Sala, según había hecho público el Dr. Fernán Pérez en un artículo sobre Orfila publicado en el *Boletín Cultural e Informativo del Consejo General de Colegios Médicos de España*, en su Núm. 40, correspondiente al mes de enero de 1951. Entre los grabados que ilustran este artículo figura el retrato de Madrazo, que Fernán Pérez da también, erróneamente, como retrato de Orfila.

EPISTOLARIO DE ORFILA

De las numerosas cartas que de Orfila se conservan me ha parecido oportuno dar aquí una pequeña selección, escogiendo entre los textos epistolares algunos de los que tienen mayor valor autobiográfico. Habría sido fácil ofrecer una colección mucho más extensa, pero las dimensiones que va tomando este trabajo que considero provisional, aconsejan abreviar.

No es la primera vez que estos documentos atraen mi atención. Ya en 1922, y bajo el título de *Más cartas inéditas de Orfila*, publiqué nueve de ellas en el *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*. Mi trabajo fué reproducido en la *Revista de Menorca* en 1928. En la introducción daba cuenta de otras cartas de Orfila publicadas, de modo disperso, por distintos eruditos y en variados lugares. No hace falta repetir lo dicho.

En cuanto a las publicadas por mí, me fueron facilitadas por los que eran entonces sus respectivos poseedores, D. Juan de Vidal y Olivar y Don Juan Saura y Travesí.



Orfila interpretado por Antonio M.^a Esquivel.

De las dos copiosas series de estos documentos privados y autógrafos de Orfila, la primera, la de Don Juan de Vidal, ya no se encuentra en Mahón, puesto que su hijo y heredero Don Juan de Vidal Sintas, la transfirió hace pocos años a un pariente suyo, de apellido Llambías, residente en América, y allegado más directo del Dr. Don Antonio Llambías, destinatario de las tales cartas y sobrino político de Orfila, como ya sabemos.

La serie perteneciente al Sr. Saura Travesí es la que conservan hoy sus hermanas. Es una extensa colección, pero la gran mayoría de las cartas que la componen tienen un interés exclusivamente familiar por lo que no añaden nada al conocimiento de Orfila ni creo que deban darse a la publicidad.

La colección Saura había sido utilizada anteriormente por mi padre, que de ella copió sus *Tres cartas inéditas del insigne mahonés Doctor Orfila*, publicadas en 1899 en la *Revista de Menorca* y, en tirada aparte, en folleto de gran formato.

La correspondencia familiar de Orfila resulta bilingüe en los primeros años de su ausencia, pues lo mismo escribía en español que en la propia lengua vernácula. En Francia sigue practicando este bilingüismo epistolar hasta su acceso al profesorado oficial. A partir de este momento, puede decirse que se regulariza en Orfila la costumbre de redactar sus cartas en francés.

Las que a continuación inserto, en su totalidad o sólo en la parte que estimo útil, van acompañadas de las más precisas indicaciones.

CARTA N.º 1.

Inédita. Colección Saura Travesí.

Mahón. Sor. Dn. Antonio Orfila.

Valencia, Mayo 31 de 1805.

Querido Padre:

Satisfaciendo a su apreciada de 20 del corriente, recibida en este instante, le diré haverle escrito otra fha. 22 del mismo, la que remitía con Juan Seguí, y por haberla olvidado la habrá Vd. ya recibido por el correo.

En ella le decía había tenido el sábado 25 del mismo la oposición a las Conclusiones *pro Cathedra* con otros 5, y habían tenido a bien todos los Cathedráticos elegirme a mí como defensor de ellas. Este es el premio que da la Universidad al estudiante que mejor le parece; consiste en 8 Duros, pero de aquí se han de pagar la Impresión y el Theatro que es el lugar donde se tiene el acto (de lo qual informará Juan Seguí), todo lo qual (por haber querido Dn. Thomás, y por tener yo sugetos muchos de suposición conocidos) ha hecho que se imprimiesen 40 exemplares de Conclusiones, pues a todos ha querido convidara, de modo que entre gastos de una y otra parte sube a 5 D.; sobran aun 3, pero qué? querido padre? El honor que hace esto, la certificación que da no solo la Universidad, si bien toda la ciudad mandando a todas las Universidades

vaya le tengan una atención particular. No extrañe Vd. sea poco premio, pues entre una y otra aula hay más de 60 que dar, y a más que el premio que dan a los Medicinantes consiste quando dan el grado qe. al mejor lo dan gratis, siendo así qe. vale cerca de 200 Duros. Consiste todo en el honor. Se están imprimiendo las Conclusiones, no sé que día defenderé, al otro correo mandaré a Vd. un exemplar si lo tiene Vd a bien.

Tengo 4 argumentos de 4 Cathedráticos: *Félix Miguel, Llombart, Tatay y Viñes*, íntimos de Hernández (1). Hay muchos condiscípulos míos qe. quieren defender Conclusiones pagándose ellos aquellos 5 Duros de gastos, y sin darles certificación alguna, a los quales no arguyen Cathedráticos, sólo sí condiscípulos. A 6 tengo que arguyr en 3 días, viernes, sábado y domingo, 7, 8 y 9 de Junio, no será malo esto para empezar a aprender como se sale en un público y principalmente en actos semejantes.

Un sugeto particular, deseando se adelantasen los estudiantes, ha ofrecido un premio de 8 Duros al qe. mejor lo hará de nosotros; serán las oposiciones entre 15 y 20 de este mes qe. entramos; otro y yo estamos hasta la presente firma-

(1) Se refiere indudablemente a Don Rafael Hernández Mercadal, distinguido médico mahonés, nacido en 1779, y autor de numerosas obras. Se doctoró en 1806 en Montpellier. El tono familiar de la cita induce a creer que es él el aludido. De no ser así, tendría que referirse Orfila al padre de Rafael Hernández, o sea el ilustre botánico y farmacéutico Andrés Hernández que, en la fecha de la carta, contaba ya sesentiún años de edad. Ambos podían tener amistad con los catedráticos de Valencia.

dos para oponernos, no sé los otros que harán; esto como lo hace un particular va con muy poco rigor, pues ni menos dan Certificación, sin embargo no quiero dexarlo.

Vd. ya sabe que donde hay Médicos nunca hay paz. Se ha movido en esta ciudad un alboroto que voy a exponer.

Estaban vacantes dos Cathedras perpetuas de Medicina a las quales solo se opusieron dos, Pizcueta y otro; pues todos los demás por no tener aquellos actos, grados y ciencias auxiliares no pudieron oponerse; es de buen pensar que cada uno de los dos se había de llevar su Cathedra, pues dos, dos Cathedras. Hechas las oposiciones y a punto de votarlas (que habían de executar ante ayer) llega una Orden del Rey: *Suspéndase*, cuya orden fué a instancia de los demás Médicos de Valencia que queriendo oponerse escribieron a la Corte, diciendo que esto era una picardía, que aunque no tubiessen Actos ni Grados pretendían saber tan bien la Medecina como ellos, que ellos eran unos borricos, y prueba de esto que ningún estudiante de ellos sabía una palabra, y que por consiguiente suplicaban ser admitidos. Ya se ve dicen esto pa. persuadir al Rey. Corre el proceso, y creo durara muchos meses.

Pizcueta y Albiol (que es el otro), Cathedra-
ticos interinos de estas mismas Cthedras vacantes, han dicho que tanto pa. su honor como el de la Universidad como el de los Discípulos habían de escoger 4 ú 6 Discípulos, ponerlos al Theatro un día determinado, y avisar a toda Valencia, sea Médico, Cirujano, Boticario, Frayle, Cape-

llán, qualquier otro particular, de que ahí tienen 4 Discípulos que darán razón a cualquiera, unos de Química (que somos nosotros) y otros de Fisiología. Pizcueta me ha llamado a mí diciéndome había de salir, y que al mismo tiempo le informara yo que. Estudiantes juzgava yo eran mejores para completar los 4 ú 6, se los he dicho y hemos quedado convenidos, pero no se sabe aun el día. Acto que es el único que me horroriza, pues me parece ha de haber mucha disputa a motivo de que estoy entendido que todos los que han hecho la representación contra ellos quieren arguyr; pero en fin alla veremos. *Morte, Acos, Matoses y Muños* son los Xefes de la representación; lo puede V.d. decir a Hernández.

Saliendo de todo esto, este mismo mes en que entramos hago ánimo de tomar el grado de Filosofía y Matemáticas cuyo grado sube a 50 Duros, pero sin él no se puede tomar el de Medicina...

.
(La carta queda interrumpida por falta del siguiente pliego).

CARTA N.º 2.

Inédita. Colección Saura Travesí. Suprimo un párrafo sin interés.

Maho. Sor. Antoni Orfila.

Bna. Dbre. 20/805.

Mon estimat Pare: Satisfent a la sua apreciada de 6 del corrent li diré tenir rebut del P.º Jph. Netto 50 Duros pta. (dels quals 26 ne he entregat a Pons de Mercadal) un *Spelling book* y 4 parell calsas qe. me ha entregat el Nostramu del correo.

Es incalculable la alegría que me ha causat el feliz arribo en 12 del corrent de mon Mre. Sor. Cook; no ha pogut efectuarse el qe. haje estat en compañía mía, pues el Sor. Roca (resident encara aquí) ha volgut estigués ab ell; lo he tingut 4 vegadas a dinar; li he fet coneixer mos amichs sabis qe. conech, de los quals ha fet un particular elogi; los he fet comprendre las qualitats qui caracterizan el Sor. Cook, los quals han quedat molt contents de poderlo coneixer y tractar fentne el particular elogi qe. mereix; podrá ell informarlo si tench medis o no per adelantar en esta, tenint tan coneguts los subjebtes de merit; li dirá la colecció de llibres que he procurat fer meus si son exquisits y bastants en nombres, ma conducta, mon modo de pensar en qt. a los adelantaments y en fin qe. (mal me está el dirlo)

crech qe. me aprecian los subjectes que tract, i que no son tan mal empleats los diners que va gastant.

.
 Quan estava per llogar un esqueleto (es a dir tots los ossos del cos humà junts, qui formen tota una calavera) me n' a empritada una per tot el temps que vulga, D. J. Ameller, favor gran, pues hauría degut pagar per llogarlo 5 ó 6 Duros, y encara no sé si la hauría encontrada; es tant indispensable el tenirla que la tinc al capsal del llit sols per tenirla sempre devant; ja li podrà dir Cook y Amorós.

Havem liquidat dit Sor. Cook y jo tots los comptes. Estich mol content de lo que me diu de Antoniet mon germà; ja he cobrat les deu pesetas de la mel. Exps. de tots los de casa de Fiol y Vd. a la mia mara, germana y germà diguia lo qe. es propi de un qui ab tota sinceritat los ama, y es, com de Vd. segr. y humil Sor.

Son fill

Mateu Orfila.

CARTA N.º 3.

Inédita. Collección Saura Travesí. Suprimo dos párrafos sin interés.

Mahó. Sor. Antoni Orfila.

Bna. Matx 9 de 1806

Mon Estimad Pare: Satisfent a sas dos apreciadas rebudes ab los del correo del P.º Neto diré a Vd. me he alegrat infinitamt. sabrer de Vms. qe. temps havia no havia sabut.

Está tant abandonada aqui en España la facultat de Médico, de Cirujano y de Médico-Cirujano qe. es una miseria; antes qe. un puga tenir p. viurer han de passar añys, pues confiar poch dels joves, de modo qe. agruat qe. me en contra, no sé qe. tinch de fer; pues qe. a venir a esa no me inclino, recordatme lo qe. Vmd me ha dit varias vegadas qe. sería un miserable y qe. jo mateix lo considero, pues ja comensan a abundar. En fin, paciencia, ja lo veurem.

Vetx qe. nos han apressat el correo Gelabert. No dexarà Vmd. de havery perdut alguna cosa, paciencia. Es segurament el comers qe. Vd. té la vida ab mes sobresalts y mes treballs qe. se puga imaginar, exposat qe. ab duas o tres o 4 perduas algo considerables, haje de quedar molt atrasat. Yo segmt. per ma part preferiría una vida molt mes tranquila, sens treballs p

Vmd. y en major avantatge p. sos fills, y esper excusara prenguia la llibertat de proposar un pla qe. segueixen varias familias aqui ab molta decencia.

Aquí, en Bna. l' home qui pot tenir en effectiu de 16 a 20 mil Duros, y vol viure tranquil, encontra casas las mes poderosas ahont li fan fins a 8 p. % de interes, de modo que li reditua 1600 Duros annuals. ¿Anequina familia no bastan 1600 Ds. p. viurer ab molta decencia? Vivint aquí se viu fora de exposició qe. vuy sia Inglés, demá Francés, etc., etc., y qe. p. consequent ab estas mudanzas haje de perdrer molts diners. Mes vivint aquí sens gastar un quarto dona carrera bona a sos fills, instrucció y p. conseg. acomodo; viu no exposat a ser murmurat tot lo qe. se fassia, com lo es en esa, etc., etc, y en fin té sempre aquell caudal segur, dexa los fills ab carrera competent y tranquils. Millor qe. jo coneixerá Vd. Bna. perque m' haje de entretenir a pintarley, sols me obliga a parlar el veurer qe. está tan exposat el comers de esa, qe. p arribar a guanyar los 8 p. % han de contentarse de perdre en breu tot lo qe. tenen. En fin Vd. reflexionia sobre esto y veja lo qe. prefereix: O quedarse en el seu pays, fent infeliz a la familia, o surtir fora de ell per ferse feliz a Vd. y tota va. familia. La filla no està ja ab Vd., pues está acomodada, pues, ¿sino li quedan més qe. dos fills? etc., etc., etc.

Exps. a tota la familia y Vmd. té com sempre a son fill

Mateu Orfila.

.

CARTA N.º 4.

Inédita. Colección Saura Travesí. Suprimo los párrafos carentes de interés.

Qdo. Padre:

El 29 del ppdo. Enero decretó esta R. J. de Comercio se me diere la pensión etc etc.; el 5 del corrte. lo rectificó en la junta que hubo; y el sábado 7 marchó a la Corte pa. la Real aprobación; con el mismo correo escribí a un amigo pa. qe. cuydase del pronto despacho, pues estas cosas si no hay quien las avive, suelen quedarse meses antes de despacharse; en 20 del que rige me contestó diciéndome acababa de recibir mi carta y que haría vivas diligencias; hoy vuelve a escribirme diciéndome ha visto en la R. Secretaría el informe que dan de mí en esta Rl. Junta, que está muy bien; y qe. él procurará avivarlo pa. qe. lo despachen cuanto antes; sin embargo dice qe. como ha de pasar por tantas manos, Fiscales, Presidentes, Ministros, etc. etc., tardará algo; de todo lo qual inferimos en ésta que desde hoy a unos 15 ó 20 días puede llegar ya, pues hay algunos que saben estas cosas de Junta como van por asuntos que han tenido; por consigte. inmedte. de recibirla ésta saque Vd. pasaporte pa. V. mi cuñado y mi hermanito, (qe. sentiría mucho no poder ver) y embarquen Vms. con Sagreras, pues hay tiempo aun para encontrarme en esta y estarnos algunos días.

Mi Pde., no he podido negarme a hacer este favor a mi Profesor:

Infórmese Vd. con D. P. Rodríguez (o cualquier otro inteligente) que ponga en una nota la división y subdivisión de Pesos, Medidas y Monedas de esa Isla, arreglado a los Pesos id. id. de Cataluña y Mallorca: es decir un qtal. se divide en tantas arrobas, libras, onzas, y equivale a tanto de lo de Cataluña, o, si no sabe de Cataluña, de Mallorca; es cosa que interesa mucho tenerlo pronto, exacto y claro, con que no hablo más.

El 6 y 7 del corrte. fuí a ver a todos los SS. Vocales de esta R. Junta, empezando por el S. Inte., a darles las gracias por la elección que habían hecho en mí, y todos (que son 14) se mostraron tan contentos que me alegré infinito; es cosa que se acostumbra y que es muy regular.

.
No esperen Vms. a venir con otro correo, pues yo en viendo que está aquí Sagreras y tengo la V. aprobación me marché luego sin espera alguna. Sobre lo que le escribe a V. el Tío diré que la pensión me la han señalado por 4 años, quiere decir que si me estoy más debo pagármelo de mi bolsillo, pero eso no quita que si yo a los dos o tres años o antes me encuentro en estado de regresar diga a la Junta: os ahorro este gasto; antes me lo agradecerían. Luego haya la paz es regular me den 10(?) al año; cuente V., Padre, que más es haber logrado esto en la actualidad que en otra época....(?) pues no sólo no hay un cuarto, sino que deben mucho.

Sería muy útil que qdo. V. venga, traxese

una carta de recomendación de ese F. Soler p. D. Juan, su hermano (1).

Padre, no dexe Vd. de venir con los otros dos, y más si quieren; o si no dé Vd. orden a Riera pa. qe. me entregue lo qe. necesite pa. el viage, en caso qe. no me adelantasen algo en la Junta, lo qe. creo será así, porque sería contemplarme muy miserable.

No tengo más tiempo.

Adios, qdo. Padre.

Su hijo

M. Orfila.

Bna 24 de Fbo. de 1807

CARTA N.º 5

Colección Saura Travesí

Esta triple carta a su madre, su hermana y su hermano constituye un apéndice a la dirigida a su padre el 5 de diciembre y que fué publicada por Hernández Sanz en sus Tres cartas ..., motivo por el cual no la reproduzco, limitán-

(1) La carta solicitada tenía que ser para Don Juan Soler y Sans, economista y diplomático mahonés, negociador de la paz con Trípoli en 1784 y más tarde Cónsul General de España en la Sublime Puerta. En la fecha de la carta de Orfila era un personaje influyente en Madrid, donde desempeñaba los cargos de Ministro de la Junta General de Comercio, Moneda y Minas y de la Junta Suprema de Sanidad. Se explica el interés de Orfila por visitarle. En Mahón, la casa señorial de Soler y Sans, cuyo escudo nobiliario adorna todavía la fachada, es la que ocupa el Casino Mahonés.

dome a dar a conocer los textos que siguen, absolutamente inéditos. Los considero de alto interés para el conocimiento de la intimidad de Orfila.

Querida Madre.

Recibí su apda. de V. y es inexplicable el gozo que he tenido de ver como V. se mantiene buena a Ds. gracias. Mucho le tarda me dice V. aquel momento en que un tierno abrazo podrá unirnos mutuamente; a la verdad así me parece, mayormente quando no hay un solo instante que no me acuerde de Vs. lo que hace parecer el tiempo mucho más largo. Veo me recomienda V. a Dios; no lo dudé un solo instante, yo por mi parte nunca lo he olvidado, y ¿cómo hubiera podido hacerlo acordándome de los preceptos que he recibido de V.? Es inútil que yo recomiende a V. a mi querido hermano, bien sabe V. lo que se debe hacer para inspirarle aquellos sentimientos virtuosos que caracterizan el hombre honrado; pero permita V. que le diga una cosa que he experimentado en mí mismo. Nada ha contribuído más a mi felicidad y a formar mis sentimientos que la severidad con que V. ha guiado mi infancia; olvide el exemplo de aquellas madres que tomando el título de benignas y dulces ocultan a sus maridos los defectos de sus hijos que quedan sin reprimir y que por consiguiente son causa de la mala conducta o vicios que esto les acarrea. Pero qué digo?, no es a V. a quien debo dirigirme para semejantes consejos.

El día de Navidad se acerca, deseo celebren Vs. estas fiestas con toda satisfacción y gozo, yo las celebraré contento porque he recibido noticias de Vs., era lo que necesitaba, lo tengo. Ya va acercándose el día que tendré el gusto de abrazar a V. y darla pruebas de mi amor y respeto.

Su hijo

Orfila.

Querida hermana: Recibí tu apreciada, vi por ella tu buen estado de salud, el de Font (1) y de tu familia (quien me lo hubiera dicho que quatro años después de mi salida dexandote aun una niña, te hablaría ya de familia, válgame Dios) de lo que me alegro infinito. Dichosa tú que cuando me escribiste gozabas de la dulce compañía de mis amados Padres y de tu querido Esposo, qué más te faltaba? puede me dirás la mia; no dudo que debes interesarte por mí y desear verme a tu lado, quan ingrata serías si no lo hicieras! No hay día que no te tenga yo presente y que no se me tarde el poderte dar un tierno abrazo como también a tu qdo. Esposo. Pásalo bien, diviértete y escíbeme más largo, de lo contrario reñiremos. Tu hermano que deveras te quiere. Recuerdos a tu marido y mil besos a las sobrinas; tantas cosas a la familia de Dn. Juan Pomar.

Orfila.

París 12 Diciembre 1809.

Querido hermano: Solamente deseo saber si estás bueno, si estudias mucho, y si haces pro-

(1) Don Juan Font y Arguimbau, según se ha dicho al principio, era el marido de Bárbara.

gresos, en fin cómo ocupas el tiempo; no tardes en escribirme todo esto sin afectación alguna, dándome un detalle exacto de quanto haces desde que te levantas hasta que te acuestas, quiero ver si eres el mismo hombrecillo que quando te dexé en Barcelona; en este caso estaré contento. Adios. Tu herm^o.

Orfila.

París 16 Diciembre.

CARTA N.º 6.

Publicada en facsímil, formando una lámina de la obra de carácter biográfico, no identificada, que se ha citado en la página 133 al tratar del retrato núm. diez y seis (Lámina XXV). La obra en cuestión, según se ha indicado en dicho lugar, salió de la Imprenta Lemercier, de París.

Paris, ce 12 Décembre 1812.

A Monsieur Vauquelin.

Mon cher et illustre Maitre:

Je suis loin de mériter tout ce que vous me dites d'obligeant à l'occasion du premier volume de mon ouvrage sur les poisons, que vous avez lu avec une attention qui m'honore. Je suis heureux de voir que vous ne le trouvez pas indigne

d' un élève pour qui vous avez eu tant de bontés, et qui n' a rien négligé pour profiter de vos savantes leçons. A peine agé de vingt cinq ans, je me suis décidé à écrire sur une branche de la Médecine sur laquelle nous ne possédons que de faits vagues, souvent erronés et certainement insuffisans. J' ai pensé que cette publication donnerait lieu à des critiques et à un examen sévère qui me mettraient à même de perfectionner mon premier essai. J' ai cru aussi, que l' éveil une fois donné, des recherches expérimentales sur les substances vénéneuses seraient tentées, à l' avantage de la science, par les savans de tous les pays. Si je ne suis pas trompé dans mon attente, j' éprouverai plus tard une grande satisfaction, en coordonnant tous les matériaux qui auront été publiés, à rediger un ouvrage moins imparfait dont vous voudrez bien, j' espère, continuer à accepter la dédicace.

Agréez, je vous prie mon cher Maître, l' assurance des sentimens respectueux de votre tout dèvoué serviteur.

Orfila.

CARTA N.º 7.

Inédita. Colección Saura Travesí.

Este documento epistolar es de los que tienen mayor valor autobiográfico. Por ello lo publico íntegro a pesar, de su longitud.

Querida madre: satisfaciendo a su apreciada de V. fha. el 24 de agosto próximo pasado, diré haberme alegrado infinito al ver que V. y toda la familia gozaban de una perfecta salud. No sé si podré expresar (1) la pena que me ha causado su carta viendo el sentimiento que V. ha tenido al aprender que yo solicitaba su consentimiento como también el de mi Sor. Padre para casarme en ésta con la hija de M. Lesueur, Escultor. V. me acusa de dos cosas que son para mí dos golpes mortales, de ingratitud hacia mis padres y de impostura cuando he dicho que la Princesa de Vaudémont y el Príncipe Talleyrand me recibían en sus casas y me querían. Dios sabe que no soy ingrato ni impostor; a la verdad soy infeliz: entremos en explicación.

La Princesa, muger de alto rumbo y de mu-

(1) En esta carta se observan numerosos galicismos de vocabulario y de sintaxis. Orfila usa en ella expresiones como las siguientes: *Expressir* por *expresar*; *al aprender* por *al enterarse*; *las personas las más distinguidas*; *no será inútil de satisfacer a V.*; *todas estas clases son confundidas*; *remuerdos* por *remordimientos*; *haría V. bien de responder a la Princesa*; *villa*, refiriéndose a París, por *ciudad*; *primera villa comerciante* por *primera ciudad mercantil*, refiriéndose a Londres; *haber puesto a luz* por *haber dado a luz*, y alguna más.

cho garbo me quiere como a su hijo; cada día me da prueba de ello y hoy acabo de llegar de su casa de campo *Surena* a 3 leguas de París en donde me he quedado con ella tres semanas, con la misma familiaridad que la que tendría con V. y con toda mi familia.

La Princesa hoy en día está corriendo en todo París para hacerme obtener una cátedra de Profesor que me daría una paga suficiente para vivir decentemente y que me haría gozar de los mismos honores que aquellos de que gozan los primeros ...(1) Profesores de esta Corte; la Princesa no contenta aun con esto, trabaja para colocarme como Médico de uno de los Príncipes de este Gobierno, o a lo menos como Médico de los Pajes, la Princesa me ha presentado y me presenta todos los días a las personas las más distinguidas de la Capital; la Princesa en una palabra me adora; me ha parecido útil el que V. recogiese de esto una prueba perentoria; la Princesa ha tenido la bondad de darme para V. la inclusa en la que ha puesto las armas de su casa.

Si el Príncipe Talleyrand no estuviese hoy en día en Viena para el congreso, igualmente hubiera remitido a V. una carta suya por la qual hubiera V. visto que en nada alteré la verdad quando dixé que Su Alteza me quería muchísimo; esto me parece suficiente para probar que yo no soy un impostor; sin embargo no será inútil de satisfacer a V. de nuevo sobre las Clases y los Estados en este Pays.

Ya dixé a V. que en ésta los Artistas Pinto-

(1) Una rotura de papel impide leer una palabra.

res, Escultores y Arquitectos gozaban de la misma consideración que los Médicos, Abogados, Notarios y otros; me parece que V. no me ha creído; he aquí una prueba irrecusable. En el Instituto de Francia (el primer cuerpo científico del mundo) hay cerca de doscientos miembros, los hombres más recomendables del Pays, entre ellos tiene V. seis Químicos, quatro Médicos, quatro Cirujanos, seis Matemáticos, seis Pintores (David, Gerard, Vincent, Renault son quatro de ellos), seis Escultores (Lecomte, Chaudet, Cartelier son tres de ellos) seis Arquitectos (Percier, Fontaines son dos de ellos), seis Litteratos por la Litteratura Francesa, seis por la Litteratura antigua... etc. etc... Todos estos miembros gozan de la misma paga, todos llevan el mismo uniforme, y los que se admiran de ellos son los que tienen mérito, por ejemplo aquí se hace más caso del Pintor David, Miembro del Instituto, que de un montón de otros miembros Químicos y Médicos que tienen poco talento. David tiene coche y nunca va a pie, al contrario una caterva de médicos y de abogados andan por las calles porque no tienen mérito alguno; aquí todas estas clases son confundidas, el artista que tiene mérito vale tanto como el sabio de talento y muchísimo más que el sabio mediocre. La Princesa de Vaudémont y el Príncipe de Talleyrand reciben en sus casas Mr., Mme. et Mlle. Lesueur, comen con ellos y tres semanas ha la Princesa dió una gran comida a Lord Wellington en la que hubiera V. podido ver Mlle. Lesueur sentada al lado de dicho Lord y del Príncipe Pignatelli. Mr. Lesueur no es un Escultor ordinario, es hombre

de mérito que ganó el primer premio y que fué pensionado del Rey a Roma; Mr. Lesueur sin ser de una familia rica ha nacido de padres honradísimos; Mr. Lesueur y toda su familia son conocidos en esta Capital como gente proba, virtuosa y honesta; con esto (1) porque los Príncipes no harían de él el caso que merece. La Princesa en su carta debe hablar a V. de esta familia, de las qualidades de la señorita, del caso que hace de ella; por este medio espero aún que V. verá que no soy un impostor.

El honor es una cosa que mucha gente ha definido y que pocos han conocido, cada uno ve a su modo; por mi parte el honor consiste *en no hacer ninguna mala acción* y sobre todo lo que nosotros llamamos ser *gandul*. El hombre que engaña su próximo no tiene honor y vive deshonrado eternamente. Mucho he meditado este negocio y puedo asegurar a V. que jamás de la vida podré yo determinarme a pasar por un tunante; no, esto es imposible. Una familia de quien he recibido todos los socorros quando he estado enfermo; una señorita instruída, llena de mérito, hija de padres virtuosos, honestos y que gozan en este Pays de la misma consideración que yo, introducida y bien vista en las mejores casas de París, a quien he dado yo mi palabra de honor como saben todas las gentes de París que me conocen; abandonar todo esto, olvidarlo porque su padre es escultor... figúrese V. que todo el mundo me trataría de perro, y que no po-

(1) La misma vehemencia con que escribía esta carta le hizo omitir aquí algunas palabras.

dría yo ver las gentes que he frecuentado hasta ahora; en fin y sobre todo los remuerdos de mi conciencia me roerían el alma... si jamás hago esto aseguro a V. que la vida no será para mí más que una serie de tormentos; por supuesto que no podría quedarme en Paris un día después de haber hecho acción tan baxa. Hágame V. el favor de suponer que esto se hubiese hecho a mi querida hermana Barbarita; si un joven la hubiese cortejado tres o quatro años, y que luego después la hubiese plantado sola, que dolor para usted y para ella. Quanta maledicción el tal joven no hubiera recibido; yo sé que por mi parte le hubiera buscado para quebrarle los huesos. Pues, señora, yo sería ahora este hombre. Crea V., querida Madre, que los Artistas en este Pays no son como en nuestra pobre España y sobre todo como los Escultores de Mahón, crea V. que no hay ningún deshonor ni para mí ni para Vms. en asociarme a una familia como la del Sor. Lesueur. En Francia se encuentran aún gentes buenas que han sabido conservar el honor y los principios en medio de la turba revolucionaria. Yo siento hasta el fondo de mi corazón el tener que hablarla a V. de un negocio que me ha parecido haberla afligido; sin embargo supóngase V. a mi situación; quiere V. que huya de aquí para irme a Mahón? Mi carrera está perdida y cuando se abrirán mis obras todos dirán que lástima que este hombre sea un pícaro... quiere V. que me quede aquí y que diga a la señorita que no la amo más y que no la quiero? En primer lugar esto sería falso y después nunca podría yo pasar un solo día en París... Quiere V. que me

case con ella? Yo le juro a V. que es honrada, honesta y que los artistas gozan aquí de tanta consideración como yo. Suplico a V. no se moleste y sobre todo no me llame ingrato, poco sabe V. quanto he sufrido desde que he recibido su última carta y quanto sufriré aún hasta que V. haya tenido la bondad de acordarme lo que yo pido. Me parece que haría V. bien de responder a la Princesa dirigiéndome la carta a mí, o a ella misma que vive *Rue St. Lazare*, N.º 60 dans son Hotel.

B. a V. la M. humildemente

su hijo

Orfila

Querido Padre: salí de París el ocho de agosto a las doce; llegué a Londres el doce del mismo mes; salí el 10 de septiembre y llegué a París el 15; de modo que me quedé un mes en Inglaterra; he visto en Londres cuanto se puede ver; la Ciudad es hermosísima, muchísimo más grande que París, pero no hay bellos edificios ni monumentos como en ésta; la gente muy triste y seria; hay poco que divertirse. Las ciencias estan atrasadas, de modo que para mí París es una villa muy superior, y todos los ingleses que vienen a ésta dicen que sólo hay un *París* en el mundo. Sin embargo el viage me ha gustado, porque he visto la primera villa comerciante del mundo; quanta tienda, quanto bayben, quanto ruido; los almacenes están llenos en todas partes; la indus-

tria nacional muy adelantada en ciertos ramos no vale la francesa baxo otros puntos de vista; el carácter de los Ingleses es más sólido, más integro que el de los Franceses. Las casas de las aldeas y de los pueblos son aseadas y muy bonitas. Los jardines ingleses son hermosos; la marina admirable, pero V. la conoce mejor que yo. No he visto ninguno de los SS. que V. me encargaba de ver, porque no he recibido su carta de usted hasta mi vuelta a París; agradezco infinito la atención de V. Mi obra ha gustado mucho en Londres (1); ya dixé a V. que se traducía en inglés. Fuí presentado a la S.^a Duquesa de Orleáns (2) por la S.^a Blanca Pola; me recibió muy bien y me pareció una muger muy afable y buena; S. A. quiere mucho los Mahoneses, me hizo un grande elogio de nuestro Pays y me encargó diese al S. Meliá tiernas expresiones de su parte

(1) Se refiere al *Traité des Poisons*.

(1) Se trata de la Duquesa Luisa María Adelaida de Borbón Penthièvre, nacida en 1753. Tenía, por tanto, sesentiún años al serle presentado Orfila. Casada con el Duque de Orleans, que adoptó durante la Revolución Francesa el nombre de Felipe Igualdad, fué muy desgraciada en su matrimonio. La Revolución aumentó sus desgracias. Condenada al exilio, vino a España y pasó en Mahón parte de este exilio. Llegó aquí el 1.^o de enero de 1809. Su hijo el futuro rey Luis Felipe, también estuvo en Mahón. Si bien la estancia de la Duquesa no fué continúa, su residencia en nuestra ciudad se prolongó hasta el 28 de junio de 1814, fecha en que salió para Marsella. La Duquesa dejó en Mahón un amplio círculo de amistades y relaciones así como las más vivas simpatías. Sobre este punto puede verse el libro del Barón André de Maricourt *La Duchesse d'Orléans, mère du Roi Louis-Philippe*, París, 1914. Toda la información para el capítulo relativo a Mahón le fué facilitada por mi padre. Lo dicho explica que la Duquesa conociera personalmente a la hermana de Orfila como de la carta se desprende.

diciéndole le había remitido una caxita desde Marsella... Desearía saber si Dr. Rodríguez (1) habrá impreso algo en el Diario sobre mi obra. Quedo rogando a Ds. conserve a V. su vida ms. as.

Su hijo

Orfila

Querida hermana: acabo de recibir tu carta en la que me anuncias haber puesto a luz una niña; Dios te ponga buena luego y te las conserve todas, pues ya me ha dicho la S.^a Pola que casi eran tan guapas como la Barbarita lo que es mucho decir, pues todo el mundo dice que tú embelleces todos los días (2) pero aún tendré más gusto en verte aquí la Primavera que viene; tú no te figuras lo que es París, asegúrote que te divertirás mucho y el viaje no es caro... Hazte cargo de mi situación, lee la carta que escribo a mi Madre, y la de la Princesa y por Dios empéñate en mi favor, sin esto soy un hombre perdi-

(1) El aludido es el Dr. D. Manuel Rodríguez y Caramazana de Villalpano, Profesor de Medicina y Cirujía, distinguidísimo profesional y publicista médico que en los primeros años del siglo XIX se encontraba en Mahón, donde fué Cirujano Mayor del Hospital de Plaza. La bibliografía menorquina le debe algunos interesantes títulos. Se ocupó, en efecto, de la *Toxicología* de Orfila, tratando de los dos volúmenes de la primera parte en la prensa local de los días 16 de junio y 27 y 28 de agosto de 1814. El comentario a los otros dos volúmenes, que constituyen la segunda parte, lo hizo en un folleto de 16 páginas, titulado *Literatura Médica*, que salió de la imprenta de Pedro Antonio Serra en 1816.

(2) Siguen unas palabras ilegibles por rotura del papel.



La hermana, Doña Bárbara Orfila de Font, a sus veintiocho años (1818).
Retrato de autor desconocido.

do. La Duquesa me hizo un famoso cumplimiento; me dixo que yo te parecía mucho, y que tú eras muy hermosa. Ya ves lo que esto quiere decir, pero yo te digo lo contrario, yo no puedo parecerte, porque ya (gracias al trabajo) me va cayendo el pelo que seré calvo antes de dos años; luego estoy muy flaco, sin embargo mi estatura es regular y mi fisionomía, aunque algo cansada, es expresiva y vivaz; el trabajo honra y satisface, pero envejece. Adios, querida Hermana, tantas cosas a Font y a la recién nacida, como también a las otras y a mi querido Hermano, de quien me he alegrado mucho saber.

Orfila

Octubre ocho de 1814.

CARTA N.º 8.

Publicada por Hernández Sanz en Tres cartas... Colección Saura Travesí. No se inserta en este lugar por haberse tomado ya en el texto todos los conceptos importantes de la misma.

CARTA N.º 9.

Inédita. Colección Saura Travesí. Suprimo dos párrafo sin interés.

Francia.

Perpignan 20 de Septiembre 1816.

Estimada Mara, vuy a las duas de la tarde hem arribat a esta ciutat sans y salvos, sens haver trobat un quart de lladre y sens haver passat pena per el camí; ara ja no hi ha més que temer, demà passat dematí partirem a las sis, anirem a Tolosa, después a Bordeaux y enfin a París ahont arribarem el día dos o tres de octubre. Vostè no pot figurarse l' alboroto que haven causat a Barcelona, pitjor era que quant varem anar a Ciutadella. El general Castaños volgué sentirnos cantar y vingué a fernos visita a casa de Domínguez, fonch tan gracios y amable com es posible de imaginar. El general Roxas, Inspector de Infantería de tota la Cataluña no mos dexà casi may; el seu coche estigué sempre a la nostra disposició, y cada vespre tinguérem un palco anel teatro; l' Intendet y la sua filla vinguéren també a obsequiarnos; el Secretari de la Junta y varios Vocals féren lo mateix; las casas de Gironella, Becardí, Hoare, Prats, Larrà y tantas otras; tots los Professors dels Colegis de Medicina, de Pharmacia, los de la Junta y un sens fi d' altres mos féren també visita; cada ves-

pre al sortir del Teatro trobàvam (sens haver convidat una anima) 150, 200 personas a casa de Domínguez, era necessari cantar y es quedavan fins a mitja nit; el día de la partensa no faltaren plors.

.

Mania a son fill

Orfila.

D.^a Susanna Orfila y Rotger.

Calle de las Moreras.

por Barcelona

Mahón.

CARTA N.º 10.

Publicada por mí en Más cartas inéditas de Orfila. Sólo inserto aquí los párrafos de mayor interés.

Mon cher Mr. Llambías:

.

Vous devez avoir reçu à cette heure un éxemplaire de ma Chimie Médicale que je vous ai envoyée le 17 Aout par la voye de Marseille.

.

Je ne vous dirai pas au juste quelle est la valeur reëlle du traité en question, mais il a été

acueilli ici avec enthousiasme; il n'y a qu'un mois et 6 jours, qu'il est en vente, et par conséquent il n'est connu du Public que depuis 20 a 22 jours et le tiers de l'édition est expédié (on en a tiré 2000 exemplaires); les journaux m'ont accablé d'éloges, comme vous pourrez vous en convaincre en les parcourant: enfin je ne pouvais pas m'attendre a un pareil succès, sur tout en réfléchissant à la rapidité avec laquelle j'ai pensé écrit, imprimé et corrigé. J'avais à craindre la concurrence de Thenard et de tant d'autres noms célèbres, uniquement occupés de la Chimie, tandis que je puis a peine consacrer 3 heures par jour a son étude; mais, mon cher, je suis né coiffé et cela explique tout. Pardon si je m'occupe autant de moi: je sais combien vous prenez de l'intêret a tout ce qui me concerne et je dois etre excusé.

.

Croyez moi pour la vie Votre dévoué serviteur et ami

Orfila.

Paris le 24 Sepre. 1817.

P. S. Dans un mois je comence l'impression de la seconde édition de ma Toxicologie; l'ouvrage sera entièrement refondu augmenté, et moins mauvais j'espère que le premier. Vers la fin de 1818 je publierai avec 4 de mes collègues un Dictionnaire qui embrassera toutes les scien-

ces naturelles; chaque mot aura son histoire, en sorte que ce sera un ouvrage vraiment scientifique.

.

Al *Dr. Llambías.*

Avocat

Maho

CARTA N.º 11.

Publicada por mí en Más cartas... Colección Saura Travesí. Se inserta íntegra.

Estimada Germana: Ahir a las quatre me nombraren Profesor de Medecina legal a la Escola de París: pensa si esta noticia me ha causat satisfaccio; a la edad de 31 any y 10 mesos me vetx profesor de la prim.^a escola del món, es a dir que ja me es imposible de ser més; es com un militar que es Mariscal de France: la plasa val dos mil duros, pero lo millor es que si are vull visitar guañaré tot lo que voldré, per lo menos 4 ó 5 mil duros al any: també te anunciaré que desde principi de este any, el Rey nos paga. Los concurrents per la plaza eran Mr. Alibert, primer Metje del Rey, home de 50 anys, autor de varias obras de mèrit, Mr. Husson autor de obras sobre la vacuna y primer Metje del princi-

pal hospital de París; y tres altres Mr. Rulliet, Pelletan y Variset. El primer era terrible per tenir la protecció del Rey y de los grandes.

Per gran que sia la satisfació que me ha causat esta nominació, no deixa de ferme pena, baix un altra punt de vista, es á dir que no podré partir tant prest com creya, pues dech comensar mon curs públic á principis de Abril y acabarlo el día 5 ó 6 de Agost. Pero el día seguent me pos en camí, prentch la posta per anar mes depresa y podré abrasarvos el día 16 ó 20 Agost y estar-me fins el día 12 ó 15 Octubre.

Orfila.

París 2 Mars 1819.

CARTA N.º 12.

Publicada por mí en Más cartas... El párrafo más importante ha sido reproducido en el texto (pág. 82), por lo que ya no lo doy aquí.

Mon cher Mr. Llambías.

Je connais Valence, et par conséquent je ne vous demande pas si vous y plaisez: mais j'espère que si vous ne trouvez pas du côté de l' instruction la millième partie de ce que vous pouvez desirer, vous serez en partie dedommagé par le beau ciel et la *Huerta*. Je vous offrirais



Un banco local emitió títulos, con carácter de billetes, en los que figuraba la efigie de Orfila según Esquivel.
 El autor de la composición y del dibujo de tales títulos fué Francisco Hernández Sanz.

des lettres de recommandation si je connaissais particulièrement quelqu'un; j'ai quitté le pays étant enfant, et par conséquent n'ayant aucune relation: voyez toutesfois si le Dr. Pizcueta Professeur à la Faculté de Médecine vit encore; c'est mon ancien maître auquel je suis attaché, et je crois qu'il se souviendra de moi: vous m'obligerez en lui faisant une visite de ma part.

J'apprendrai de vos nouvelles avec plaisir; veuillez m'en donner et me croire votre dévoué serviteur et ami

Orfila.

Paris le 28 Avril 1819.

A Dn. Antonio Llambías
Calle de Barcelona n.º 32 piso 1.º
Valencia.

CARTA N.º 13.

Publicada por mí en Más Cartas... Suprimo algún párrafo sin interés.

Paris a 5 Juin 1833.

Ma chère sœur:

.
Quant à moi, depuis quelque temps j'excite

l'envie de quelques jaloux qui sont vèxés au dernier point de la position élevée que j'occupe, et comme nous avons une liberté de presse *illimitée* ils s'amuseut quelquefois à écrire contre moi dans de très petits journaux, qu'on lit à peine, des articles qui me font beaucoup rire; car il est bon que tu saches qu'ici tous les gens en évidence son attaqués; le Roi, les Ministres, les Pairs, les Deputés, les Procureurs généraus etc.; nous laissons dire parceque la masse, qui est excellente et qui se compose de tout ce qu'il y a de plus éclairé, ne croit pas un mot de ce qu'ils écrivent. Plus je les vois curager, plus je cherche a gagner en position pour les véxer encore davantage. Il est impossible d'avoir une plus belle position que la mienne et de jouir d'une consideration plus générale. Mes deux voyages à Blaye ont surtout excité un houra général parmi ces misérables canailles; on a été jusq' à dire que j'avais été là pour torturer la Princesse, pour la violenter et savoir si elle était enceinte; c'était surtout le parti carliste qui sé déchainait; cela m'a d'autant plus amusé que Madame la Duchesse de Berry sait fort bien que nous n'avons même pas prononcé le mot grossesse, et qu'il n'a été question que de la maladie de poitrine dont elle est atteinte et pour laquelle j'avais été envoyé à Blaye. Au reste tu peux être tranquille sur ma conduite et sur mon caractère; je suis courageux, indépendant, et je crois assez probe et éclairé, pour ne pas manquer aux devoirs d'un fonctionnaire honnête homme. Je suis adoré de 2.800 élèves que je dirige, armée effrayante pour le gouvernement, si elle n'était pas bien menée

Dernièrement quelque brouillons ont voulu égarer cette jeunesse, à l'occasion d'un concours qui a lieu dans ce moment; les plus turbulens se sont écartés un instant de leurs devoirs: mais je suis monté à la tribune et leur ai fait un discours qui a été inséré dans le Journal des débats du 16 mai dernier; lis ce discours et tu verras si j'ai peur et si je comprends ma position. Le calme a été aussitôt rétabli et depuis lors il n'y a pas eu de trouble et il n'y en aura plus, parceque j'ai fait savoir à la France entière, que j'étais et que je n'étais pas d'humeur à m'arranger avec l'anarchie et le désordre. Ce discours a été grandement goûté à Paris et dans les Provinces; aussi à commencer par le Roi, en ai je reçu les félicitations les plus marquées. Les envieux ne peuvent pas supporter que ce soit un *étranger* qui soit à la tête de la Médecine française; mais il faudra bien qu'ils en prennent leur parti tant que je vivrai, car je ne me sens disposé à leur céder le poste, et ils n'oseront jamais tenter de me l'enlever, parcequ'ils savent que je serai défendu par mon caractère, par l'opinion publique, par tous mes élèves et par le gouvernement. Je voilà rassurée, en voilà assez su ce point.

Tu me parles de places et de fortune: tu te trompes. Je suis Membre du Conseil Général des Hospices *gratuitement*, de l'Académie Royale de Médecine, du Conseil de Salubrité *gratuitement*; j'ai donc la place de l'école 10.000 francs, celle de Doyen 3.000 fr. et un logement; en tout 16.000 francs à peu près; mais il faut vivre et vivre honorablement: on dépense beaucoup ici. Ajoute que j'ai eu la malheur de faire une mau-

vaise spéculation en batissant une maison qui m' a couté 270.000 francs; cette maison ne sera payée en entier que dans deux ou trois ans, et encore quand j' aurai vendu ma terre des environs de Vendôme, que je vends parceque je n' ai plus le temps d' y aller et d' en jouir. Quand la maison sera payée si je la loue en entier je retirerai tous les ans 9 ou 10 mille francs de loyer; alors je serai bien à mon aise parceque j' aurai en outre mes places. Jusque là jé suis obligé à faire de grandes économies. Si je m' étais occupé comme les autres Médecins à visiter des malades, j' aurais aujourd' hui un million de francs d' économie; mai j' ai préféré une belle position avec beaucoup moins de fortune; d' ailleurs je déteste visiter les pots de chambre; je déteste l' esclavage et les Médecins praticiens, comme tu peux l' imaginer, ne peuvent pas disposer d' une minute pour eux.

.
 Adieu. Mille et mille complimens à vous tous et à nos bons amis. Tout à toi

Orfila.

Madame Font et Orfila.

Mahón.

CARTA N.º 14.

Publicada por mí en Más cartas... Suprimo el primer párrafo que, aunque tiene un interés local, no se refiere al propio Orfila.

Mon cher neveu:

.

Le 3 de ce mois j' ai commencé mon cours au milieu des applaudissemens universels et devant 1500 élèves. Vous savez tout ce qui s' était passé l' hyver dernier, combien une quarantaine de mauvais garnemens avaient troublé l' ordre et combien il était à craindre qu' ils ne recommençassent cette année; d' autant plus que j' avais vigoureusement agi contre *tout l' auditoire* en le privant de mon cours; les mauvais pouvaient vouloir continuer leur système de perturbation; les bons pouvaient vouloir se venger de l' espèce d' injustice qu' il y avait à les priver d' un cours qui leur est essentiel. Mais je raisonnai ainsi l' an dernier: je frappe tout le monde les mauvais parcequ' ils sont mauvais, les bons parcequ' étant au nombre de 1400 ils ont été assez sages pour ne pas expulser les autres. Le temps a prouvé que j' avais bien jugé l' affaire, puisque tout l' auditoire a été sage, raisonnable, et mieux que cela très aimable pour moi. Voilà déjà 10 leçons de faites et tout se passe à merveille.

Mon cher ami, je viens d' obtenir un immense succès; j' ai été nommé avant hier Membre du

Conseil Général du Département de la Seine. Paris avait à choisir 36 membres par voie d'élections; notre arrondissement devait en nommer trois et nous étions 15 concurrents; j' ai obtenu dès le premier jour 494 voix et l' on m' a proclamé. Le Conseil Général, qui est aussi Conseil Municipal est une grande puissance; il administre un budget de 60 millions, il tient le Gouvernement dans ses mains, puisque vous savez que toute la France est dans Paris; c' est Paris qui fait les révolutions ne pourraient réussir si elles débutent dans tout autre point de la France. Je tenais beaucoup à obtenir une place élective parceque je ne connais rien de plus honorable. Je ne vous dirai pas combien on a intrigué pour m' empêcher d' arriver; heureusement nous avons eu une assemblée préparatoire fort nombreuse, où les 15 concurrents ont paru; chacun de nous est monté succesivement à la tribune pour faire valoir ses titres à l' estime publique, pour faire connaitre ses vûes etc.; là ma nomination a été décidée après une improvisation que l' auditoire a écoutée et accueillie avec une bien flatteuse bien veillance. On faisait valoir contre moi la qualité d' étranger quoique je sois naturalisé, on mettait en avant mes nombreuses occupations: j' ai été au devant de ces difficultes et d' autres que je passe sous silence et le triomphe a été complet.

Soyez mon interprête, je vous prie, à ma sœur, à qui j' écrirai la prochaine fois. Veuillez aussi présenter mes complimens à mes chères nièces et à Mr. votre frère. Nous continuons à nous bien porter; je n' ai jamais été aussi solide

que depuis que je travaille comme un forçat; nul doute que cela ne tienne à la variété des travaux qui sont tout a la fois scientifiques, administratifs et politiques.

Votre tout devoué

Orfila.

Paris ce 27 Novre. 1834.

Monsieur Llambias Antoine Avocat

à

par Barcelonne

Mahón

CARTA N.º 15

Inédita. Colección Saura Travesí. Sólo interesa reproducir las primeras líneas.

Mon cher neveu.

J' arrive d' un voyage de deux moix pendant lequel j' ai fait 900 lieues marchant comme le vent et travaillant comme un forçat; heureusement que les résultats seront avantageux au pays et que l' enseignement médical recevra une nouvelle force.

.

Orfila.

Paris ce 9 Sbre 1837.

Madame Font y Orfila

pour remettre à Mr. Jn Saura de Ciudadela

Espagne

par Barcelona

Mahón

CARTA N.º 16.

Publicada por mí en Más cartas... Inserto solamente, lo mismo que antes, el primer párrafo, que es el único de interés.

Albi le 4 juin 1840.

Ma chère sœur.

Me voici près Toulouse à 200 lieues de Paris ou je suis arrivé il y a quatre jours pour parler dans un procès célèbre d'empoisonnement. Appelé par le Ministère public pour constater le crime, il a fallu venir pour démontrer à l'acussé et à la justice que ce crime n'était pas douteux; la cause était difficile, car personne n'avait pu découvrir la plus légère trace de poison dans ce pays-cy, tandis que je l'avais trouvé sur quelques parties du corps qui m'avaient été envoyées à Paris. La cause a été des plus brillantes et hier la Cour a rendu le jugement. Le mari de la femme empoisonnée a été condamné et sa servante acquitée. Je repart pour Paris ce matin pour faire mes 200 lieues; mais nous allonssi vite par ici que j'arriverai dans la nuit du 6 au 7.

Adieu chère sœur; mille et mille amitiés a vous tous et à tous nos bons amis.

Orfila.

Monsieur Valls Consul à Mahon
pour remettre a Madame Font
Mahon.

Paris ce 23 février 1841.

Ma chère sœur

Cette lettre te sera remise par M.^r Labia Capitaine
 d'un Bateau à vapeur chargé de faire la traversée
 de Foulon à Alger en s'arrêtant à Mahon.
 M.^r Labia est un homme très distingué par son
 talent et par ses manières; je te prie de l'accueillir
 avec bienveillance et distinction, car je tiens à
 être agréable; au reste tu ne tarderas pas à
 t'apercevoir qu'il en est digne. Je te remettra
 une carte dans laquelle tu trouveras mon nouveau
 portrait, le livre que j'ai publié sur Mad.^e Laf.
 farge, le tour de chevrons que tu es demandée à
 ta femme et deux exemplaires de Bouchardat,
 ainsi que le nouveau tarif de Pharmaciens; les deux
 Bouchardat coûtent 6 francs et le tarif 5 francs
 par voie cette petite somme au compte de M.^r Sauter
 ton gendre; tu te le feras rembourser par la poste
 ne que t'ont priée de faire acheter ces livres.

Ma femme, peut être considérée
 comme guérie, elle sort depuis trois ou quatre jours et
 s'en trouve bien; si l'hiver n'est pas été si rude
 la guérison eût été beaucoup plus prompte. Dieu merci
 tout est fini.

Mon fils continue toujours à souffrir de sa
 congestion à la tête, quoiqu'il soit mieux; quant à sa
 santé générale, elle est parfaite, c'est un grand et beau
 garçon de 18 ans et 4 mois, excellent enfant, ayant les
 meilleures manières et plein d'esprit, mais il ne peut pas

travailler de tête avec un peu de suite, sans être incom-
mode, nous serons bien contents si nous nous obstinons
à lui donner une carrière qui le fatiguerait outre me-
sure, qui le tuerait peut-être, sans qu'il parvienne à
être un homme distingué; ainsi il ne sera ni avocat
ni Médecin. Nous ne parions en faveur qu'un grand
artiste peintre, profession pour laquelle il a beaucoup de
goût et que dans ce pays on est fort considéré; un artiste
de premier ordre marche à l'égal de plus grands
hommes. Tu dois bien penser que j'aurais voulu en faire
un avocat célèbre et combien j'ai dû avoir de chagrin
d'abandonner cette pensée, mais il n'y a pas moyen,
je suis Père et bon Père avant tout. Mon petit ne-
veu, qui porte le même nom que moi sera Médecin
et j'aime à croire qu'il fera honneur à la famille.

J'ai eu de nouvelles détails par ce
Médecin Coratien que tu m'as recommandé et qui a déjà
venu me voir plusieurs fois, M. Mendel. Il m'a dit
beaucoup de choses qui m'ont fait grand plaisir sur toi, sur
tes vices et sur mes revenus; il m'a surtout charmé quand
il m'a appris que M^{de} Font était encore un beau
morceau, fort appréciable par son amabilité et par la
manière dont il se conduisait. Mais aussi avec mes 54
ans je ne suis pas encore piqué de vent, comme tu pour-
rais en juger par mon portrait; j'ai bon œil et bonne jam-
be et je suis plus actif que jamais. Toute chance que je
suis je fatiguerai encore bien des jeunes gens à la course.

Simon Sauter me laisse en pay, je
le tiens très serré afin qu'il ne dépense que 250 francs
par mois; il est toujours bien chez M^{de} Pruvart.

Adieu chère tante, mille et mille choses

à tes filles, gendres et petits enfants.

Bon va bien et travaille beaucoup.

Orfila

CARTA N.º 17.

Inédita. Colección Saura Travesí. Es la que se reproduce en las láminas XXIX y XXX por lo que huelga repetir aquí su texto, en el que interesan especialmente los párrafos dedicados a su hijo y a sí mismo.

CARTA N.º 18.

Inédita. Colección Saura Travesí. De ella sólo interesa el párrafo que copio.

Paris, ce 19 Avril 1841.

Ma chère sœur:

.
 Je pars ce soir pour Limoges, Poitiers et Tours où je vais organiser deux écoles de Médecine; je ferai 300 lieues en 10 jours et je serai de retour à la fin du mois; tu vois que nous allons vite dans ce pays-ci et que je suis encore assez actif, malgré mes 54 ans dans cinq jours. Je me porte bien et je laisserai encore à la course les jeunes gens les plus robustes; aussi pendant mon absence passerai je au moins cinq nuits en voiture.

Orfila.

CARTA N.º 19.

Inédita. Debo su conocimiento a su poseedor Don Joaquín Verdaguer Travesí, Profesor de Idiomas, residente en Palma de Mallorca. Copio el único párrafo de interés autobiográfico.

Madame Font.

Mahon

Espagne pour Barcelona

Paris le 15 Mars 1852.

Ma chère sœur.

.....
 Je ne suis plus Membre du Conseil de l' Université depuis six jours, il y a une nouvelle organisation, dans laquelle je n' ai pas été compris. Le public trouve que c' est une grande injustice, parce que je ne suis pas encore assez vieux pour être jeté aux chiens; pour moi je ne m' en plains pas parceque cela me donnera beaucoup de repos; au reste je suis sorti en bonne compagnie, Cousin, Dubois, Thénard et d' autres illustrations.

.....
 Orfila.

NOTA: Para cumplir lo prometido en la *Introducción* debería insertarse aquí un último capítulo en el que se analizaran las ideas y los sentimientos de Orfila vistos a través de su propia correspondencia. La premura del tiempo obliga a prescindir de él, como antes ha obligado a reducir al mínimo la selección del *Epistolario*. Pido por ello disculpa al lector. La pido también por el hecho de que estas páginas han sido impresas a medida que eran redactadas a toda prisa; de manera que se dan al público sin la menor corrección de forma.

El capítulo que se suprime puede, en parte, ser suplido por la atención del lector, al que los textos epistolares ofrecidos dan suficiente materia para formarse una idea de las creencias y de los sentimientos básicos de Orfila.

INDICE DE LAMINAS

	<u>Páginas</u>
LAMINA I.—Vista de la casa donde Orfila nació, tal como se conservaba en el último tercio del siglo pasado	14
LAMINA II.—Medallón de mármol con la efigie de Orfila y lápida conmemorativa de su nacimiento que adornan la fachada de la casa natal	16
LAMINA III.—Vista de la casa donde Orfila nació, tal como se conserva en la actualidad.....	18
LAMINA IV.—Orfila a los veintiún años. Primer retrato de Lacoma.....	46
LAMINA V.—Portada de la primera edición de la <i>Toxicología</i>	52

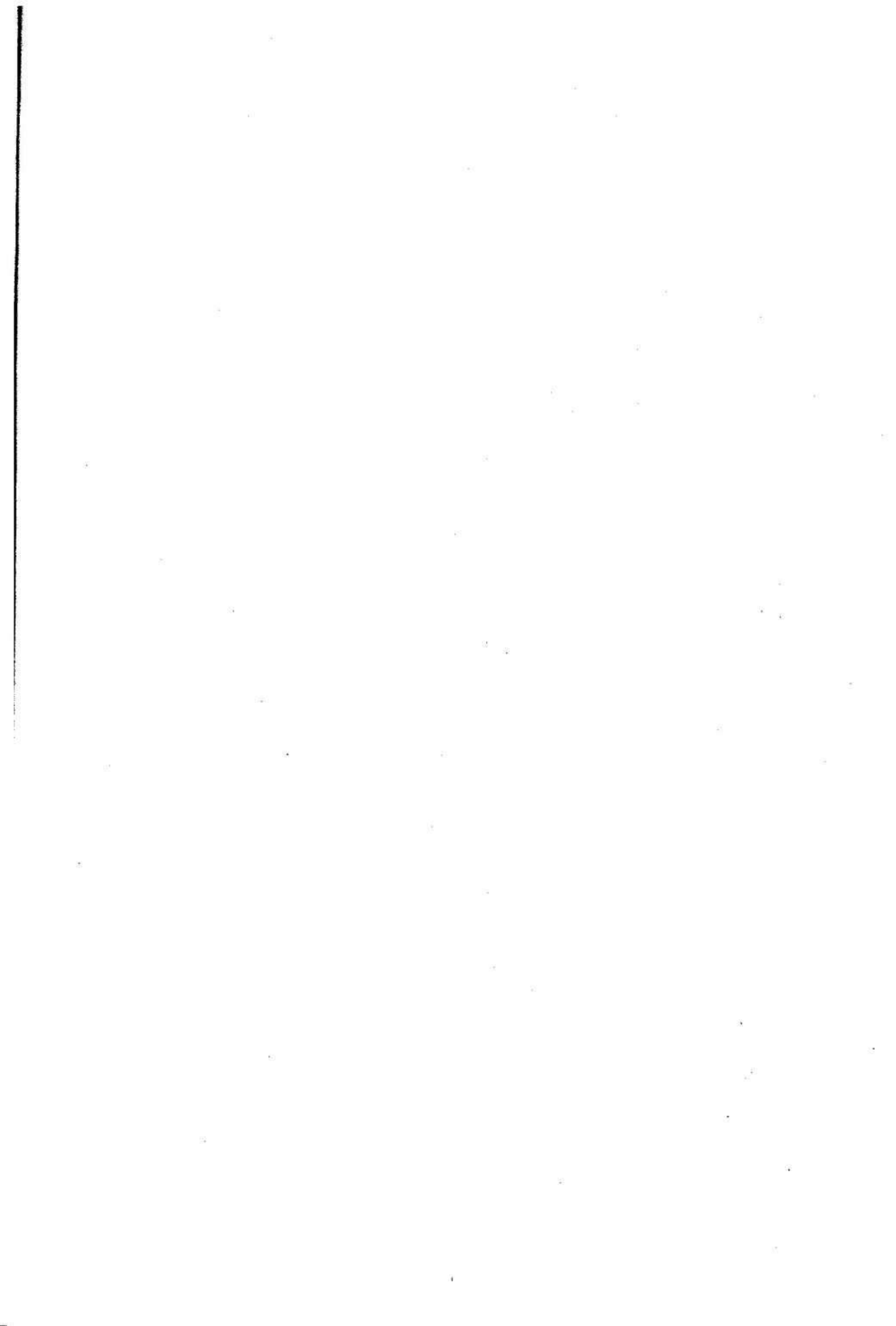
	<u>Páginas</u>
LAMINA VI.—Orfila en los comienzos de su éxito como profesor, investigador y hombre de mundo. Segundo retrato de Lacoma....	56
LAMINA VII.—Orfila a los veintiocho años. Tercer retrato de Lacoma.....	58
LAMINA VIII.—Portada de la primera edición de la <i>Química</i>	68
LAMINA IX.—Portada de la primera edición del manual <i>Socorros que se han de dar a los envenenados o asfixiados</i>	74
LAMINA X.—Portada de la primera edición de la <i>Medicina Legal</i>	88
LAMINA XI.—Medallón retrato de Orfila, por David d'Angers (Tamaño natural). Reproducción de la firma autógrafa de Orfila.....	89
LAMINA XII.—Orfila, figura romántica. Aguafuerte de autor desconocido.....	90
LAMINA XIII.—Portada de la primera edición del <i>Tratado de las exhumaciones jurídicas</i> .	91
LAMINA XIV.—Orfila, Decano de la Facultad de Medicina. Grabado al acero de Bertonnier.	92
LAMINA XV.—El Decano en traje académico. Litografía de Maurin.....	96

	<u>Páginas</u>
LAMINA XVI.—Réplica algo esquematizada del retrato anterior por autor desconocido....	100
LAMINA XVII.—Orfila, cumplidos los cincuenta años. Retrato de Belliard. Lit. de Delpech....	104
LAMINA XVIII.—Imagen de Orfila contemporánea de la anterior. Litografía de Paul Petit..	108
LAMINA XIX.—Transcurre el tiempo. La calvicie se extiende. Lit. impresa por Lemercier...	112
LAMINA XX.—Orfila retratado por Belliard. Litografía de Grégoire y Deneux.....	116
LAMINA XXI.—Orfila sometiendo un perro a sus experimentos. Bronce-caricatura de Dantan (1838) que se conserva en el Museo Carnavalet, de París.....	120
LAMINA XXII.—Retrato-caricatura de Orfila publicado en el periódico parisién <i>Le Charivari</i> el día 22 de abril de 1841.....	121
LAMINA XXIII.—Una vista del Museo Orfila, en París	124
LAMINA XXIV.—Orfila, miembro del Consejo Real de Instrucción Pública. Retrato de H. Scheffer	128

	<u>Páginas</u>
LAMINA XXV.—En el umbral de la senectud. Retrato de autor desconocido.....	132
LAMINA XXVI.—Orfila interpretado por Antonio M. ^a Esquivel.....	136
LAMINA XXVII.—La hermana, Doña Bárbara Orfila de Font, a sus veintiocho años (1818). Retrato de autor desconocido	160
LAMINA XXVIII.—Un banco local emitió títulos, con carácter de billetes, en los que figuraba la efigie de Orfila según Esquivel. El autor de la composición y del dibujo de tales títulos fué Francisco Hernández Sanz...	166
LAMINAS XXIX Y XXX.— Reproducción de una carta autógrafa de Orfila.....	174

INDICE GENERAL

	<u>Páginas</u>
Introducción	1
Tabla cronológica	5
Esquema de una vida	12
Orfila en sus retratos	122
Epistolario de Orfila.....	136
Nota.....	177
Indice de láminas.....	178
Indice general	182



ESTE NÚMERO EXTRAORDINARIO
DE LA «REVISTA DE MENORCA» DEDICADO A
ORFILA

EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU MUERTE
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MAHÓN EN
LA IMPRENTA MANUEL SINTES
ROTGER EL DÍA DE SANTO

TOMÁS DE AQUINO,

7 DE MARZO DEL

AÑO 1953

LAUS DEO

